

¡Proletarios de todos los países, uníos!



ARCHIVO

REVISTA MENSUAL

Organo del C. E. de la  
Internacional Comunista

En este número :

# **El país del socialismo y la lucha del proletariado internacional**

por J. Dimitrof

Núm. 5

Mayo 1939

MINISTERIO  
DE CULTURA



Año VII. - N° 5

Mayo 1939

¡PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS!

# **LA INTERNACIONAL COMUNISTA**

(Organo del C. E. de la I. C.)

Aparece en español, ruso, alemán, inglés, francés y chino



**EDICIONES EUROPA-AMERICA**  
Sección española del BUREAU D'EDITIONS  
Paris-México-Nueva York

# SUMARIO

Llamamiento de Primero de Mayo de la Internacional Comunista.....	3
J. DIMITROF : El país del socialismo y la lucha del proletariado internacional .....	9
<i>LOS PROBLEMAS DEL DIA :</i>	
Más unidos que nunca .....	21
La F.S.I. desmiente categóricamente .....	24
El Eje tiene sus fallas .....	27
El fascismo alemán necesita carne de cañón .....	31
La agresión fascista en los Balcanes .....	34
W. PIECK : Cincuenta años de jornada de Primero de Mayo .....	39
K. FUNCK : La guerra imperialista y la clase obrera .....	51
F. LANG : A los quince años del asesinato de Matteotti .....	64
LACERDA : El fascismo en España y los pueblos latinoamericanos .....	74
<i>EN EL PAIS DEL SOCIALISMO :</i>	
G. FRIEDRICH : La generación del comunismo .....	82
<i>MATERIALES Y DOCUMENTOS :</i>	
Manifiesto de Primero de Mayo del Partido Comunista y del P.S.U. de Cataluña .....	87
<i>CRONICA DE ACONTECIMIENTOS</i> .....	94

# Llamamiento de Primero de Mayo de la Internacional Comunista

¡Obreros, trabajadores!

Cincuenta años hace que el Primero de Mayo se convirtió en una jornada de lucha de la solidaridad proletaria internacional. Por vez primera en la historia del movimiento obrero, el proletariado se lanzó a la calle en el mundo entero como una fuerza internacional organizada, con el grito inmortal del Manifiesto Comunista: «¡Proletarios de todos los países, uníos!»

Durante estos cincuenta años, ha crecido la fuerza de la clase obrera. Más de una vez, ha librado duras batallas con su enemigo mortal, la burguesía; mas de una vez, le ha inferido derrotas, para luego caer y levantarse de nuevo, como un gigante legendario, y descargar con fuerza redoblada sus golpes contra el enemigo. En 1917, la clase obrera soviética, el destacamento de choque del proletariado internacional, se adueñó de la sexta parte del mundo. Fue ésta una victoria histórico-mundial del proletariado internacional, de la que su enemigo de clase no se repondrá jamás. Esta victoria ha dejado maltrecho el sistema capitalista mundial y ha abierto la era de la revolución proletaria mundial. Con su triunfo, la clase obrera soviética ha levantado un poderoso baluarte para el movimiento de emancipación de los trabajadores de todos los países. Ha pertrechado a la fortaleza inexpugnable del proletariado mundial, a la U.R.S.S., con la fuerza material del socialismo triunfante.

Jamás la estrella del socialismo ha brillado tan esplendorosamente como hoy. En el XVIII Congreso del Partido bolchevique, el continuador genial de la obra de Marx, Engels, y Lenin, el guía y maestro de los trabajadores de todos los países, el camarada Stalin, ha descifrado una nueva página de la historia de la humanidad: la página del coronamiento de la edificación de la sociedad socialista sin clases en la U.R.S.S., del paso gradual del socialismo al comunismo.

En los laureles de las grandiosas victorias del socialismo, los pueblos de los países capitalistas que gimen bajo las cadenas de la esclavitud, del terror fascista y de la guerra, ven la prueba viviente de la fuerza invencible de la clase obrera. Maldiciendo su pasado, ven en el comunismo su porvenir. Unida en fraternal amistad, la familia que forman los pueblos de la Unión Soviética, edifica su casa comunista, una casa espaciosa, llena de sol y de luz, rebosante de dicha y alegría humanas. Con su grandiosa experiencia, estos pueblos llaman a todos los oprimidos y desheredados del mundo al camino de Lenin y Stalin,

al camino de la revolución socialista, el único camino que conduce a la liberación de la humanidad trabajadora.

Indecibles son los sufrimientos de las masas trabajadoras en los países capitalistas. El presente, para ellas, es la crisis, el paro forzoso, la miseria. Son las vejaciones a que las someten las bandas de los criminales fascistas, las cárceles y los campos de concentración. Es toda la cadena de crímenes de los gobernantes fascistas contra la libertad y la independencia de los pueblos. Es la sangrienta carnicería imperialista desencadenada por los promotores fascistas de la guerra.

Cerca de tres años sostuvo el pueblo español su heroica lucha contra los bandoleros fascistas invasores de su suelo. La burguesía reaccionaria inglesa y francesa le estranguló con el nudo corredizo de la «no-intervención». Ayudada por los capituladores de la dirección de la Segunda Internacional, la reacción mundial organizó la derrota del pueblo español. Arrancó la espada de la victoria de manos de este pueblo, que defendía con su pecho no sólo la independencia de su país, sino también la independencia de otros pueblos. Después de abatir al pueblo español y de agarrotar a los agresores fascistas, los cuervos negros de la reacción extendieron todavía más la hoguera de la segunda guerra imperialista. Han convertido a España en la avanzada de los planes de rapiña del fascismo alemán e italiano. Y querían entregar a los pueblos de Europa a la destrucción y al saqueo del fascismo.

En el Extremo Oriente, la camarilla militar japonesa intenta en vano esclavizar a los 400 millones de hombres del pueblo chino. El pueblo chino se defiende como un león contra los bandoleros japoneses. Descarga sus golpes sobre la retaguardia del enemigo. Encierra en un círculo de fuego las ciudades ocupadas por los invasores. Agota al enemigo en una guerra pertinaz. Su lucha abnegada infunde el espíritu revolucionario a las masas trabajadoras del Japón y quebranta al ejército japonés. Incapaces de conseguir una guerra fulminante, los bandoleros japoneses se esfuerzan, impotentes, por conseguir una «paz» a su conveniencia. En su desesperación, se abalanzan contra la Gran Bretaña y Francia, amenazando sus posesiones coloniales.

El fascismo se revuelve en Europa como una bestia feroz. Ha devorado Austria y Checoslovaquia, ha ocupado Memel y se ha anexionado Albania. Echa el nudo al cuello de Polonia. Extiende su zarpa hacia los Balcanes, amenazando a Rumanía, Yugoslavia y Grecia. Se acerca furtivamente a Suiza, Holanda y Bélgica. Exige el reparto de las colonias y alarga sus garras hacia la América latina. La «coyuntura» favorable que le depara la complacencia de la burguesía reaccionaria de los otros países le hace perder la cabeza y sentirse más insolente. Presiona a los pequeños pueblos y los somete a su chantaje, especulando con la traición de los elementos reaccionarios de los grandes Estados capitalistas. Da muestras de una prisa febril y se lanza precipitadamente por el camino de las aventuras, pues teme a la creciente resistencia de los pueblos. Da suelta a la banda corrompida de los espías y provocadores trotskistas que, cumpliendo órdenes de los servicios fascistas de espionaje, intentan dividir desde dentro las organizaciones obreras, desar-

*Política inglesa*

*sobre quien dirige el fascismo sus ataques*

marlas ante la ofensiva del enemigo y entregarlas, atadas de piés y manos, al fascismo.

Los reaccionarios ingleses y franceses pagan hoy las consecuencias de su política de desencadenar la guerra contra la U.R.S.S. ¿No fueron ellos los que abrieron complacientemente al fascismo las puertas de Austria y de Checoslovaquia, para empujarle hacia el Este? ¿No fueron ellos quienes le permitieron ocupar las minas de España, las reservas de oro de Austria y Checoslovaquia, las fábricas de Skoda y alzarse con el petróleo rumano y el trigo de Hungría, con la mira de fortalecer a los agresores fascistas para la guerra contra el País de los Soviets? ¿No fueron ellos los que dejaron a los criminales fascistas las manos libres, ayudándoles a apoderarse de España?

Pero, al proceder así, desencadenaron los elementos que luego habían de volverse contra ellos mismos. Fortalecieron a los bandoleros fascistas en contra suya. Con su política, sometieron a sus propios pueblos a los golpes de las potencias fascistas. Las masas populares ven cada vez más claro que el complot de Munich no solo no salvó la paz, sino que sirvió para acelerar y facilitar las nuevas agresiones del fascismo. Crece y se hace cada vez más fuerte la indignación de las masas populares contra la política de Munich y contra los que empujaron a los pueblos a la guerra bajo la bandera mentirosa de salvación de la paz. Los pueblos exigen en voz cada vez más alta que abandonen el Poder los políticos responsables del complot de Munich. Ellos no creen en las promesas de los incendiarios fascistas de la guerra ni en las declaraciones de sus cómplices. Lo que los pueblos necesitan no son palabras, sino hechos. Y exigen que se cierre enérgicamente el paso a los agresores fascistas.

¡Hermanos obreros!

Nosotros, los comunistas, siempre os hemos dicho la verdad, por amarga que ella fuese. Los comunistas os han señalado el verdadero camino de lucha contra el fascismo y contra la guerra. ¿No fueron ellos quienes os advirtieron que la política de los líderes de la Segunda Internacional no conducía al socialismo, sino al fascismo y a la guerra? ¿No fueron ellos quienes os dijeron, apenas subió al Poder el fascismo en Alemania, que la política socialdemócrata de concesiones interminables a la burguesía, de división de la clase obrera, de cruzada contra los comunistas, no hacía más que preparar la derrota de los trabajadores? ¿No fueron los comunistas quienes propusieron a la Segunda Internacional y a la Internacional Sindical el establecimiento del frente unico obrero, cuando todavía hubiera sido fácil asestar un golpe mortal al fascismo? ¿No fueron los comunistas quienes insistieron en la necesidad imperiosa de unir todas las fuerzas de la clase obrera para salir al paso de la guerra? ¿No fueron los comunistas quienes desenmascararon el pacto de Munich como un complot contra la paz y la seguridad de los pueblos?

¿A quién ha favorecido la división de la clase obrera? A los agresores fascistas. La burguesía reaccionaria teme más que al fuego a la unidad de la clase obrera, pues sabe que las masas de millones de

Consecuencias  
para ella misma  
de su política  
fascista inglesa

El resultado es  
que la clase obrera  
se divide y se debilita

17

obreros pueden, actuando unidas, acorralar al fascismo, impedir sus guerras de rapiña y acelerar el hundimiento del régimen fascista.

No déis crédito, proletarios, a quienes os digan que es imposible poner un freno a los incendiarios fascistas de la guerra. Los criminales fascistas no atacan a otros pueblos porque sean fuertes. Desencadenan la guerra porque les ahogan las contradicciones de su régimen interior. Necesitan la guerra para salvar a la dictadura fascista de la bancarrota política y económica que la amenaza. Quieren ahogar la explosión del movimiento de indignación de sus propios pueblos entre el estrépito de sus victorias diplomáticas y guerreras. Pero cuantos más territorios ocupen, más minarán el terreno que pisan. Hacen saltar por la fuerza las viejas relaciones económicas y políticas entre los Estados, acentuando el caos y el desconcierto de todo el sistema capitalista. Cuantos más pueblos extranjeros esclaviza el fascismo, más amenazadora es la retaguardia que va creando para sí y para sus ejércitos. Bajo la envoltura de la dictadura fascista, se desarrollan procesos revolucionarios latentes de una fuerza extraordinaria.

Pero el fascismo no se hundirá por sí solo, si no le derriban los trabajadores. De la decisión combativa de éstos, de su valentía, de su espíritu de sacrificio, dependen los plazos históricos de hundimiento del fascismo, de derrocamiento del capitalismo.

Los verdugos fascistas no lograrán aplastar al pueblo checoslovaco, que reúne sus fuerzas para levantarse contra sus conquistadores. Jamás se resignarán los pueblos a soportar la esclavitud fascista que les ha sido impuesta por la fuerza de las armas. Al primer choque serio del fascismo con un adversario militarmente fuerte, no quedará piedra sobre piedra de ese podrido sistema fascista de «alianzas» y «protectorados». En la retaguardia de los bandoleros fascistas, va madurando la semilla de las guerras nacionales-revolucionarias, va madurando la idea del asalto revolucionario en la conciencia de las masas esclavizadas.

El criminal Franco no podrá aplastar al orgulloso pueblo español, amante de su libertad, que ha acumulado una experiencia formidable en la guerra nacional contra los bandoleros invasores. Este pueblo expulsó de su suelo a Napoleón. Derribó la monarquía. Echó por tierra la dictadura fascista de Primo de Rivera. Sabrá barrer también la odiada dominación extranjera del sátrapa italiano. La lucha del pueblo contra el fascismo no ha terminado. Las masas trabajadoras de España saben que su lucha es una parte del movimiento cada vez más potente de las fuerzas antifascistas del mundo entero. La guerra que desencadenan los gobernantes fascistas será también la tumba del fascismo español. Y el suelo de España, generosamente regado de sangre, volverá a ser un buluarte antifascista.

¡Proletarios!

Somos una fuerza poderosa, pues somos millones de hombres. De nosotros depende el que humeen las chimeneas de las fábricas y los talleres, el que funcionen las minas y los altos hornos, el que anden

Porque desencadenan la guerra porque les ahogan las contradicciones de su régimen interior. Necesitan la guerra para salvar a la dictadura fascista de la bancarrota política y económica que la amenaza. Quieren ahogar la explosión del movimiento de indignación de sus propios pueblos entre el estrépito de sus victorias diplomáticas y guerreras. Pero cuantos más territorios ocupen, más minarán el terreno que pisan. Hacen saltar por la fuerza las viejas relaciones económicas y políticas entre los Estados, acentuando el caos y el desconcierto de todo el sistema capitalista. Cuantos más pueblos extranjeros esclaviza el fascismo, más amenazadora es la retaguardia que va creando para sí y para sus ejércitos. Bajo la envoltura de la dictadura fascista, se desarrollan procesos revolucionarios latentes de una fuerza extraordinaria.



los trenes y los barcos, el que los trabajadores sigan dando de comer y de beber a un puñado de rapaces parásitos. La clase obrera es la vanguardia combativa del pueblo, la clase que refleja los intereses cotidianos y los intereses finales de toda la humanidad trabajadora. Pero nosotros, los obreros, necesitamos tener fe en nuestras fuerzas, necesitamos la unidad, que multiplica nuestra potencia, necesitamos el frente único en el plano nacional e internacional.

Lo necesitamos como el pan, como el aire, como el agua. Solamente teniendo conciencia de nuestra fuerza y poniéndola en acción con ayuda del frente único, pondremos en pie todas las fuerzas del pueblo, las fuerzas de toda la humanidad trabajadora. Necesitamos el frente único porque queremos acabar para siempre con el fascismo, con las guerras de rapiña y con la esclavitud capitalista.

¿De quien depende, hoy, la unidad de acción de la clase obrera internacional? De las Internacionales Socialista y Sindical. Si sus líderes quisieran, la unidad sería mañana un hecho consumado. La clase obrera internacional se convertiría en una fuerza que ejercería una influencia decisiva sobre la marcha de los acontecimientos. Con su unidad de acción, pondría en marcha un potente movimiento de frente popular en todos los países capitalistas. Esto sería una dura derrota para el fascismo, el comienzo de su hundimiento. ¿Queréis esto, obreros socialdemócratas? Si lo queréis, venced la resistencia que vuestros jefes oponen a la unidad de acción de la clase obrera y reforzad la unidad con vuestros hermanos de clase, con los comunistas.

Recogiendo el anhelo de la clase obrera de todos los países, la Internacional Comunista propone a los Comités Ejecutivos de la Internacional Socialista y de la Internacional Sindical entablar inmediatamente negociaciones para establecer el frente único de lucha contra los instigadores y los incendiarios de la guerra. Propone a la Internacional Socialista la plataforma en que ha de basarse la unidad de acción: la defensa de la paz sobre la base de la resistencia enérgica contra los agresores fascistas, de la organización de la seguridad colectiva y de la lucha dentro de cada país capitalista contra la política traidora de la burguesía reaccionaria, que aspira a llegar a un acuerdo con los agresores fascistas a costa de la libertad y de la independencia de su propio pueblo. La Internacional Comunista propone que se reúna una Conferencia de las organizaciones obreras de todo el mundo para trazar un plan concreto de acción, buscar los métodos y los medios de lucha y crear un órgano único que coordine las acciones conjuntas.

¡Obreros de todos los países!

El Primero de Mayo os manifestareis, en unión de los proletarios de Alemania, del Japón, y de Italia, por la paz, contra los promotores de la guerra, por el derrocamiento de la dictadura fascista.

Os manifestaréis, en unión de los obreros ingleses y franceses, contra los incendiarios de la guerra, por una resistencia enérgica contra los agresores fascistas, por la aplicación a éstos de sanciones económicas, políticas y militares.

Exigiréis de los gobiernos burgueses de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos que ayuden a la España republicana, a los patriotas de Checoeslovaquia, de Albania, de Abisinia, a los demócratas de Austria a liberar a sus pueblos del yugo del extranjero.

Exigiréis armas y créditos para China.

Os manifestaréis en favor del frente único de los trabajadores del mundo entero con el gran País del Socialismo.

Os manifestaréis en favor de la política de paz de la U.R.S.S., que responde a los anhelos de todos los pueblos.

¡La Internacional Comunista os llama, proletarios y trabajadores, bajo la gran bandera de lucha y de victoria, bajo la bandera teñida en la sangre de los mejores hijos de la clase obrera, bajo la bandera de Marx, Engels y Lenin!

¡Viva el Primero de Mayo, jornada de lucha de la solidaridad proletaria internacional!

¡Abajo el fascismo y las guerras de rapiña!

¡Abajo el capitalismo!

¡Viva la Internacional Comunista!

EL COMITE EJECUTIVO  
DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA.



# El país del socialismo y la lucha del proletariado internacional

por J. Dimitroff

## I

La clase obrera del mundo entero conmemora este año el 50 aniversario del Primero de Mayo, jornada de la solidaridad proletaria internacional.

El Primero de Mayo fué elegido en 1889 como jornada de la solidaridad fraternal de los obreros de todos los países, como jornada de revista de las fuerzas proletarias, como jornada de lucha del trabajo contra el capital.

Al principio, eran pequeños grupos de la clase obrera los que celebraban este día, en los distintos países. De año en año, la fiesta proletaria del Primero de Mayo fué ganando en importancia. Los obreros proclamaban huelgas, se lanzaban a la calle, organizaban poderosas manifestaciones, estrechaban año tras año los lazos de su solidaridad internacional.

Pero, a lo largo del tiempo, los *marxistas revolucionarios* y los *reformistas* dieron un giro *distinto* a la jornada del Primero de Mayo. El Partido bolchevique, el gran Partido de Lenin y Stalin, celebró siempre este día, desde el primer momento, como una jornada de lucha revolucionaria. Luchaba por las necesidades diarias de la clase obrera, preparando al mismo tiempo sus fuerzas para las futuras luchas revolucionarias contra la autocracia zarista y el capitalismo. En el manifiesto de Primero de Mayo de 1912, redactado por el camarada Stalin, el Partido bolchevique proclamó ante toda Rusia, que por aquel entonces se hallaba postrada bajo el yugo del zarismo :

«...En el día de hoy, debemos declarar... que juramos luchar por el derrocamiento total de la monarquía zarista y que saludamos a la revolución rusa que se avecina y que habrá de emancipar a Rusia... ¡Abajo el capitalismo! ¡Viva el socialismo!».

No había nada que lograra impedir a los bolcheviques celebrar revolucionariamente el Primero de Mayo : ni las persecuciones de la policía zarista, ni la presión económica de los capitalistas, ni la rabiosa oposición de los mencheviques, que se manifestaban en contra del carácter revolucionario de la jornada de Primero de Mayo.

Muy otra era la actitud de los reformistas ante el Primero de Mayo.

Toda su preocupación consistía en castrar el contenido revolucionario de esta jornada. De una jornada de afirmación de la solidaridad proletaria internacional y de revista de las fuerzas proletarias, el Primero de Mayo se convertía, para ellos, en una fiesta anodina, inofensiva para la burguesía. En la actitud que unos y otros adoptaban ante el carácter y contenido del Primero de Mayo, se revelaba ya hace varias décadas la profunda diferencia de principios entre ambas corrientes del movimiento obrero en todo el mundo: entre la *senda del bolchevismo* y la *senda del reformismo*, que, andando el tiempo, habían de conducir a resultados diametralmente opuestos.

El *reformismo*, que divide a la clase obrera, que le imbuje la falta de fe en sus fuerzas y en su triunfo, que supedita su movimiento a los intereses de las clases explotadoras, permitió con ello que la burguesía se salvase en el periodo de las conmociones revolucionarias más profundas, que prolongase la existencia del sistema de la esclavitud capitalista y pudiese pasar a la ofensiva contra los trabajadores. El reformismo entregó a la clase obrera y a los pueblos de una serie de países capitalistas al yugo del régimen fascista de barbarie y de saqueo.

El *bolchevismo*, que une las fuerzas de la clase obrera, que la moviliza y la dirige en la lucha intransigente contra las clases explotadoras, condujo al triunfo de la Gran Revolución socialista de Octubre, condujo a la instauración de la dictadura de la clase obrera y al triunfo del socialismo en la Unión Soviética.

A la luz de los resultados conseguidos por estas dos corrientes distintas del movimiento obrero internacional, la clase obrera y los pueblos del mundo capitalista se convencen cada vez más de lo funesta que es la *senda del reformismo* y la política de inteligencia con la burguesía imperialista, de lo *funesto* que es capitular ante el enemigo de clase, y de la *justeza de la senda del bolchevismo*, trazada por los grandes continuadores del marxismo, por los jefes y maestros del proletariado internacional, por Lenin y Stalin.

En este 50 aniversario del Primero de Mayo, la clase obrera y los trabajadores de todos los países festejan con orgullo, con admiración y con entusiasmo, el gran triunfo histórico alcanzado por la clase obrera, que ha edificado la sociedad socialista en una sexta parte del mundo. El triunfo del socialismo en la Unión Soviética demuestra la formidable capacidad creadora de la clase obrera. Revela de un modo tangible, sobre el ejemplo de un potente país, enclavado en el corazón del mundo, la fuerza arrolladora del proletariado, llamado a liberar a la humanidad del yugo del capitalismo y a crear una sociedad libre y feliz, la sociedad socialista sin clases. El proletariado internacional festeja el triunfo del socialismo en la Unión Soviética como su más grande conquista. Esta victoria es el triunfo de la solidaridad proletaria internacional, base y fuente de estímulo para la clase obrera en sus luchas futuras. La fraternal solidaridad internacional de los obreros de todos los países, bajo cuya bandera marchan el Primero de Mayo, tiene hoy en la Unión Soviética una base material incommovible.

En los días del histórico XVIII Congreso del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S., el País del Socialismo se ha ofrecido a la vista de toda la humanidad en el esplendor de su poder, de sus riquezas cada vez mayores, en la plenitud de las fuerzas creadoras del trabajo liberado. El pueblo soviético, y con él los trabajadores de todos los países, han celebrado el grandioso auge conseguido en todos los terrenos de la industria, de la agricultura, de la cultura, de la ciencia y del arte.

Sobre la base del triunfo del socialismo, se ha logrado la unidad moral y política del pueblo soviético, una unidad sin precedente en el mundo. La clase obrera, los campesinos y los intelectuales, se hallan unidos en un poderoso frente único, en el ejército compacto de los constructores del comunismo.

Mientras los Estados capitalistas se hallan desgarrados por las más profundas contradicciones internas, agarrotados por la guerra, por la crisis y por el desconcierto general, el País Soviético no conoce las conmociones y se levanta con una fuerza monolítica, incommovible.

Mientras en el mundo del capitalismo imperan las crisis, que condenan a millones de trabajadores a la miseria, al hambre y a la agonía, en el País del Socialismo reina un auge económico sin igual, que depara a todos los hombres la dicha y una vida libre y feliz. Mientras en el mundo capitalista, por efecto del orden social capitalista, se desarrolla una rabiosa lucha de clases, la clase obrera, los campesinos y los intelectuales del País del Socialismo no saben lo que es la discordia de clases y se hallan unidos en una alianza inquebrantable.

Mientras en el mundo del capitalismo se glorifica un nacionalismo bestial y se cultiva el odio de unas naciones contra otras, en el País del Socialismo reina la amistad entre los pueblos y una colaboración amistosa entre numerosas naciones, sin precedente en la historia y que es la encarnación magnífica del internacionalismo.

Mientras en el mundo capitalista se mantienen sangrientas guerras y los bandoleros fascistas asaltan a pueblos pacíficos, el Estado Socialista y todo el gran pueblo soviético velan por las fronteras de la patria del proletariado internacional, defienden la causa de la paz, que responde a los intereses de todos los pueblos. Por boca del camarada Stalin, el gran País Soviético declara que su política es la de ayudar a los pueblos que son víctimas de una agresión y luchan por la independencia de su patria.

El XVIII Congreso del P. C. (b.) de la U.R.S.S. ha demostrado una vez más ante el mundo entero que no hay manejos ni intrigas de los enemigos capaces de hacer vacilar la potencia incommovible del País del Socialismo y la férrea cohesión de todo el pueblo soviético en torno al Partido de Lenin y Stalin. Los lacayos trotskistas-bujarinistas a sueldo del fascismo han recibido una nueva lección; sus nombres aborrecibles tienen el odio profundo de las masas del pueblo. Después de limpiarse de los trotskistas y de los demás agentes del fascismo y de los servicios de espionaje extranjeros, el País Soviético se ha fortalecido todavía más y prosigue más velozmente aún su avance.

El pueblo soviético, que ha ejecutado brillantemente dos Planes quinquenales stalinianos, cumple hoy, con paso firme y seguro, el tercer Plan quinquenal, aprobado por el Congreso del Partido. El Partido bolchevique, que ha asegurado el triunfo del socialismo, abre, con el histórico informe del camarada Stalin, nuevas perspectivas grandiosas y magníficas. El coronamiento de la instauración de la sociedad socialista y el paso gradual del socialismo al comunismo se ponen a la orden del día como una tarea práctica cotidiana. La consigna del comunismo, que representa la realización del gran principio «de cada cual según su capacidad, a cual según sus necesidades», estimula al pueblo soviético a luchar por nuevas victorias y es una fuente de entusiasmo formidable para la clase obrera y los trabajadores del mundo entero.

A los ojos de los obreros de todos los países, los éxitos de la edificación socialista en la Unión Soviética son una victoria suya propia. Los obreros de todos los países se hallan vitalmente interesados en estos éxitos y en el afianzamiento y el desarrollo ulteriores del País del Socialismo. A ellos se halla vinculada toda la suerte del proletariado internacional y la causa de su liberación. En el desarrollo y afianzamiento de la Unión Soviética, ve la clase obrera de los países capitalistas el manantial de vida que robustece su fe en sus fuerzas y en su emancipación del yugo del capitalismo.

Al final de su informe en el XVIII Congreso del P. C. (b.) de la U.R.S.S., el camarada Stalin señala con una claridad y una fuerza de convicción insuperables el alcance del triunfo del socialismo conseguido por la clase obrera de la Unión Soviética para la clase obrera de los países capitalistas :

«El resultado principal está en que la clase obrera de nuestro país, después de acabar con la explotación del hombre por el hombre y afianzar el régimen socialista, ha demostrado al mundo entero la justeza de su causa. En esto reside el resultado principal, puesto que esto robustece la fe en la fuerza de la clase obrera y en la certeza inevitable de su triunfo definitivo...

La burguesía de todos los países afirma continuamente que la clase obrera, después de destruir el viejo orden burgués es incapaz de edificar nada nuevo sobre las ruinas de lo antiguo. La clase obrera de nuestro país ha demostrado con hechos que es perfectamente capaz, no sólo para destruir el orden viejo, sino también para construir un orden nuevo y mejor, el régimen socialista, un régimen que no conoce las crisis ni el paro forzoso.

La burguesía de todos los países afirma constantemente que los campesinos son incapaces de abrazar el camino del socialismo. Los koljosianos de nuestro país han demostrado con hechos que pueden abrazar con éxito el camino del socialismo.

Lo más importante que la burguesía de todos los países y sus acólitos reformistas tratan especialmente de conseguir, es desarraigar de la clase obrera la fe en sus fuerzas, la fe en la posibilidad y en la certeza inevitable de su triunfo, para perpetuar con ello la esclavitud capitalista. Pues la burguesía sabe que si el capitalismo no ha sido aún derrocado y sigue subsistiendo, ello no se debe a sus virtudes, sino al hecho de que el proletariado carece aún de una fe suficientemente firme en la posibilidad de su triunfo. No se puede decir que los esfuerzos hechos por la burguesía en este sentido hayan sido completamente estériles. Hay que reconocer que la burguesía y sus agentes dentro de la clase obrera han conseguido, hasta cierto punto, envenenar el alma de la clase obrera con la ponzoña de la

duda y del escepticismo. Si los éxitos de la clase obrera de nuestro país, si su lucha y su triunfo pueden servir para llevar el espíritu de la clase obrera de los países capitalistas y fortalecer en ella la fe en sus fuerzas, la fe en el triunfo, nuestro Partido puede afirmar que no trabaja en balde. Y no cabe duda de que así será.»

Estas brillantes palabras del camarada Stalin señalan qué es lo más esencial que le falta a la clase obrera de los países capitalistas para aplastar el fascismo, para derrocar el capitalismo y emancipar a sus pueblos del yugo de la esclavitud capitalista: *la fe en sus fuerzas, la fe en la certeza inevitable de su triunfo.*

## II

La clase obrera de los países capitalistas celebra el *cinquenta aniversario del Primero de Mayo* dentro de la situación de una nueva guerra imperialista, bajo las condiciones de la crisis económica y de la agudización de la lucha entre el fascismo agresor y las fuerzas del movimiento antifascista que se agrupan contra él.

Asistimos ya al segundo año de la guerra imperialista que hace estragos en tres continentes y siembra la muerte y la ruina en los campos de China y de España, de Abisinia y Albania, en la Europa central y en la lejana Asia. Los círculos dominantes de Inglaterra y Francia, que disponen de las fuerzas y las posibilidades necesarias para oponer una resistencia resuelta a los agresores fascistas e impedir el desencadenamiento de la guerra por medio de la seguridad colectiva, han empujado a los pueblos al abismo sangriento de la destrucción de millones de vidas humanas, con su política de No Intervención y con su rumbo muniqués. En su esfuerzo por desencadenar la más criminal y la más contrarrevolucionaria de las guerras, la guerra antisoviética, por azuzar a los bandoleros fascistas contra el País del Socialismo, los imperialistas ingleses y franceses han permitido a los fascistas entregarse a la rapiña en el centro de Europa, devastar y saquear países ajenos, esclavizar los pequeños pueblos y modificar por la fuerza, insolentemente, el mapa de Europa. Estimulados por esta política, los apetitos de los agresores fascistas han crecido y siguen creciendo cada vez más. Después de ocupar Austria y Checoslovaquia y de asestar una puñalada a España, el fascismo ha invadido la zona de Memel, se ha anexionado Albania. Amenaza directamente a Polonia y, buscando fuentes de materias primas y de víveres, extiende su zarpa hacia los países de la península de los Balcanes y se abre un camino hacia el Este. Presiona a Holanda, Suiza, Bélgica y los Países Escandinavos y tiende sus redes en los países de la América latina. Los fascistas levantan fortificaciones en los puntos estratégicamente importantes del Mediterráneo para arrebatarse Gibraltar y las colonias francesas de África, para apoderarse de la ruta hacia las posesiones ultramarinas de Inglaterra y acercarse a sus colonias.

En el Extremo Oriente, la camarilla militarista japonesa, espoleada

por la misma política de No Intervención de los grandes Estados imperialistas, mantiene su guerra de rapiña contra el pueblo chino.

La nueva guerra imperialista emprendida por los Estados agresores fascistas y desencadenada con la complacencia directa de la burguesía reaccionaria de Inglaterra y Francia, amenaza con degenerar en una guerra mundial.

Esta política de desencadenamiento de la guerra imperialista y de estímulo a los asaltos fascistas por parte de los círculos dominantes de la burguesía inglesa y francesa, en el plano internacional, se halla inseparablemente unida al rumbo reaccionario profascista seguido dentro de sus propios países.

La burguesía de Inglaterra y Francia veía en el creciente movimiento antifascista fuerzas contra las que podían estrellarse los amigos profascistas del fascismo alemán e italiano y que podían hacer fracasar su inteligencia con los agresores fascistas. Los éxitos del Frente Popular en Francia, la cohesión cada vez más estrecha del proletariado francés, los importantes progresos conseguidos por el movimiento obrero y democrático en Inglaterra, los Estados Unidos y otros países, la heroica lucha del pueblo español y la poderosa campaña de solidaridad antifascista internacional despertada por ella, y sobre todo el afianzamiento de la fraternal solidaridad internacional y de los lazos fraternales entre la clase obrera de los países capitalistas y el gran pueblo soviético; todo esto, alarmaba extraordinariamente a la burguesía. Por esto reforzó su ofensiva contra la clase obrera y abrió el fuego contra las conquistas sociales del proletariado y contra las libertades democráticas. Puso en acción todos los medios posibles para hacer fracasar la consecución de la unidad de las filas proletarias, las acciones internacionales conjuntas de la clase obrera, el movimiento del Frente Popular antifascista, y en primer término el movimiento del Frente Popular en Francia y en España.

La burguesía reaccionaria hizo cuánto pudo per estrangular a la República española. No vaciló en asestar al heroico pueblo español una puñalada por la espalda, organizando en Madrid, en el momento más decisivo de la lucha en defensa de su patria, el complot contrarrevolucionario de Casado-Besteiro-Miaja. No hay ningún crimen contra la paz, contra la libertad y la independencia de los pueblos al que los imperialistas ingleses y franceses no hayan recurrido para conseguir llegar a una inteligencia con los agresores fascistas, para disuadir al fascismo de sus pretensiones coloniales y convertirle en el gendarme de la reacción mundial contra la lucha de liberación de la clase obrera internacional y contra el gran País del Socialismo.

Pero los reaccionarios ingleses y franceses se han equivocado en sus cálculos. Han desencadenado fuerzas que no les es fácil dominar.

Hoy, todo el mundo comprende cada vez más que la agresión fascista va dirigida actualmente, sobre todo, contra los Estados del Occidente de Europa. Hasta ahora, las esperanzas de la burguesía reaccionaria inglesa y francesa de azuzar a los bandoleros fascistas contra la Unión Soviética no se han visto coronadas por el éxito.



Y no porque el fascismo haya renunciado pura y simplemente a estos planes, sino porque la *nuez soviética* es demasiado dura para los *dientes fascistas*. El fascismo teme romperse en esta empresa no sólo los dientes sino también el espinazo y prefiere encauzar su agresión por la línea de la menor resistencia.

La bancarrota de la política de «pacificación» de Munich es ya tan clara y manifiesta, que nadie se atreve a discutirla, ni sus propios autores. Intentan únicamente justificarse haciendo creer que la vileza, la hipocresía y el engaño de sus compadres fascistas fué una sorpresa inesperada para ellos.

Los acontecimientos producidos después de Munich revelan, pues, palpablemente que el pacto de Munich no sólo no condujo a la paz, sino que contribuyó en todos los respectos a seguir extendiendo la agresión y, en vez de superar los antagonismos imperialistas, lo que hizo fué agudizarlos todavía más.

Al mismo tiempo, el desencadenamiento de una nueva guerra imperialista, la barbarie del fascismo y la política criminal de la No Intervención levantan en todos los países una nueva oleada de sentimientos antifascistas y de odio contra el fascismo y contra sus cómplices.

Este movimiento de masas se revela en la oposición cada vez mayor de las masas populares contra el rumbo de Munich, en la resistencia creciente de la clase obrera contra la ofensiva de la reacción burguesa en el plano interior y en las elecciones parlamentarias, como ha ocurrido recientemente en Holanda y en Bélgica, donde los fascistas han sufrido una dura derrota. Millones de hombres hasta ahora equivocados abren los ojos. Las ilusiones pacíficas se vienen a tierra. Los enemigos encubiertos y los pérfidos embaucadores de las masas trabajadoras son desenmascarados. El odio de las masas contra ellos va en aumento. Masas todavía ayer indiferentes se incorporan a la vida política activa y a la lucha. Crece la influencia de los que han puesto en guardia a los pueblos contra los resultados funestos del camino de Munich.

Sólo los agentes y embaucadores fascistas de la clase obrera pueden difundir mentirosas leyendas acerca de la «omnipotencia» del fascismo, y sólo los capituladores atemorizados y los hombres políticamente cobardes pueden dar crédito a estas leyendas. La furia insensata de los detentadores fascistas del Poder, su insolencia desatada y su bárbaro despotismo no son, ni mucho menos, un signo de la fuerza interior del fascismo. La burguesía no ha ido a refugiarse al fascismo precisamente porque esté pletórica de fuerza, sino porque tiene conciencia de la precariedad de su dominación. Ante las conmociones económicas y la oleada cada vez más poderosa de indignación de los trabajadores, la burguesía recurrió al régimen de la dictadura fascista, creyendo que con ello iba a poder resolver las contradicciones interiores y exteriores del capitalismo.

¿Y que ha sucedido, en realidad?

El fascismo se jactaba de que acabaría con la anarquía de la

economía capitalista y con las crisis. Pero esto no estaba, naturalmente, en su mano. Con su explotación y su saqueo bestiales de las masas populares, lo que ha conseguido ha sido acrecentar las ganancias de los grandes tiburones capitalistas. Pero la anarquía sigue desgarrando la economía capitalista. La célebre economía «planificada» proclamada por los fascistas ha consistido, pura y simplemente, en encarrilar la economía del país por los cauces de la economía de guerra. Pero esto, como subraya el camarada Stalin, no impedirá la crisis económica que se avecina, sino que prepara, por el contrario, una crisis todavía más profunda y más asoladora. Las dificultades económicas de los países fascistas aumentan de día en día a los ojos de todos.

El fascismo proclamó demagógicamente que acabaría con las contradicciones de clase e instauraría «la comunidad nacional». Pero en realidad, ha ocurrido lo contrario. En su afán por acabar, a fuerza de un terror bestial, con las formas de expresión de la lucha de clases, lo que hace el fascismo es tender un velo sobre el descontento de las masas y agudizar al mismo tiempo, todavía más, las contradicciones de clase. En vez de la «armonía del trabajo y del capital», lo que vemos es la acentuación de los antagonismos de clase. En ningún país existe un abismo tan profundo entre los explotadores y los explotados como en los países fascistas. El fascismo ha destruido las organizaciones obreras legales, pero el puesto de éstas es ocupado por las organizaciones clandestinas. En su afán por aplastar y oprimir las filas del movimiento obrero, empuja a los obreros, contra su voluntad, a unir sus fuerzas en un frente único proletario. El fascismo, que saquea y oprime a los campesinos y a las capas medias de la ciudad, empuja a estos sectores a aliarse al proletariado, a crear el Frente Popular antifascista.

La burguesía veía en el régimen fascista un medio para aniquilar el movimiento comunista y acabar con el peligro de la revolución. Pero las propias concesiones de los detentadores fascistas del Poder y la movilización de todo el aparato del Estado contra el «peligro comunista» y contra el movimiento del Frente Popular, demuestran que las fuerzas revolucionarias crecen incesantemente, que la clase obrera no cesa en su lucha y que las simpatías del pueblo trabajador por el comunismo son hoy más fuertes que nunca.

El fascismo ha creado grandes ejércitos para sus guerras de rapiña, pero en estos ejércitos se hallan enrolados cientos de miles de hombres armados que arden en odio contra el fascismo. Y su propia retaguardia representará, en caso de un choque militar, un peligro amenazador para él.

El fascismo, con la complacencia de la burguesía reaccionaria de Inglaterra y Francia, ha conseguido apoderarse de territorios extranjeros, pero con ello no ha hecho más que poner en contra suya a los nuevos millones de hombres de los pueblos esclavizados por él y acrecentar en proporciones enormes el ejército de sus enemigos mortales.

Todos esto indica que, bajo la fachada exterior de la dictadura

fascista, maduran procesos profundos de una fuerza revolucionaria gigantesca. Todo esto indica la inestabilidad y la precariedad del régimen fascista. A los bandoleros fascistas les quema el terreno que pisan y bajo sus piés arde el volcán cuya lava abrasadora barrerá la dictadura fascista, y con ella el capitalismo.

### III

*Pero el fascismo no se derrumbará por sí solo.* No renunciará a seguir desencadenando la guerra. La burguesía reaccionaria no cambiará voluntariamente de rumbo. Sólo la lucha resuelta de los millones de hombres de la clase obrera y de los trabajadores puede cerrar el paso a la agresión fascista e impedir la guerra, poner un freno a la reacción.

¿Qué es lo que permite a los agresores fascistas campar por sus respetos y llevar a cabo sus brutales agresiones?

La causa principal de esto reside, esencialmente, en que la agresión fascista y el desencadenamiento de la guerra imperialista, que siguen su curso bajo la complacencia de los círculos dominantes de los países democrático-burgueses, no han tropezado todavía con la necesaria resistencia por parte de las masas populares. Y no tropieza con esta resistencia porque la clase obrera de los países capitalistas no ha sabido aún acabar con la división dentro de sus filas, actuar en frente único y ganarse a sus aliados, los campesinos y las capas medias trabajadores.

La Internacional Comunista ha señalado repetidas veces que si hasta ahora no había sido posible lograr la unidad de acción de la clase obrera internacional es porque los líderes reaccionarios de los partidos socialistas y de los sindicatos han difundido sistemáticamente el opio de la fe supersticiosa en la estabilidad del orden burgués, en la imposibilidad de luchar eficazmente contra los agresores fascistas, porque han sembrado la falta de fe en las fuerzas de la clase obrera, saboteando y haciendo fracasar bajo todos los pretextos posibles la unificación de las filas proletarias. A estos líderes reaccionarios, que se hallan vinculados del modo más estrecho a las clases dominantes de sus países, el triunfo de la clase obrera les inspira el mismo temor que a las propias clases dominantes, y marchan en todos los problemas fundamentales de la política internacional e interior del brazo de la burguesía.

Explotan habilmente los sentimientos pacifistas de las masas, especulan con las ilusiones legalistas alimentadas a lo largo de muchos decenios, se aprovechan del cariño de los obreros por sus viejas organizaciones, a las que amenazan con una escisión, caso de que se haga el frente único con los comunistas.

Una expresión bien palmaria de la línea capitulacionista y escisionista seguida por estos líderes es el llamamiento de Primero de Mayo de la Segunda Internacional.

En un momento en que la hoguera de la guerra imperialista amenaza con extenderse al mundo entero, en que el fascismo prepara nuevas

agresiones, nuevas anexiones, nuevos crímenes, en que la reacción levanta en todas partes cabeza contra la clase obrera, el llamamiento de la Segunda Internacional guarda un silencio de muerte acerca del problema de la necesaria cohesión de las fuerzas de la clase obrera para la lucha contra el fascismo y contra la guerra.

Este llamamiento no dice ni una palabra acerca de la más formidable conquista de los obreros de todos los países, acerca del triunfo del socialismo en la Unión Soviética. En cambio, el asombrado lector se entera por el llamamiento de la Segunda Internacional de los éxitos del socialismo... en Nueva Zelanda y en los Países Escandinavos. Los desdichados autores de este llamamiento creen, por lo visto, que con este «socialismo escandinavo», inventado por ellos y del que se rien hasta los niños, van a conseguir enterrar la simpatía y el cariño de millones de obreros en el mundo entero hacia el gran País del Socialismo. ¡Qué gentecillas tan desdichadas y tan ridículas!

Las masas obreras tienen derecho a preguntar :

*¿Qué socialistas son esos, que se ponen en frente del verdadero, del auténtico socialismo?*

*¿Qué militantes del movimiento obrero son esos, que no sólo no señalan, a la luz del ejemplo de la Unión Soviética, la gran capacidad creadora y el triunfo de la clase obrera, sino que se esfuerzan denodadamente en rebajar, sea como sea, la importancia de este triunfo a los ojos de los obreros de sus países?*

*¿Qué partidarios de la paz son esos, que defensores de los intereses de los pueblos amenazados por el peligro de una agresión fascista son esos, que, con sus ataques contra la Unión Soviética, con su sabotaje de la unidad de acción de la clase obrera, ayudan a los fascistas y a sus cómplices de las camarillas imperialistas de otros países a desencadenar una nueva guerra mundial?*

Nosotros, los comunistas, sabemos que en el seno del movimiento obrero internacional crecen y se fortalecen las fuerzas de los partidarios de la unidad de acción de la clase obrera, que son cada vez mayores los sectores obreros que claman en voz alta por la unidad. Y sabemos también que en el seno de la Segunda Internacional se operan profundos procesos de diferenciación, que en las filas de la socialdemocracia y de los sindicatos aumenta día a día el número de los militantes que, expresando la voluntad de los obreros, plantean cada vez más resueltamente la cuestión del frente único con los Partidos Comunistas.

Mientras que la Comisión Ejecutiva del Partido Laborista expulsa a Cripps por su campaña en favor del Frente Popular, numerosos afiliados y hasta organizaciones enteras de este partido y de las Trade-uniones se manifiestan en contra de los acuerdos de la Comisión Ejecutiva y apoyan a Cripps.

Mientras que en Francia el « grupo muniqués » de Paul Faure entorpece por todos los medios el frente único dentro del Partido Socialista, la mayoría del partido se manifiesta en favor del frente único con los comunistas y en favor del Frente Popular antifascista. Estos

hechos no constituyen ya casos aislados, y su número aumenta sin cesar.

Y estamos firmemente convencidos de que ya no está lejos el día en que, bajo la presión de las masas de millones de hombres de la clase obrera, este frente único será un hecho consumado.

No hay fuerza en el mundo capaz de detener este inevitable proceso histórico. Lo impone imperiosamente toda la marcha de los acontecimientos, y sobre todo la necesidad de luchar contra la guerra de rapiña que atizan los agresores fascistas.

Partiendo de esto, la Internacional Comunista se dirige una vez más a la Segunda Internacional y a la Federación Sindical Internacional proponiéndole realizar la unidad de acción.

El Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista declara, en su llamamiento de Primero de Mayo :

«Recogiendo el anhelo de la clase obrera de todos los países, la Internacional Comunista propone a los Comités Ejecutivos de la Internacional Socialista y de la Federación Sindical Internacional entablar sin demora negociaciones encaminadas a la realización del frente único para la lucha contra los promotores e incendiarios de la guerra. Somete a la Internacional Socialista la siguiente plataforma para la unidad de acción : defensa de la paz sobre la base de oponer una resistencia resuelta a los agresores fascistas, organización de la seguridad colectiva y de la lucha dentro de cada país capitalista contra la política traidora de la burguesía reaccionaria, que intenta llegar a un acuerdo con los agresores fascistas a costa de la libertad y la independencia de su propio pueblo.

La Internacional Comunista propone que se convoque una Conferencia de las organizaciones obreras de todo el mundo, para trazar un plan concreto con vistas a las acciones, a los medios y métodos de lucha y para crear un órgano único de coordinación que dirija las acciones conjuntas.»

Quien abogue real y efectivamente por los intereses de la clase obrera y vea verdaderamente en el fascismo, ávido de sangre, el enemigo de todos los trabajadores ; quien no quiera que la tierra se convierta, en interés de la burguesía, en un sangriento campo de batalla, no puede rechazar esta propuesta de la Internacional Comunista.

*Los comunistas, los obreros progresivos y todos los partidarios del frente único, harán de esta propuesta de la Internacional Comunista el punto de partida de una poderosa campaña en pro de la unidad de acción y de la amplia movilización de las masas para la lucha contra el fascismo y la guerra.*

\*  
\*\*

La condición decisiva y primordial que ha de cumplirse con éxito para que la clase obrera de los países capitalistas pueda acometer las tareas que tiene planteadas es la de afianzar, en el terreno orgánico y en el terreno ideológico-político, los propios Partidos Comunistas.

Desde el VII Congreso de la Internacional Comunista, los Partidos Comunistas de una serie de países capitalistas, después de superar el sectarismo dentro de sus filas y llevando a la práctica tenazmente la táctica del frente único, han hecho considerables progresos, han visto crecer su influencia sobre las masas y se han convertido en un factor

político importante en la vida de su país, en la vida de su pueblo. Pero nuestro lado débil consiste en que los comunistas no afianzan siempre en el terreno de la organización su influencia ideológico-política. Nuestro lado débil consiste, asimismo, en el atraso de los cuadros de los Partidos Comunistas y del movimiento obrero, en lo que se refiere a la educación marxista-leninista. Y este atraso brinda un terreno propicio para que se infiltren en las filas de los Partidos Comunistas las influencias hostiles, para toda suerte de tergiversaciones oportunistas de la política y la táctica del Partido, tergiversaciones extraordinariamente nocivas, sobre todo en una situación como la actual, que cambia tan rápidamente, y ante los bruscos virajes que se producen en el desarrollo de los acontecimientos.

Los Partidos Comunistas, vanguardia combativa de la clase obrera, necesitan como el pan, como el aire y como el agua, estudiar constantemente y dominar el marxismo-leninismo, la teoría de Marx, Engels, Lenin y Stalin. Es necesario acabar cuanto antes con la actitud desdeñosa ante la teoría, con la tendencia al empirismo.

La edición y difusión de la literatura marxista-leninista, sobre todo de las obras de Lenin y Stalin, y la publicación del «Compendio de Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.», tarea emprendida ya por los Partidos Comunistas, es un comienzo muy satisfactorio en este sentido. Pero no es más que el comienzo. Se halla aún en pie la tarea de estudiar sistemáticamente y de dominar de un modo efectivo este magnífico libro, esta enciclopedia de la ciencia marxista-leninista, esta encarnación viva de la gran teoría de Lenin y Stalin, y de ponerla a contribución, en todos sus aspectos, para la lucha de la clase obrera de los países capitalistas.

Todo comunista, todo obrero progresivo, todo militante honrado del movimiento obrero, debe tener clara conciencia de que la condición fundamental y primordial para poder cumplir las tareas históricas de la clase obrera, consiste en que la vanguardia de esta clase domine y aplique efectivamente la teoría marxista-leninista, en que los combatientes del movimiento obrero y del movimiento antifascista del mundo se hallen pertrechados con la potente y victoriosa arma de la teoría de Marx, Engels, Lenin y Stalin.

# Los problemas del día

## Más unidos que nunca.

Los obreros de todos los países han dado muestras del mayor interés por el XVIII Congreso del Partido bolchevique. El histórico informe del camarada Stalin, los acuerdos del Congreso del Partido, el tercer Plan quinquenal, la incomparable fuerza económica, militar y moral de la Unión Soviética, infunden a los obreros de los países capitalistas nueva confianza en sí mismos y nueva seguridad. Ante los triunfos indiscutibles del socialismo en la Unión Soviética y las repercusiones claramente perceptibles de estos triunfos sobre la clase obrera internacional, muchos periódicos democráticos y socialistas se han visto también obligados a reconocer las realizaciones de los bolcheviques. Ciertamente es que la mayoría de estos periódicos han intentado, al mismo tiempo, poner reparos a estas realizaciones y salir al paso de la simpatía y la admiración cada vez mayores de las masas por la Unión Soviética. Un testimonio característico de esto es un artículo publicado en el Nuovo Avanti del 1 de abril, en el que se dice que el XVIII Congreso no fué un verdadero Congreso de partido, pues en él no hubo «discrepancias políticas» ni una «verdadera discusión». Otros críticos socialdemócratas, reconociendo de mala gana que la Unión Soviética sigue avanzando poderosamente, a pesar de todos los chillidos de mal augurio de sus adversarios, se apresuran a añadir que la perfecta unanimidad del XVIII Congreso del Partido les inquieta y que su sensibilidad democrática apenas puede resistir la ausencia de toda oposición.

Por lo visto, estos curiosos defensores de la democracia interior de los partidos consideran como el summum de lo apetecible el que la clase obrera se halle ideológica y políticamente dividida, y reputan una desgracia el que, a fuerza de luchas y experiencias, haya conseguido la más perfecta unidad. La clase obrera de la Unión Soviética ha ido superando paso a paso todas las corrientes extrañas y enemigas al socialismo. Se ha convencido de la justeza del marxismo-leninismo, de la fidelidad, de la consecuencia y de la fuerza victoriosa del Partido de Lenin y Stalin. Se ha agrupado más estrechamente que nunca en torno a Stalin, en torno al Comité Central del Partido bolchevique, en torno a la bandera del gran Partido que ha realizado el socialismo y sirve de modelo a los obreros de todos los países. Esta unidad del Partido revolucionario dirigente de la clase obrera es la más clara expresión y la más firme garantía de la unidad moral y política de todo el pueblo soviético. Y esta unidad de todo el pueblo soviético constituye el fundamento de la Unión Soviética e infunde al País del Socialismo la fuerza necesaria para defender la causa de la clase obrera internacional y de los pueblos contra los agresores fascistas. Cabría, pues, esperar que todos los socialistas, todos los antifascistas se sintiesen

llenos de júbilo al ver que el XVIII Congreso del Partido bolchevique ha revelado la unanimidad y la cohesión más completas de la clase obrera de la U.R.S.S.

Pero no es así. Entre la camarilla de los dirigentes de la Segunda Internacional, no faltan quienes califiquen esta unidad de «inquietante». ¡En este Congreso han hablado tantos delegados, obreros, campesinos, directores de fábricas, mandos militares, representantes de todos los grupos profesionales y de todas las nacionalidades, y sus discursos, apesar de ser tan variados, han coincidido todos en una profesión de fe por el gran Partido de Lenin y Stalin, por su dirección y su política ¡Indudablemente, algo hay aquí que no marcha bien! ¡Esta unanimidad no puede ser de buen augurio! ¿Dónde nos dejan la «oposición»? Y, si no hay «oposición», ¿donde se queda la democracia? Una democracia sin oposición no tiene derecho a existir. Estos críticos socialdemócratas no pueden, en parte, concebir y en parte no quieren admitir que lo que ocurre es que la política de Lenin y Stalin es una política certera y que los afiliados al Partido reconocen la justeza de esta política.

Para estas gentes, la democracia consiste en que se enfrenten diversas concepciones políticas, en enredarse en discusiones interminables en torno a un problema, en que cada orador encuentre otro que le contradiga, para acabar votando acuerdos que no satisfacen a nadie y que, por tanto, nadie se cree obligado a cumplir. La encarnación de esta «democracia» es la Segunda Internacional. Aquí, cada cual tiene su propio punto de vista y, después de haber desfilado toda una serie de oradores, exponiendo cada uno de ellos una cosa distinta, se vota un acuerdo que cada cual interpreta como le parece y en el que cada cual lee lo que se le antoja. ¡Y que a nadie se le ocurra preguntar cómo se ejecutan estos acuerdos! Su ejecución podría poner en peligro la hermosa «democracia» de la Segunda Internacional. Pues la esencia de esta «democracia» no es la acción, sino la palabra. ¡Qué cada cual hable lo que se le antoje, con tal de dejar complacientemente los actos a cargo de la dirección de cada Partido! Esta pretendida «democracia» de la Segunda Internacional no es más que un engaño de que se hace objeto a los obreros : se les deja hablar, se les deja votar, se les deja formular protestas y tomar acuerdos, y por fin cada cual se va por su lado y no ha cambiado nada. ¿Es esta «especie de democracia», que no pasa de las palabras, sin traducirse nunca en hechos, la que los obreros necesitan? No ; los obreros necesitan, manifiestamente, otra clase de democracia. Necesitan una democracia que no se limite a expresar su voluntad de lucha, sino que la traduzca en actos. Necesitan una democracia que no desperdigue sus fuerzas combativas, sino que las aglutine sólidamente. Necesitan una democracia que les eduque y les capacite para la acción revolucionaria.

Los portavoces de esa «democracia» cuya encarnación es la Segunda Internacional se jactan de que en los Congresos de sus partidos no reina solamente un barullo de opiniones, sino que hay también, de vez en cuando, una auténtica oposición. Que los obreros socialdemócratas mediten detenidamente lo que esto quiere decir, en realidad, y por



qué, las Conferencias de sus partidos, en situaciones críticas, se parecen tanto a los Parlamentos de las democracias burguesas, en los que hay también, «partidos gubernamentales» y una «oposición». Como es sabido, una «oposición» organizada no surge nunca por el capricho de llevar la contraria, por el gusto de atenerse a las llamadas «reglas del juego democrático». Los grupos políticos sólidos y los grupos de la oposición son siempre, tanto dentro de los Partidos socialistas como dentro de los parlamentos, una expresión de la lucha de clases. Los oradores populares y los fundadores de sectas con ideas más o menos originales podrán agrupar pasajeramente en torno suyo a grupos más o menos nutridos de hombres, pero estos grupos sólo pueden convertirse en un factor político cuando representan algún interés de clase.

Citrine, Spaak, Paul Faure y otras lumbreras de la Segunda Internacional representan los intereses de clase de la burguesía. Tropiezan con la oposición de los socialistas que defienden los intereses de clase del proletariado. Entre unos y otros, fluctúan los elementos pequeño-burgueses y aquellos obreros que no tienen todavía una formación política bastante fuerte o que no ven aún claro el camino por el que pueden poner en práctica sus ideas revolucionarias. Recordemos la discusión sostenida en el último Congreso extraordinario del Partido Socialista francés. Esta discusión entre los «muniqueses» y los «anti-muniqueses», entre los partidarios de una «inteligencia» con el fascismo y los antifascistas resueltos era algo más que una simple divergencia de opiniones : era un fragmento de la lucha de clases. Los representantes de la burguesía dentro del movimiento obrero se enfrentaban con los representantes de la clase obrera. El hecho de que entre los que votaron por Paul Faure y su camarilla figurasen también algunos obreros honrados, desorientados, no significa nada ; del mismo modo que el hecho de que haya obreros que voten por los partidos y los grupos burgueses, y en momentos de confusión incluso por los fascistas, no altera el carácter de estos partidos y grupos. Cuando la clase obrera luche consecuentemente y en su totalidad por sus intereses propios, se habrá acabado definitiva e irrevocablemente la dominación de la burguesía.

Infundir a la clase obrera en su conjunto la conciencia de sus propios intereses, emanciparla de todas las influencias extrañas y enemigas y fundirla en una unidad revolucionaria, es precisamente la misión formidable del partido revolucionario de la clase obrera. Y esas profundas «discrepancias de opinión», que a nuestros críticos socialdemócratas se les antojan el summum de la democracia dentro de los partidos, no son otra cosa que la expresión de que la clase obrera no se halla todavía unida en su conjunto, es decir, de que los agentes de la burguesía tienen aún una influencia determinante en su seno. Este estado de cosas podrá ser considerado como el ideal por los agentes de la burguesía y por los pequeños burgueses atacados de ceguera ; pero la clase obrera lo paga con indecibles sufrimientos y duras derrotas.

También en las filas del Partido Comunista de la Unión Soviética existió durante largos años una «oposición», que encantaba a los

líderes reaccionarios de la Segunda Internacional. Los obreros saben bien hoy que era esta «oposición»: era el detritus de la burguesía contrarrevolucionaria, el enemigo de clase emboscado en la fortaleza de la clase obrera. Estas gentes, cuyo hundimiento han deplorado, mesándose los cabellos, nuestros críticos socialdemócratas, no «discutían» solamente con palabras, sino también con la pistola en la mano. No exponían sus «discrepancias de opinión», solamente por medio de declaraciones y de proclamas, sino también por medio de atentados, de actos de sabotaje y de crímenes de toda especie. Daban salida a las «discrepancias políticas» entre sus amos fascistas y el Poder Soviético socialista con las armas de la traición, del espionaje y del asesinato. El Partido de Lenin y Stalin se ha limpiado de esta banda de criminales. Ha extirpado de sus filas estos vestigios putrefactos del capitalismo. Y, después de eliminar este veneno, la unidad del Partido, de la clase y del pueblo, conquistada con tanto sacrificio, se ha revelado en toda su fuerza esplendorosa.

Lo que los críticos socialdemócratas «echan de menos» hoy en el Partido Comunista de la Unión Soviética es, en realidad, la lucha de clases contra la clase obrera dominante. En efecto, el Partido bolchevique ha acabado con la larga lucha de clases dentro de sus filas. Este Partido encarna la unidad intangible de la clase obrera de la U.R.S.S. y de todo el pueblo soviético.

¿Acaso esto es un defecto?

Sólo los enemigos del socialismo y de la clase obrera o los pequeños burgueses atacados de una ceguera incurable que marchan detrás de ellos podrán ver en esto un «defecto». Los obreros, que en su lucha contra el fascismo pugnan apasionadamente por la unidad, no consideran esto como un «defecto», sino como la realización suprema de sus propios anhelos. Ellos no conceden ninguna importancia al mantenimiento de las «discrepancias políticas» dentro de la clase obrera. A lo que conceden la importancia más grande es al hecho de que la clase obrera marche unida dentro de un espíritu revolucionario para poder decidir a favor de la clase obrera el formidable pleito político entre el fascismo y la democracia, entre el capitalismo y el socialismo. Y el Partido Comunista de la Unión Soviética les enseña el camino que hay que seguir para conseguirlo.

### La F.S.I. desmiente categóricamente...

En el número 14 del «Boletín de la Federación Sindical Internacional», el lector se encuentra ya en el índice, impreso con grandes caracteres, con este epígrafe: «Un categórico mentís de la F.S.I.»

Seguramente que, al leer ésto, muchos afiliados sindicales habrán respirado con un gesto de alivio. En efecto, no son pocas las cosas que todo militante honrado del movimiento sindical querría ver desmentidas, en interés de la unidad, de la limpieza y de la fuerza de este movi-

miento. Tal vez —pensaría más de uno— la F.S.I. empiece a desmentir **categoricamente**

que ciertas personalidades dirigentes de la F.S.I. mantienen relaciones con los círculos que rodean al traidor a la lucha de la República española, Besteiro ;

que el miembro de su dirección Citrine se cuenta entre los más decididos adversarios de la unidad del movimiento sindical ;

que la dirección de la F.S.I. se hace solidaria de Green, responsable de la escisión de los sindicatos norteamericanos y adversario de las medidas progresivas de Roosevelt ;

que la F.S.I. tiene algo que ver con esa campaña de «anti-comunismo» que se ha desencadenado y en la que toman parte, no sólo ciertos representantes caracterizados de los patronos, sino también algunos funcionarios sindicales.

Tal vez la dirección de la F.S.I. declarará categoricamente, para acabar con todos los equívocos, que su campaña en pro de la paz se propone como objetivo movilizar a todas las organizaciones de la clase obrera, uniendo sus fuerzas al servicio y para la dirección de un gran movimiento internacional de los pueblos contra los agresores fascistas y contra sus cómplices, los capituladores...

Pero, no, nada de eso ; el «categorico mentís de la F.S.I.» va dirigido contra las afirmaciones o las conjeturas de quienes atribuyen a la dirección de la F.S.I. la intención de realizar un hecho progresivo, deseado por la mayoría de los obreros.

En efecto, la dirección de la F.S.I. se indigna de que diversos periódicos y agencias, «entre los que figuran, por desgracia, algunos órganos obreros», hayan afirmado que la cuestión fundamental que había de resolver en su sesión de Londres el Comité Ejecutivo de la F.S.I. era la cuestión de las relaciones con los sindicatos de la Unión Soviética.

¡Cómo! —se preguntará todo amigo honrado del movimiento sindical internacional—, ¿es que la dirección de la F.S.I. puede lamentarse de que «por desgracia, también algunos órganos obreros» hayan podido pensar que el Comité Ejecutivo de la F.S.I. iba a ocuparse del problema que ocupó el centro de la atención del Congreso de la Federación Sindical Internacional celebrado en 1936 y cuya solución, aplazada e impedida continuamente, desea de un modo tan apremiante la mayoría de los afiliados a la F.S.I.? ¿Por qué había de ser imposible que el Comité Ejecutivo de la F.S.I. diese de una vez el paso que está obligado a dar según los acuerdos del Congreso internacional de 1936 y que viene demorando, pura y simplemente, porque una minoría de funcionarios sindicales dirigentes ha amenazado con la escisión si se da entrada en la F.S.I. a los sindicatos de la Unión Soviética? Desde aquel fatal acuerdo del Pleno del Comité de la F.S.I., que —en contra de la resolución votada por el Congreso y de las propuestas de la delegación enviada a Moscú para negociar— rompió las negociaciones con los representantes de los Sindicatos soviéticos, han ocurrido muchas cosas que obligan imperiosamente a acelerar la unidad sindical internacional.

Todo afiliado a los sindicatos y todo amigo del movimiento sindical habría visto con agrado que en la reunión de Londres se hubiese derogado el acuerdo de Oslo, para marchar por el camino más corto, obedeciendo a las nuevas circunstancias, hacia la unificación de todas las fuerzas sindicales.

En el «categórico mentís» de la F.S.I. se recalca especialmente que en la reunión de Londres «no se pronunció ni una sola palabra» acerca del establecimiento de relaciones entre la F.S.I. y los Sindicatos soviéticos. ¿Y de ello se ufanan todavía los autores de este mentís? ¿Creen que es ésa la política que corresponde a las exigencias del momento y que está a tono con los deseos y las exigencias de las masas obreras?

Los dirigentes de la F.S.I. claman ellos mismos por una «iniciativa enérgica de los cuatro gobiernos de los países más importantes, es decir de la Gran Bretaña, Francia, Polonia y la U.R.S.S.» contra las tendencias capituladoras de las camarillas imperialistas. Es decir, que abogan por la colaboración de los gobiernos con la Unión Soviética y al mismo tiempo desmienten categóricamente que aspiren a la colaboración con los sindicatos soviéticos. ¿Que lógica es ésta? Si impiden que los obreros sindicalmente organizados hagan oír su voz unánime y conjunta en el mundo entero y pongan en acción su fuerza efectiva para impedir que los círculos reaccionarios de Inglaterra, Francia y Polonia sigan conspirando con los déspotas fascistas, ¿qué quieren y qué pueden hacer los dirigentes de la F.S.I.?

Uno de los hombres dirigentes del Sindicato de Mineros ingleses, Lawther, declaraba no hace mucho que era una tragedia que los sindicatos soviéticos, que cuentan con más de 22 millones de afiliados, estuviesen aislados del movimiento sindical internacional. Hacía notar que los sindicatos soviéticos habían dado grandes pasos hacia a la unidad, mostrándose dispuestos a ingresar en la F.S.I. «Debemos responder a este gesto —decía Lawther— y no podemos consentir que las diferencias o las discrepancias del pasado bloqueen el camino. Cabe esperar que en julio podamos provocar en Zurich un cambio de la situación para mejor.»

«Cabe esperar» dice Lawther. Pero, ¿acaso las experiencias que tenemos desde el acuerdo del Congreso sindical internacional de 1936 no inspiran el temor de que los círculos enemigos de la unidad dentro de la F.S.I., apoyados por reaccionarios como Green, apelen a todos los resortes para impedir que el Congreso sindical internacional convocado para el mes de julio en Zurich establezca las garantías necesarias para la ejecución del acuerdo de unidad tomado en 1936? ¿No hay motivos para temer que los círculos enemigos de la unidad abusen del poder del aparato que tienen en sus manos para impedir que se dé satisfacción a las reivindicaciones y a los acuerdos encaminados al establecimiento de la unidad sindical internacional?

Si los afiliados a los sindicatos piensan en todo lo que hubiera podido conseguirse si el acuerdo de unificación tomado en el Congreso de 1936 se hubiese ejecutado inmediatamente y dentro del espíritu que lo inspiró, llegarán al resultado de que la responsabilidad de quienes lo

impidieron es gigantesca, tan gigantesca como el daño que han causado con su conducta a la clase obrera internacional.

El dirigente de los mineros ingleses, Lawther, ha dicho que la reivindicación planteada por los diputados laboristas en el parlamento británico para que se establezcan relaciones estrechas entre Inglaterra y la U.R.S.S. será una reivindicación vacua «mientras los sindicatos ingleses se opongan oficialmente al establecimiento de la unidad sindical entre Inglaterra y la U.R.S.S. y luchan contra el ingreso de los sindicatos soviéticos en la F.S.I.»

En este mismo sentido, podría añadirse, sin duda, que las «campanas de paz» de la F.S.I. carecerán de todo fundamento y de toda fuerza de empuje mientras sus hombres dirigentes se ocupen en desmentir «categóricamente» que entre en sus intenciones el fomentar la unidad sindical internacional. Las resoluciones de la F.S.I. y sus «reclamaciones a los gobiernos» serán resoluciones y reclamaciones vacuas, mientras no las respalde la fuerza de un movimiento sindical internacionalmente unido.

### El Eje tiene sus fallas.

No queremos referirnos aquí a esas «fallas» que tan gran papel desempeñan en los sueños y en los buenos deseos de «los políticos realistas» burgueses y otros de la misma catadura, los cuales tienden a cada paso la mano hacia estas «fallas» que en realidad no existen. No; no se trata de estas «fallas» que, aun no existiendo, sirven a los políticos reaccionarios de Inglaterra y Francia de pretexto para hacer concesiones tan pronto a uno como a otro copartícipe del Eje, con el fin de ahondar más las pretendidas «fallas». Aquí, nos referimos a las fallas que existen en realidad, a los defectos reales y efectivos que se advierten en el material de que está formado el «Eje», a las fallas que auguran verdaderamente una catástrofe del «Eje», el hundimiento inevitable del régimen de los incendiarios fascistas de la guerra en Alemania y en Italia.

A los jefes de la propaganda del «Eje» les interesa mucho dar a las gentes de fuera y a las de sus propios pueblos la impresión de que el material de que está formado el «Eje» es invulnerable y magnífico. En la propaganda del bloque guerrero fascista ha desempeñado hasta hoy un papel decisivo la leyenda de que el «Eje» es «invulnerable» y el ostentoso cinismo de los déspotas agresivos. Esta leyenda ha sido utilizada por los cómplices reaccionarios del bloque guerrero fascista en el extranjero para ahogar, paralizar y romper la voluntad de resistencia de las masas. Esta leyenda es puesta en circulación cuantas veces se levantan y cobran fuerza en la propia Alemania las voces de los que recomiendan prudencia ante las nuevas agresiones y apuntan al peligro de una guerra mundial. El aparato de la propaganda fascista grita jactanciosamente: «si Inglaterra quiere una nueva guerra contra Alemania, no se encontrará ya con la situación del mundo de otro tiempo,

ni se encontrará tampoco con la Alemania desgarrada de 1914. Desde 1914, ha cambiado mucho en la constelación de las potencias, y en Alemania ha cambiado todo» (Ley). Y la prensa fascista intenta influenciar a las masas por medio de la sugestión: «La gente no sabe lo que hará Adolfo Hitler, pero está firmemente convencida de que una inspiración genial —en el último momento, seguramente— dará a las cosas el giro necesario para alcanzar el objetivo propuesto, sin necesidad de derramamientos de sangre.» (Frankfurter Zeitung.)

Esta alusión al nuevo «giro» que Hitler prepara, se propone encubrir el miedo de los promotores de «giros» de que el «Eje» pueda tropezar con una resistencia, pueda recalentarse y no estar a la altura de las nuevas y cada vez mayores exigencias. El «Eje» gira ya hoy a la máxima velocidad, y no hay «giro» capaz de aumentar su rendimiento.

La prensa fascista se esfuerza actualmente en convencer al pueblo alemán de que Alemania está «en condiciones de resistir un bloqueo». Pero, a la par que se intenta esto, las masas populares conservan todavía viva en el recuerdo la melancólica confesión de Goebbels: «Apenas si estamos en condiciones de suministrar al pueblo alemán los víveres y los medios de vida y de disfrute más indispensables para su consumo diario.» Y peor todavía que el recuerdo de esta confesión es, para los capítostes fascistas, el hecho de que en el pueblo va ganando terreno la conciencia de que podía haber bastantes víveres y medios de vida y de disfrute si la economía del país no tendiese exclusivamente a la fabricación de armamentos y el comercio exterior no se orientase únicamente hacia el intercambio de materias primas para la industria de guerra. Es cierto que los plumíferos pardos manifiestan una alegría estrepitosa ante el hecho de que también Mussolini anuncia energicamente que producirá más cañones, más barcos, más aviones, «aunque haya que dar al traste con todo eso que se llama vida civil». Pero, en este caso, no cabe decir aquello de que «las penas compartidas son más llevaderas», sino que, por el contrario, se debe afirmar que aquí las penas compartidas son, por lo menos, doblemente grandes. Esta grave falla del material perjudica de tal modo la capacidad de rendimiento del «Eje», que los propios expertos perspicaces del campo fascista abrigan y no recatan sus temores ante la posibilidad de nuevas tensiones.

En efecto, los regímenes fascistas, con su consigna de que «valen más cañones que mantequilla» han conseguido que la mantequilla escasee extraordinariamente, con lo cual no ha hecho más que aumentar el descontento del pueblo; y a cambio de esto, no han conseguido tener bastantes cañones y demás aditamentos, por si se presenta una eventualidad seria. Tienen, naturalmente, bastantes para organizar marchas y paradas, o para sojuzgar a países pequeños e indefensos como Albania. Y pueden también asolar a otros países cuando las víctimas —como ocurrió, por ejemplo, en el caso del pueblo español— se ven encadenadas y entorpecidas en su resistencia por la «No Intervención», con

la consiguiente intervención a que da lugar. Pero si llega el caso de que los países amenazados, en vez de retroceder, ofrezcan una resistencia colectiva, no disponen ni de mantequilla ni de cañones bastantes.

El Presidente de la Cámara de Economía de Hesse ha causado no hace mucho un gran desencanto a quienes creían que la anexión de Checoslovaquia y la sumisión al protectorado alemán de un gran sector de la economía y la agricultura del Sudeste de Europa servirían para reanimar el comercio y la vida de Alemania. Dijo que no había que esperar que aumentase el volumen de exportación de mercancías ni que experimentase tampoco un alza notable la importación de víveres para el consumo general, porque el comercio de exportación e importación con los países del Sudeste de Europa se desarrollaría en la línea de la economía de guerra, de la producción de armamentos. En vez de un alivio y una descarga de tensión, este experto en economía de una provincia alemana anuncia que se acentuará la centralización y se llevarán a cabo nuevas ingerencias dictatoriales en el terreno económico.

¿Puede afirmarse que esta economía, en la que las empresas medianas y pequeñas —la «mata baja», como escribía ingeniosamente un redactor alemán especialista en materia de economía— se hundan literalmente a consecuencia de la economía de guerra, estará en condiciones de hacer frente a las tensiones, imposibles todavía de prever, de una guerra grande? (¡Esto sin contar con que la ruina de esta «mata baja» trae como consecuencia diversos fenómenos accesorios desagradables en cuanto al estado de ánimo poco halagüeño de las clases medias!)

En la Berliner Borsenzeitung se escapaba no hace mucho del pecho de un especialista en «economía de guerra» un suspiro que denota una honda preocupación en este sentido. «Pero, a pesar de lo fuertemente que la economía alemana se halla ya en la actualidad colocada bajo el signo de las exigencias de la economía de guerra —escribe pedantescamente este especialista, empleando la moderna jerga alemana profesional—, si se presenta un posible caso serio, aún tendremos que acentuar considerablemente las medidas de dirección de la economía.» Las investigaciones comparativas que hace sobre la capacidad de la economía de guerra de diversos países le obligan a hacer, por último, esta confesión: «Todos estos trabajos preparativos de la economía de guerra plantean una muchedumbre de problemas de los más complicados. Pero son de una importancia inmensa, si además de la latitud de los armamentos, es decir, del número de armas, objetos militares de todas clases y fábricas de armamentos de que se dispone, se quiere garantizar también la profundidad del armamento, es decir, el abastecimiento de las empresas de suministro de la industria de guerra y de las demás empresas de importancia vital. En este punto, la tarea que se plantea es especialmente dura en las naciones con una economía ya muy tensa en los tiempos de paz en cuanto a la profundidad del armamento, e inmensa la responsabilidad que pesa sobre los organismos encargados de la planificación de toda la economía.»

Traducido al lenguaje deportivo, este peligro que barrunta con tintas tan sombrías el especialista de la economía de guerra, podría caracterizarse así: un entrenamiento desarrollado con gran lujo de fuerza y con un lujo todavía mayor de propaganda no garantiza, ni mucho menos, un desenlace victorioso del match, aunque el atleta que se entrena, colocado a la luz de los reflectores mágicos, parezca mucho más fornido y más pesado, y el efecto es tanto más contraproducente cuanto más artificiales son los medios a que se acude para producir una impresión engañosa. Ejemplo: Max Schmeling k.o., derrotado en el primer round de los 15 que podían haber tenido lugar.

De estas dudosas cualidades del material de que está formado el «Eje», del conocimiento de estas fallas, pueden sacarse conclusiones susceptibles de condenar para siempre al fracaso las nuevas acciones guerreras unilaterales del bloque de guerra fascista. En su informe ante el XVIII Congreso del P.C. (b) de la U.R.S.S. el camarada Manuilski adujo los siguientes datos, muy interesantes en relación con lo que venimos exponiendo:

«La Alemania fascista no está preparada para una guerra grande; no dispone de materias primas ni de víveres en cantidad suficiente; su situación financiera es crítica; sus costas pueden verse sujetas a un bloqueo marítimo; su ejército adolece de escasez de mandos; su retaguardia es una retaguardia peligrosa para el fascismo. La superioridad de fuerzas materiales está, indudablemente, del lado de las potencias llamadas democráticas. Estas cuentan con una población tres veces mayor que el bloque de los agresores, producen una y media o dos veces más acero y el doble de energía eléctrica, fabrican catorce veces más automóviles, extraen cincuenta y cinco veces más combustible líquido, producen nueve veces más materias primas textiles y cuatro veces más víveres. Pueden cubrir plenamente todas sus necesidades en cuanto a materias primas, mientras que el bloque de los agresores tiene, incluso en tiempo de paz, un déficit de un 5 a un 55 por 100 de materias primas; sus reservas oro en efectivo exceden en cuarenta y nueve veces a las de los Estados fascistas. Sus posibilidades de producción en lo tocante a construcción de aviones, motorización del Ejército y equipo técnico-militar, superan con mucho a los más atrevidos cálculos del bloque fascista; las escuadras de Francia, Inglaterra y los Estados Unidos son dos veces más poderosas que las flotas de Alemania, Italia y el Japón.»

Una de las misiones más importantes que tienen todos los que luchan por la paz y contra las nuevas expansiones fascistas consiste en dar a conocer con la mayor amplitud posible estas verdaderas fallas del «Eje». Ello contribuirá a acentuar la decisión de los que quieren cerrar el paso al «Eje» y hará que las masas populares de los países amenazados ejerzan una presión eficaz en este sentido. Esto constituirá también una ayuda sustancial a los movimientos y a las corrientes que se producen dentro de los países oprimidos por el fascismo, cuya importancia para la lucha general contra los incendiarios fascistas de la guerra nadie puede desdeñar. La «contextura material» del «Eje» fascista no ha mejorado a medida que su territorio se ha ido extendiendo a fuerza de anexiones, sino que, por el contrario, se ha modificado en perjuicio del potencial de guerra fascista. Bajo la presión de la dominación fascista extranjera, se desarrolla y se concentra en los países



oprimidos un movimiento popular contra los tiranos de una envergadura hasta ahora desconocida, movimiento que algún día romperá con su fuerza arrolladora los diques levantados por el fascismo contra la independencia nacional de los pueblos del centro de Europa. El fascismo tiene a su peor enemigo dentro del propio país y de los países oprimidos por él. Tal es el reverso del desarrollo del bloque de guerra fascista: lo que gana en extensión, lo pierde en fuerza y en seguridad interna. De donde se desprenden, para todos cuantos luchan consecuentemente por la paz, tareas muy claras, y sobre todo estas: hacer todo lo posible para cerrar al fascismo el camino hacia nuevas aventuras, obligándole a verselas con los enemigos que han de ajustarle las cuentas dentro de su propio país y en los países oprimidos.

### **El fascismo alemán necesita carne de cañón.**

El fascismo alemán que, con sus medidas de terros y de coacción, ha convertido al pueblo trabajador alemán en un pueblo de esclavos, intenta ahora acrecentar también a la fuerza el número de nacimientos. «No nos cansaremos —escribe el *Völkischer Beobachter* del 4 de marzo— de exigir con la mayor insistencia que todo alemán capaz de reproducirse cumpla con su deber biológico». Esta «insistencia» consiste, entre otras cosas, en hacer saber a los hombres recién casados incorporados al servicio militar y que solicitan una ayuda para sus mujeres durante el tiempo que están en filas, que sólo se ayudará a sus mujeres durante nueve meses. Si durante este tiempo el matrimonio no tiene ningún hijo, se retira a la mujer toda ayuda y se le manda a trabajar a una fábrica o al campo. La cosa no puede ser más clara ni más diáfana. O las mujeres alemanas paren niños, y además al ritmo de una biología racionalizada, o se las condena a trabajos forzados. «El déficit de nacimientos de la Gran Alemania se cifra —según datos de la Oficina de Estadística del Reich— en 1.652.000. Tal es la cifra—añade esta información— que necesitamos alcanzar para asegurar nuestra existencia como nación alemana.» Hasta hoy, faltan, para cubrir esta cifra, 166.000 nacimientos, lo que supone 500 partos diarios.

En la Alemania fascista, el déficit de nacimientos se ha convertido —para decirlo con palabras tomadas de la *National Zeitung* de Essen del 23 de marzo— en un «problema vital para la economía alemana». Si «la economía alemana» estuviese organizada sobre la base de producir artículos de primera necesidad para la población, no tendría porque quejarse de escasez de nacimientos y de obreros calificados. Pero la inmensa mayoría de la economía alemana produce hoy exclusivamente para la guerra. No lanza al mercado artículos de consumo, sino que se cuida únicamente de abarrotar los arsenales, de fabricar cañones y tanques, barcos de guerra y aviones de bombardeo, de fortificar las fronteras y contruir calzadas militares. En estos trabajos, que no rinden al pueblo alemán ninguna utilidad, sino sólo la muerte y la ruina, se ocupa la inmensa mayoría de los trabajadores alemanes.

En estos trabajos dejan el tuétano y los huesos los trabajadores alemanes, mujeres y hombres, ancianos y niños. Para estos trabajos, tiene que sacrificar el pueblo alemán su salud, su felicidad y su vida. Y es para estos trabajos esclavizadores para los que el fascismo alemán quiere acrecentar la cifra de los nacimientos. Y lo exige con un cinismo sin par. Así por ejemplo, en la National Zeitung de Essen del 23 de marzo, se dice:

«La demanda de hombres útiles en la cantidad en que los necesita nuestro pueblo alemán, solo puede cubrirse si se procura que todo grupo de rendimiento se mantenga y reproduzca biológicamente...»

¿Que quiere decir ésto? Quiere decir que los hijos, los nietos y los biznietos deben ser obligados a abrazar el oficio o la profesión de sus progenitores: los hijos del minero deben ser mineros, los del jornalero agrícola, jornaleros agrícolas, los del juez, «jueces» y los del «führer» «führers». Dicho en otros términos: los tiranos engendran crías de tirano y los esclavos deben seguir condenados a la esclavitud. Este mismo artículo, dice más adelante:

«Es cierto que, en interés de nuestra economía, deberá intentarse y se intentará todo lo necesario para compensar la falta actual de trabajo calificado por medio del aprendizaje, etc., pero de un asocial no saldrá nunca un buen obrero fabril. Si hoy... los aprendices de las distintas profesiones no satisfacen ya las exigencias espirituales, esto es una consecuencia práctica del hecho de que en los últimos años las buenas familias han tenido pocos hijos.»

Es decir, que se hace responsable de la decadencia y del descenso espiritual que se advierte en Alemania, en proporciones aterradoras, desde la subida de Hitler al Poder, a las propias víctimas. Y hay que tener en cuenta que en Alemania el elemento asocial del pueblo es cada día mayor, a consecuencia del sistema de vida que se le impone. El fascismo alemán incluye en el concepto de «asocial» a todos aquellos cuyas fuerzas están agotadas y que, a causa de su situación miserable, no están en condiciones de renovar sus fuerzas para trabajar. Pero no son sólo los obreros industriales los que ven cómo se les arrebatara rapazmente su fuerza de trabajo. Idéntico panorama ofrece el campo. Así por ejemplo, en la National Zeitung de Essen, del 28 de marzo, leemos:

«Es entre las mujeres principalmente donde se advierten las consecuencias del trabajo excesivo. Las mujeres y las madres de nuestras aldeas envejecen prematuramente. El número de hijos disminuye de tal modo que hay ya no pocas aldeas cuyo rendimiento biológico es inferior al de las ciudades. También observamos entre los jóvenes ciertas manifestaciones de cansancio físico...»

El jefe del departamento de nutrición del Reich, Gustav Behrens, señala en el Volkischer Beobachter del 9 de marzo las consecuencias que «tiene el exceso de trabajo de las mujeres del campo... en cuanto al número y a la salud de los hijos». En su artículo, se aducen algunos casos muy concretos:

«Aldea H., círculo W., Campesino M.,; 130 yugadas de tierra; sin brazos; la mujer ha abortado.

«Aldea St., campesino Schl.; mujer sobrecargada de trabajo; aborto.

«Aldea N., campesino S., aplicado, trabajador, pero con dos hijos nada más, a causa del exceso absoluto de trabajo de la mujer, que, según indicación de C., no tiene tiempo para pensar en hijos.

«Aldea St., campesino K., aplicado y trabajador; lleva varios años casado, sin hijos, por exceso de trabajo de la mujer...»

En la Alemania fascista, la situación no es muy favorable para incrementar el número de nacimientos. Las «medidas prácticas» por sí solas no bastan para conseguir este objetivo, según escribe la *National Zeitung de Essen*. En vista de esto, el fascismo, acudiendo a los métodos del ladrido, se pone a gritar como un sacamuelas en la plaza pública para animar al pueblo a «cumplir sus deberes biológicos». Una emisión de radio organizada el 28 de marzo por las emisoras alemanas no dejaba nada que desear en cuanto a claridad, en este respecto. La emisión conectó con los más diversos centros militares de la llamada Gran Alemania y puso en comunicación a soldados de una guarnición del Rin (Münlheim) con los de Tilsit. En esta charla no fueron las muchachas el tema menos importante. Luego, un soldado de Tilsit contó como se había desarrollado la ocupación de la zona de Memel. Tampoco en este relato podían, naturalmente, faltar las muchachas. Como el soldado no tocaba a este tema espontáneamente, el speaker de la radio le ayudó un poco, logrando que el soldado confiase al éter estas palabras: Sí, también teníamos muchachas, que nos habían preparado los encargados de disponer el alojamiento de las tropas. Los soldados cumplieron, pues, su «deber biológico».

En Mährisch-Ostrau, se colocó ante el micrófono a una señora llamada Walter, para que atestiguase las «simpatías» de que gozaban los soldados alemanes en Checoslovaquia. Esta señora Walter tiene una hija y aloja en su casa a soldados alemanes. Pero el speaker quiere saber todavía más. ¿Esta hija es ya novia de uno de los soldados alemanes, quizá precisamente del que está a su lado en el micrófono? No, no lo es. El soldado tiene una novia en el viejo Reich. Y la señora Walter se alegra de ello, pues «con las muchachas hay que andarse con mucho ojo, los soldados van y vienen y cambian de novia al cambiar de alojamiento...» Al speaker no le hace gracia la contestación, pues ¿qué van a hacer los soldados alemanes en su alojamiento sin muchachas checas? ¿Y que van a hacer las muchachas checas si todos los soldados alemanes dejan una novia en casa? De este modo no pueden «cumplirse los deberes biológicos» y Alemania necesita todavía más soldados. Las mujeres alemanas, cansadas ya de soportar el régimen fascista, van perdiendo el gusto al «cumplimiento de los deberes biológicos». Por eso es necesario que la juventud femenina de los pueblos sometidos por el fascismo se preocupe de cubrir en proporciones mayores la demanda de carne de cañón. Los señores fascistas se acuerdan ahora, seguramente, de las palabras de su colaborador «científico», el doctor Wilhelm Stapel, que en un artículo publicado en 1935 en la

revista editada en Hamburgo bajo su dirección con el título de «La nación alemana», decía, entre otras cosas:

«No puede existir ningún ejército en guerra sin impedimenta. De la impedimenta forman parte las cantineras y las prostitutas... El guerrero... que vive entre la vida y la muerte, no ve en la mujer más que un botín. Considerar a la mujer como botín es una tradición consustancial a todas las guerras... La regeneración viril de nuestro tiempo conduce necesariamente al resultado de considerar a la mujer como botín. De este modo, la mujer se convierte en una impedimenta del hombre, y si tiene hijos, son hijos de la impedimenta, hijos de soldados.»

Según esta «teoría», toda la población femenina de los territorios ocupados por el fascismo alemán forma parte del «botín». Los primeros «frutos de bendición» con que la ha obsequiado el fascismo alemán consisten en que los hospitales para enfermedades secretas estén abarrotados y en que haya muchas muchachas que, sin tener marido, tienen en cambio una enfermedad o un hijo. Estos «hijos de soldados» nacen condenados, según las «leyes biológicas» del fascismo alemán, a servir de carne de cañón del fascismo para sus futuras guerras de rapiña. Por el momento, los ejércitos guerreros del fascismo alemán no contribuyen solamente a conquistar al fascismo un gran botín, sino también a engendrar, mediante el cumplimiento militar de sus «deberes biológicos» los 166.000 niños necesarios para cumplir el plan.

### La agresión fascista en los Balcanes.

El 7 de abril, las tropas italianas ocuparon la capital de Albania, Tirana y el puerto albanés de Durazzo. El fascismo alemán, que en su prensa califica cínicamente como un «hecho de paz» este nuevo golpe de fuerza de Italia sobre la pequeña Albania, ha desembarcado ya hasta hoy, en el puerto albanés de Valona 250 cañones pesados de costa de las fábricas Krupp y se ocupa actualmente de fortificar el Canal de Otranto hasta 30 km. al norte y al sur de su punto más estrecho. En este nuevo acto de fuerza han colaborado también estrechamente el fascismo alemán y el fascismo italiano.

A pesar de la inmensa superioridad del agresor, el pueblo albanés ha defendido su independencia con las armas en la mano. Pero no pudo hacer frente a la superioridad de los bandoleros bañados en sangre porque se hallaba aislado en su lucha, porque Chamberlain, detrás del paraguas de sus palabras contra los agresores, ceba el anzuelo para un nuevo Munich. Pero en el pueblo inglés crece la indignación contra los promotores fascistas de la guerra y se acentúa cada vez más la exigencia de un amplio y sólido frente de paz contra el fascismo.

El fascismo sabe que una defensa consecuente de la paz por medio de una alianza de paz entre Inglaterra, Francia, la Unión Soviética y los Estados Unidos, cerraría el paso a su conducta agresora, a su política de rapiña y de conquista. Y esto lo sabe el fascismo desde hace mucho tiempo. Por eso ha intentado siempre, desde el primer momento,

reforzar su influencia económica y política en todos los países por los que siente apetitos y establecerse en ellos, preparando su sumisión. Los países balcánicos se cuentan entre los primeros que el fascismo «prepara» de este modo.

La primera etapa fué el periodo anterior a Munich, el periodo de expansión «pacífica» económica y política del fascismo alemán en los Balcanes. En este periodo, el imperialismo alemán, con su penetración económica en los Balcanes, combinada con el trabajo «cultural» de la Gestapo, se fué creando los primeros puntos de apoyo para la agresión hitleriana.

La segunda etapa de la expansión alemana comenzó inmediatamente después de Munich. Después del golpe asestado contra Checoeslovaquia y de su desmembración, gracias a la capitulación vergonzosa de Inglaterra y Francia en los días de septiembre y octubre, el fascismo alemán decidió aprovecharse con la mayor rapidez posible de la confusión y la decepción producidas en los pueblos balcánicos. Se desencadenó una especie de «asalto económico» contra los Balcanes. El ministro de Economía de Alemania, Funk, recorrió las capitales de los países balcánicos y, aprovechándose de la atmósfera de tensión creada por Munich, se esforzó en imponer a estos Estados, por la «vía de las negociaciones», esclavizadores tratados comerciales destinados a mermar considerablemente su independencia económica. Así se concertaron los nuevos tratados comerciales con Yugoslavia y Rumania. Estos tratados eran un paso resuelto hacia la incorporación de los Países balcánicos al «Plan de cuatro años» de Goering o —como se expresaron por aquellos entonces algunos periódicos burgueses— a la transformación de estos países, en este aspecto, en una especie de dominio de la Alemania hitleriana. La prensa hitleriana hablaba de la creación de una zona económica única desde el Mar Báltico hasta el Mar Negro y el Mar Egeo, desde Hamburgo y Stettin hasta Constanza y Salónica.

En este periodo, pasaron también a la ofensiva la Gestapo y sus agentes. En Rumania, la Guardia de Hierro realizó una intentona; en Yugoslavia, Stoyadinovitch intentó un golpe de Estado fascista; en Bulgaria, fué asesinado el jefe del Estado Mayor, general Peiev, al mismo tiempo que se «exigía» la revisión de las fronteras; en Grecia, la Italia fascista se dispuso a un nuevo golpe fascista de Estado.

En este periodo, Inglaterra, que dejaba las manos completamente libres a la Alemania hitleriana, confiaba todavía en poder dirigir la agresión fascista contra la Unión Soviética. Chamberlain declaraba abiertamente que «Alemania ejercía ya geográficamente una influencia decisiva en el Sudeste de Europa, por cuya razón no era conveniente poner ningún obstáculo en su camino».

La tercera etapa de la agresión alemana sobre los Balcanes comenzó con la anexión de Checoeslovaquia. El fascismo alemán intenta adelantarse a un posible cambio de actitud de Inglaterra y Francia, lanzándose con la mayor rapidez posible sobre la presa que le deja Chamberlain. Comienza la presión militar directa sobre Rumania y Yugoslavia. El fascismo italiano se mete de por medio, para conseguir también

su parte en el botín. El 7 de abril, la Italia fascista, consuma su agresión rapaz contra Albania. Rumania recibe un ultimatum de Alemania, acompañado, por orden de Berlin, por una concentración de tropas en la frontera húngaro-rumana y por demostraciones militares de Bulgaria en la frontera de la Dobrudscha. El gobierno rumano capitula ante Hitler y firma, el 23 de marzo, un tratado por el que Rumania queda incorporada al «Plan Goering» y se juega su independencia. Con este acto de agresión, la Alemania de Hitler ha querido comprobar hasta donde llega la sumisión de los actuales círculos gobernantes de Rumania y hasta qué punto tiene que contar con la acción de las grandes potencias occidentales o de los países balcánicos reunidos en la Entente balcánica, para contrarrestar su ofensiva. Así lo demuestran el reforzamiento del trabajo de zapa de los agresores fascistas en Rumania y Yugoslavia, las maniobras hechas para atizar las discordias nacionales y fomentar las tendencias separatistas en estos países, los alientos dados a Hungría y a Bulgaria para que formulen reivindicaciones revisionistas.

Como era de esperar, Inglaterra y Francia no opusieron ninguna resistencia seria a esta primera tentativa de Hitler para esclavizar los Balcanes. No querían renunciar a la esperanza de que la agresión perpetrada hacia el Sudeste se orientase hacia la Unión Soviética o de que las contradicciones entre los dos copartícipes del Eje con motivo del saqueo y el reparto de los Balcanes se agudizasen de tal modo, que fuese posible arrancar a Italia del bloque fascista con Alemania. El bloque fascista ha contestado a esto con el robo de Albania. Este acto constituye el segundo paso resuelto de irrupción en los países balcánicos. Con la ocupación de Albania, los agresores fascistas han penetrado en el interior de los Balcanes y han puesto de manifiesto su tendencia a coger en la tenaza a los Balcanes, a los que ahora no amenazan solamente por el Norte y el Nordeste, sino también por el Oeste y el Sudeste.

La irrupción de los fascistas en los Balcanes no representa solamente un peligro enorme para los pueblos balcánicos, sino también un rudo golpe asestado contra los intereses y el prestigio de Inglaterra y Francia. Es un golpe contra el sistema defensivo de Francia y también de Inglaterra, un golpe contra los países de la Pequeña Entente y de la Entente balcánica, que Francia e Inglaterra consideraban antes como sus aliadas naturales. Constituye una amenaza muy seria para el predominio de Inglaterra en el Mar Mediterráneo, una amenaza contra las comunicaciones terrestres y marítimas de Inglaterra con el Cercano Oriente, con Mosul y con Persia, con los países de la Arabia y con la India. Representa un paso decidido hacia la realización del viejo sueño imperialista de los «pangermanistas»: avanzar desde Berlín hasta Bagdad.

¿Cómo han reaccionado los círculos dominantes de los países balcánicos a la invasión fascista, y cómo es acogida ésta por las masas populares?

En Rumania, los círculos gobernantes han capitulado ante la ame-

naza del fascismo alemán y han entregado las primeras posiciones. Pero las grandes masas populares odian a los agresores fascistas y exigen que se les cierre resueltamente el paso. Este estado de ánimo ha encontrado su expresión en un memorandum entregado al rey por los líderes de los partidos disueltos de la oposición democrática, con Maniu y Dino Bratianu a la cabeza. En este documento, se afirma que el gobierno actual, basado en el llamado partido del «renacimiento nacional», no goza de la confianza de las grandes masas populares y se pide el restablecimiento del parlamentarismo, de las libertades constitucionales y de los derechos democráticos del pueblo, y la formación de un gobierno integrado por los partidos de la oposición democrática, de un gobierno de salvación nacional, que estaría en condiciones de unir a todo el pueblo y de defender la independencia económica y política del país.

Yugoeslavia, que después de la ocupación de Albania por Italia y Alemania, se ve cogida en la tenaza y además cercada por dos Estados revisionistas, Hungría y Bulgaria, que formulan contra ella reivindicaciones territoriales, se halla expuesta al peligro de verse desmembrada y esclavizada. La situación se complica aún más por los antagonismos interiores, cada vez más agudos, y sobre todo por el recrudecimiento del problema croata. El actual gobierno de Zvetkovich adopta una posición peligrosa. No se ha sobrepuesto a la ignominiosa política interior y exterior de Stoyadinovich y prosigue el juego con los agresores. A pesar de que los partidos de la oposición democrática y las masas populares abrigan una simpatía formidable por la Unión Soviética y cifran grandes esperanzas en ella, el gobierno no ha establecido aún ninguna relación normal con la U.R.S.S. El hecho de que este gobierno se haya hecho acreedor a la gratitud que le ha expresado públicamente Mussolini por su lamentable actitud durante la ocupación de Albania —lo que recuerda la gratitud que Hitler hubo de expresar a Stoyadinovich durante la ocupación de Austria— caracteriza sobradamente su política, que no tiene nada que ver con la protección de los intereses nacionales de Yugoeslavia. Al igual que Rumania, los partidos de la oposición democrática de este país exigen la formación de un gobierno democrático de salvación nacional.

En Bulgaria, los círculos gobernantes han abrazado en esto últimos tiempos una política manifiestamente revisionista. Exigen de Rumania la Dobrudscha y de Grecia la Tracia, con una salida al Mar Egeo. A pesar del «pacto perpétuo de amistad» con Yugoeslavia, plantean también reivindicaciones territoriales a este país, y mañana lo harán tal vez también con Turquía. Esta política aventurera de la burguesía búlgara profascista no encuentra ningún apoyo en las masas populares; lejos de ello, tropieza más bien con la resistencia de los obreros, de los campesinos, de la pequeña burguesía urbana e incluso de la burguesía democrática. El estado de espíritu de las masas populares se refleja claramente en una serie de interpelaciones de los líderes de la oposición democrática en el parlamento, en las que se condena la política aventurera del gobierno y se exige la creación de un bloque de

resistencia de los países balcánicos contra los agresores. El hecho de que los diputados de la oposición se retirasen demostrativamente del Parlamento el 11 de abril fué también una manifestación de protesta contra la política del gobierno.

En Grecia, las masas populares odian la dictadura monarquico-fascista de Metaxas. Pero odian todavía más a los agresores alemanes e italianos, que ahora, después de la anexión de Albania, amenazan directamente la libertad y la independencia del pueblo griego.

En Turquía, la prensa democrática pone al país en guardia contra el peligro inminente de una agresión fascista y aboga por la cohesión de todas las fuerzas nacionales en torno al gobierno, por un frente común de resistencia de los países balcánicos e incluso por la creación de una Federación balcánica.

La lucha defensiva del pequeño e inerme pueblo albanés contra los agresores fascistas despertó un gran entusiasmo entre las masas populares de los países balcánicos. Esta lucha ha acentuado su decisión de llevar hasta el final la lucha contra el fascismo y contra los capituladores. Ante los pueblos balcánicos se plantea la misión histórica de cerrar el paso al peligro cada día más amenazador de una agresión fascista, formando un frente de resistencia contra los promotores fascistas de la guerra y obligando a Inglaterra y a Francia, con su actuación conjunta, a adoptar también una actitud clara. Los pueblos de todos los países quieren la paz, quieren la unión de los Estados no agresivos y amenazados contra el fascismo. Esta voluntad de las grandes masas populares encuentra su más firme sostén en la política de la Unión Soviética, la cual aspira «a afianzar las relaciones internacionales de amistad con los trabajadores de todos los países, interesados en la paz y en la amistad entre los pueblos». Por eso, de lo que se trata es de aunar las aspiraciones de los distintos países balcánicos y oponer al bloque de guerra de los fascistas un bloque de paz de los pueblos balcánicos, que cierre energicamente el paso a los nuevos avances del fascismo.



# Cincuenta años de jornada de Primero de Mayo

por W. Pieck

Cuando, hace cincuenta años, el Congreso obrero internacional reunido en París el 14 de junio de 1889, con motivo de las fiestas del centenario de la Gran Revolución francesa, invitó a los obreros de todos los países, en uno de sus acuerdos, a organizar todos los años, el 1 de mayo, una manifestación de carácter internacional en favor de la implantación legal de la jornada de trabajo de ocho horas, este acuerdo, que establecía por vez primera en la historia la posibilidad de una acción internacional conjunta de los obreros de todos los países, encontró el más fuerte eco en el mundo entero. El proletariado se adhirió, con gran entusiasmo, a este acuerdo. La burguesía se sintió presa de temor y de pánico. El recuerdo de la Comuna de París estaba demasiado reciente, para que la burguesía no ventearse detrás de este acuerdo la hidra de la revolución. Esta profesión de fe de internacionalismo proletario, de solidaridad internacional, atestiguaba que el proletariado empezaba a sacudir seriamente las cadenas con que la burguesía quería impedirle que desplegara sus fuerzas de clase y su organización de clase. En Alemania, el proletariado había deshecho, a fuerza de doce años de lucha, la ley de excepción promulgada en 1878 por Bismarck «contra los manejos revolucionarios de la socialdemocracia», derribando a sus autores. En los progresos del Partido socialdemócrata y en sus éxitos electorales en las elecciones al parlamento, en los progresos de los sindicatos y de las cooperativas, se manifestaba la fuerza del proletariado alemán. Estos progresos se advertían también en otros países, principalmente en los Estados Unidos, donde la fuerza del proletariado se revelaba en huelgas formidables. La grandiosa consigna de «¡Proletarios de todos los países, uníos!» con la que Carlos Marx y Federico Engels cerraban, ya en 1848, el «Manifiesto Comunista», este primero y gigantesco documento del socialismo-comunismo, parecía haber encontrado su realización. En su prólogo de 1 de mayo de 1890 al Manifiesto Comunista, Federico Engels escribía, refiriéndose a la ejecución por primera vez del acuerdo sobre la jornada del Primero de Mayo:

«¡Proletarios de todos los países, uníos!». Cuando, hace cuarenta y dos años, lanzamos al mundo estas palabras, en visperas de la primera revolución de París, en que el proletariado levantó ya sus propias reivindicaciones, fueron muy pocas las voces que contestaron. Pero el 28 de septiembre de 1864, los representantes proletarios de la mayoría de los países del Occidente de Europa

se congregaban para fundar la Asociación Internacional de Trabajadores, de glorioso recuerdo. La Internacional sólo vivió nueve años. Pero el lazo perenne de unión entre los proletarios de todos los países, creado por ella, sigue en pie con más fuerza que nunca; así lo atestigua, con testimonio irrefutable, el día de hoy. Hoy, Primero de Mayo, día en que escribo estas líneas, el proletariado europeo y americano pasa revista por vez primera a sus fuerzas, puestas en pie de guerra como *un sólo ejército*, unido bajo *una sola bandera* y para *un objetivo inmediato*; la jornada normal de ocho horas, que ya proclamara la Internacional en el Congreso de Ginebra en 1866, que reiteró el Congreso obrero de París en 1889, y que es necesario elevar hoy a ley. El espectáculo del día de hoy abrirá los ojos a los capitalistas y a los terratenientes de todos los países y les enseñará que la unión de los proletariados del mundo es ya un hecho.»

Cincuenta años han transcurrido desde que recayó el acuerdo de organizar la manifestación del Primero de Mayo, y la significación revolucionaria mundial del grito de «¡proletarios de todos los países, uníos!» no podría encontrar una confirmación mejor y más grandiosa que el XVIII Congreso del Partido Comunista (bolchevique) de la Unión Soviética, de importancia histórica tan extraordinaria. El informe del camarada Molotov sobre el tercer Plan quinquenal socialista y, sobre todo, el profundo informe del camarada Stalin, han hecho ver a los proletarios de todo el mundo cómo, gracias a la unión revolucionaria de la clase obrera y de todo el pueblo soviético, los bolcheviques han sabido crear, en una sexta parte del mundo, la fuerza que ha realizado el socialismo y comienza a marchar progresivamente hacia el comunismo, hacia la sociedad sin clases.

Cuando, en noviembre de 1917, hace más de veintiún años, los obreros y campesinos rusos, bajo la dirección de Lenin y Stalin, llevaron a cabo la revolución socialista y se hicieron cargo del Poder del Estado para poner fin a la guerra y acabar con la explotación y el esclavizamiento seculares de las masas obreras y campesinas por los capitalistas y los grandes terratenientes, abolir la opresión nacional de los pueblos e implantar el socialismo, había muchísimos escépticos que profetizaban, ante el cerco capitalista del país, una rápida bancarrota. Era una obra gigantesca la que emprendían los obreros y campesinos rusos, una obra sin precedente en la historia de la humanidad. Pero, bajo la dirección de Lenin y Stalin, dirección teórica y políticamente consecuente y segura, se logró, a fuerza de una lucha tenaz, vencer una dificultad tras otra, derrotar a un enemigo tras otro, llevar a cabo la unión de los pueblos y los formidables planes de edificación del socialismo. Todos los escépticos fueron derrotados, y muchos de ellos se convirtieron, por falta de fe en la fuerza victoriosa de las masas obreras y campesinas, en sus enemigos francos o encubiertos, en agentes de las potencias extranjeras enemigas, y principalmente del fascismo. También estos elementos llevaron una lección seria y fueron aplastados. Y hoy, al cumplirse los cincuenta años del acuerdo sobre la jornada del Primero de Mayo, el Poder Soviético, defendido por su Ejército Rojo Obrero y Campesino y por todo el pueblo soviético y rodeado por las simpatías cada vez mayores de los obreros de todos los países, se alza como una fortaleza inmovibles e inexpugnable del socialismo, que demuestra a

los proletarios de todos los países la fuerza victoriosa de la clase obrera unida y de su estrecha alianza con los campesinos y los anima a realizar en el mundo entero, a despecho de todas las dificultades, la consigna del Manifiesto Comunista y el socialismo.

La jornada del Primero de Mayo presenta, en sus orígenes y por su esencia, un carácter revolucionario, en el que se manifestaba el antagonismo irreductible entre el proletariado y la burguesía y que era susceptible de elevar la lucha de clases a una fase más alta. La idea de una manifestación internacional conjunta del proletariado respondía a las grandes luchas económicas entre los obreros y los capitalistas, mantenidas sobre todo en los Estados Unidos a mediados de la década del 80 y en las que los obreros se defendían contra la brutal explotación de que les hacían objeto los capitalistas. Estos procuraban oponerse al triunfo de los obreros mediante la organización de bandas de esquirols y recurrían a grandes actos de provocación contra los obreros huelguistas, para aplastarlos con ayuda de la fuerza armada del Estado. Los obreros sacaban de estas experiencias de lucha la conciencia de la necesidad de una solidaridad nacional e internacional y de la movilización conjunta de sus fuerzas. Y se daban cuenta de la importancia decisiva del paro, de la huelga, como medio de lucha para imponer determinadas reivindicaciones económicas y sociales a los patronos y al Estado.

En el IV Congreso de los sindicatos y asociaciones obreras de los Estados Unidos, reunido en Chicago en 1884, se proclamó por primera vez, a la par de otras reivindicaciones encaminadas a mejorar la situación de los obreros, la reivindicación de la jornada de trabajo de ocho horas. Los grandes capitalistas opusieron una resistencia cerrada a estas reivindicaciones. Los obreros se esforzaron en darles mayor empuje mediante la organización de una huelga general. El movimiento huelguístico, iniciado en marzo y abril de 1886 con la huelga de los ferroviarios, no tardó en extenderse a todo el país. El centro del movimiento era Chicago, donde los huelguistas, en unión de todos los obreros, organizaron el 1 de mayo una formidable manifestación por las calles, bajo las consignas del Congreso. La policía puso en práctica, con este motivo, una provocación inaudita, arrojando entre los manifestantes una bomba, que causó muchas víctimas. La burguesía hizo responsable del atentado a los dirigentes de la manifestación y condenó a muerte a ocho de ellos, ejecutando a cuatro. Como respuesta a esta sangrienta condena y a esta provocación, el Congreso de la Confederación obrera norteamericana, reunido en San Luis en 1888, acordó invitar a los obreros a organizar todos los años, a partir de 1890, el día 1 de mayo, una manifestación de todos los obreros unidos en favor de sus reivindicaciones.

En este acuerdo se apoyó el Congreso obrero internacional reunido en París en 1889 para decidir *la celebración de la manifestación internacional de Primero de Mayo*. He aquí el texto del acuerdo :

«Manifestación internacional de 1 de mayo de 1890.

El Congreso acuerda : deberá organizarse, en un día determinado, una gran manifestación internacional, de tal modo, que en este día los obreros

de todos los países y de todas las ciudades dirijan simultáneamente a los poderes públicos la reivindicación de establecer la jornada de trabajo de ocho horas y de aplicar los demás acuerdos del Congreso internacional de París.

Teniendo en cuenta que la Confederación obrera norteamericana, en el Congreso celebrado en San Luis el 1 de diciembre de 1888, ha señalado ya la fecha del 1 de mayo de 1890 para celebrar dicha manifestación, se adopta esta fecha como día para la manifestación internacional.

Los obreros de las distintas naciones llevarán a cabo esta manifestación del modo cómo se lo aconsejan las circunstancias de cada país.»

En el párrafo final de este acuerdo no se concreta la forma de la jornada de Primero de Mayo, sino que se deja al arbitrio de las organizaciones obreras de cada país. Pero, después de las palabras sustanciales con que comienzan el acuerdo, en las que se dice que la «gran manifestación internacional» deberá organizarse de tal modo, que, «en un día determinado», los obreros formulen a los poderes públicos su reivindicación sobre la jornada de trabajo de ocho horas, no cabía duda de que el objetivo de esta manifestación era el conseguir que los obreros abandonasen el trabajo el 1 de mayo. Pero acerca de esto habrían de decidir los propios obreros en sus países respectivos. La clase obrera de casi todos los países interpretó en este sentido el acuerdo del Congreso. Tenían presentes, sin duda, las palabras del poeta Herwegh :

¡Despierta, hombre del trabajo,  
y dâte cuenta de tu fuerza!  
¡Todas las máquinas se pararán,  
si tu brazo vigoroso lo ordena!

El 1 de mayo de 1890, se pusieron a prueba estas palabras. La primera jornada de 1 de Mayo se convirtió en una afirmación vigorosa del proletariado en favor de sus reivindicaciones de clase, y sobre todo en favor de la jornada de ocho horas. El 1 de Mayo desfilaron en manifestaciones gigantescas los proletarios de Inglaterra, Francia, Bélgica, Austria, Hungría, Alemania, Suecia, Polonia, los Estados Unidos, Noruega, Italia, España, Holanda, Dinamarca y otros países ; en muchas capitales, los obreros abandonaron el trabajo. La burguesía había aguardado esta jornada con miedo y con pavor. En muchos países, preparó a las tropas para soltarlas contra los obreros manifestantes. Así ocurrió, de un modo especialmente provocador, en Austria-Hungría, donde el 1 de Mayo era la fiesta tradicional de la primavera. Sin hacer caso de la prohibición expresa de la manifestación y de la amenaza de afrontar por la fuerza todo intento de celebrarla, desfilaron, solamente en Viena, más de 100.000 obreros, lo que valió a Victor Adler una carta de felicitación de Federico Engels. En muchos sitios, los patronos expulsaron de las fábricas por largo tiempo a los manifestantes. Esta afirmación enérgica de la voluntad de lucha del proletariado unido movió a la burguesía a oponer la más enérgica resistencia a la continuación de la jornada de Primero de Mayo en forma de huelga. Contaba, para ello, con el dócil apoyo de los líderes reformistas de la clase obrera en todos los países. De este modo, la jornada internacional del Primero de Mayo se convertía, no solo en un objetivo de lucha entre el proletariado y la burguesía, sino también

en un objetivo de lucha de la clase obrera contra el reformismo y el oportunismo dentro de sus filas. La actitud capitulacionista de los líderes reformistas ante la burguesía encontraba su expresión inequívoca en la lucha contra la jornada internacional de Primero de Mayo. Mientras que la clase obrera, en su dura lucha contra los apetitos de explotación de los patronos y por el mejoramiento de sus condiciones de salario y de trabajo, se aferraba al carácter combativo de la jornada internacional de Primero de Mayo, sin retroceder ante las amenazas de la burguesía, los líderes reformistas, en los nuevos Congresos socialistas internacionales, en los Congresos de los Partidos socialdemócratas y de los sindicatos de los distintos países, desencadenaban ataques cada vez más fuertes para privar a la jornada de Primero de Mayo de su carácter revolucionario y convertirla en una fiesta inofensiva. Estos ataques fueron desencadenados, sobre todo, por los reformistas de Alemania. Ya antes de que se celebrase en Alemania, en 1890, la primera jornada del 1 de mayo, la fracción parlamentaria de la socialdemocracia alemana, que se arrogaba el papel de dirección del partido, dirigió a los obreros alemanes, el 13 de abril de 1890, un aviso público para disuadirles de tomar parte en el paro de Primero de Mayo, ya que «en las condiciones actuales de trabajo, no podrá conseguirse un paro general». La fracción parlamentaria, yendo todavía más allá en su declaración, rechazaba en absoluto «un paro general» «en un día determinado». La fracción parlamentaria intentaba razonar su «aviso» a los obreros invocando las condiciones difíciles de trabajo provocadas por la crisis económica; sin embargo, en el acuerdo tomado aprobando *a posteriori* la declaración de la fracción parlamentaria, la Comisión Ejecutiva del Partido daba a entender que se trataba, principalmente, de un repliegue ante las intenciones de provocación de la burguesía, que había tomado grandes precauciones para hacer intervenir a las fuerzas armadas del Estado contra los obreros manifestantes. El gran éxito electoral alcanzado por el Partido socialdemócrata el 20 de febrero hubiera debido mover al partido a organizar audazmente la manifestación de Primero de Mayo, sin dejarse llevar de las provocaciones de la burguesía. Sin embargo, los obreros alemanes no hicieron caso de los «avisos» de la fracción parlamentaria de la Comisión Ejecutiva del Partido, sino que procedieron a celebrar en muchos sitios la primera jornada internacional de Primero de Mayo, abandonando el trabajo. Como réplica a esto, en Hamburgo los patronos declararon un largo lokaut contra los obreros que habían tomado parte en aquella manifestación proletaria.

En el siguiente Congreso socialista internacional, los reformistas hicieron las más diversas tentativas para estrangular la jornada internacional de Primero de Mayo. En el Congreso socialista internacional celebrado en Bruselas en 1891, la delegación alemana, que representaba al Partido socialdemócrata más fuerte, propuso que la manifestación de Primero de Mayo se trasladase al primer domingo del mes. Esta propuesta, absolutamente reformista, fué rechazada, pero dejándose que cada partido nacional resolviese acerca de la manifestación de Primero

de Mayo. Sin embargo, en el acuerdo adoptado se decía que el 1 de mayo «debe ser una jornada común de fiesta de los obreros de todos los países, en la que deberán manifestar la comunidad de sus reivindicaciones y su solidaridad. Esta fiesta deberá ser una día de paro, en la medida, en que no lo impidan las circunstancias existentes dentro de cada país». Pero, en el seno de la Segunda Internacional, en la que se estaban desarrollando el reformismo y el oportunismo más perniciosos, no se conocía tampoco la disciplina internacional, por cuya razón los acuerdos tomados acerca de la organización de la jornada de Primero de Mayo en los distintos países sólo tenían una importancia muy escasa. Es cierto que los delegados marxistas intentaban, en los Congresos internacionales, contener la decadencia reformista de la Segunda Internacional. Y a su lucha, que reflejaba los sentimientos de las masas obreras, se debe también el que los Congresos internacionales no procediesen ya en los primeros años a abolir la jornada de Primero de Mayo. Estos antagonismos informan los acuerdos contradictorios acerca de esta jornada. La manifestación de Primero de Mayo no tardó en remontarse sobre la reivindicación de la jornada legal de ocho horas, para convertirse en una manifestación en favor de la protección del trabajo y de la paz mundial. En el acuerdo del Congreso socialista internacional celebrado en Zurich en 1893, se dice: «La manifestación de Primero de Mayo en favor de la jornada de ocho horas deberá, al mismo tiempo, estimular la poderosa voluntad de acción de la clase obrera y fortalecer la esperanza en la proximidad de un cambio de régimen social y en la paz internacional». Pero, al mismo tiempo que los reformistas votaban estas resoluciones, procuraban despojar completamente a la jornada de Primero de Mayo de su carácter revolucionario.

Acerca del paro, el Congreso socialista de Zurich acordó que la socialdemocracia de cada país tenía el deber de «procurar que se realizase el paro del Primero de Mayo, apoyando todos los intentos realizados en este sentido en los distintos sitios o por las distintas organizaciones». Contra este texto votaron, sin embargo, los delegados oportunistas de Alemania, Bulgaria, Dinamarca, Rusia y otros países. El Congreso socialista internacional celebrado en Amsterdam en 1904, oponiéndose al traslado de las manifestaciones del 1 de mayo al primer domingo de este mes, traslado puesto en práctica en una serie de países, instaba del modo «más enérgico» a las organizaciones de los Partidos socialdemócratas y a los sindicatos a que «se manifestasen todos los años el 1 de mayo en favor de la implantación legal de la jornada de ocho horas, de las reivindicaciones de clase del proletariado y de la paz mundial». Pero, al mismo tiempo, supeditaba el deber de organizar el paro de Primero de Mayo al hecho de que «ello fuera posible sin quebrantar los intereses obreros».

En *Alemania*, era usual que en los Congresos celebrados anualmente por la socialdemocracia la jornada de Primero de Mayo figurase como un punto especial del orden del día. Los reformistas, y muy especialmente los dirigentes reformistas de los sindicatos, desencadenaban ataques cada vez más fuertes encaminados a conseguir la total supresión

del paro del 1 de mayo, con lo cual las manifestaciones celebradas durante el día tendían a desaparecer, para convertirse en actos nocturnos. A pesar de esto, cientos de miles de obreros seguían celebrando el Primero de Mayo en forma de huelga, arrostrando, la mayoría de ellos, el despido de sus fábricas o un largo lokaut.

En los demás países, los reformistas se manifestaban, lo mismo que en Alemania, en contra de la jornada de Primero de Mayo. En unos sitios, esta jornada se trasladaba al primer domingo del mes, como ocurría en Inglaterra; en otros sitios, se organizaban actos nocturnos el 1 de mayo, o se conmemoraba el día en forma de reuniones solemnes, en las que se pronunciaba una conferencia sobre el 1 de mayo. Como es lógico, este modo de celebrar el Primero de Mayo, impuesto por los reformistas, hacía que la idea y la acción de la solidaridad internacional fuesen pasando cada vez más a segundo plano.

En la *Rusia zarista*, la jornada de Primero de Mayo no se convirtió hasta algo más tarde en una jornada de lucha de la clase obrera a la par que en una jornada de formidable movilización de las masas contra el zarismo. Este carácter del 1 de mayo se acusó, sobre todo, en el movimiento revolucionario del año 1905 y en el formidable movimiento de huelga de 1912. En la «Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la Unión Soviética», se dice acerca del movimiento huelguístico del año 1905 :

«Las manifestaciones del Primero de Mayo dieron origen, en diversos sitios, a choques con la policía y las tropas. En Varsovia, los manifestantes fueron recibidos a tiros y hubo varios cientos de muertos y heridos. Los obreros de Varsovia, respondiendo al llamamiento de la socialdemocracia polaca, contestaron a la matanza con una huelga general de protesta. Durante todo el mes de mayo, no cesaron las huelgas y las manifestaciones. En las huelgas de mayo tomaron parte, en Rusia, más de 200.000 obreros. La huelga general se extendió a los obreros de Bakú, Lodz e Ivánovo-Vosnesensk. Cada vez eran más frecuentes los choques entre los obreros huelguistas y las tropas del zar. Choques de estos se produjeron en una serie de ciudades, como Odesa, Varsovia, Riga, Lodz, etc. En el gran centro industrial de Polonia, Lodz, la lucha asumió un carácter especialmente agudo. Los obreros de Lodz llenaron las calles de esta ciudad de barricadas, en las que lucharon contra las tropas zaristas durante tres días (del 22 al 24 de junio del 1905). Aquí, la acción armada se fundió con la huelga general. Lenin consideraba estos combates como la primera acción armada de los obreros en Rusia.»

Acerca del movimiento de huelgas del año 1912, dice el mismo libro :

«En las huelgas de Primero de Mayo de 1912 tomaron parte cerca de 400.000 obreros. Estas huelgas presentaban una caracter netamente político y se desarrollaban bajo las consignas revolucionarias bolcheviques : República democrática, jornada de ocho horas, confiscación de todas las tierras de los terratenientes. Estas consignas fundamentales estaban concebidas en el sentido de unir bajo ellas para el asalto revolucionario contra la aristocracia, no sólo a las grandes masas obreras, sino también a los campesinos y a los soldados.»

Lenin escribía, refiriéndose a la gran importancia del movimiento huelguístico del año 1912, en su artículo titulado «El auge de la revolución» :

«La grandiosa huelga de mayo del proletariado de toda Rusia y las manifestaciones de calle unidas a ella, las proclamas y los discursos revolucionarios ante muchedumbres obreras, revelaban claramente que Rusia entraba en una fase de auge de la revolución.»

En un manifiesto del Comité Central del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia, lanzado el 1 de mayo de 1912 y redactado por Stalin, se decía :

«Desde que los obreros rusos han comenzado a darse cuenta de su situación, no han querido marchar a la zaga de sus camaradas, se han unido al coro general de sus camaradas extranjeros y han celebrado con ellos el Primero de Mayo, a pesar de las bestiales represalias del gobierno zarista. Es cierto que en los últimos dos o tres años, en el periodo de las bacanales contrarrevolucionarias..., de la depresión industrial y de la mortal indiferencia política entre las grandes masas, los obreros rusos se han visto privados de la posibilidad de celebrar al modo antiguo su orgullosa fiesta del trabajo. Pero la reanimación que se advierte en el país en estos últimos tiempos, las huelgas económicas y las protestas políticas de los obreros..., el creciente descontento de amplios sectores campesinos con motivo de la racha de hambre en más de 20 provincias, las protestas de cientos de miles de empleados contra el régimen «renovado» de los grandes terratenientes rusos : todo indica que tiende a terminarse el sueño de muerte, para ceder el puesto a una fase de reanimación política en el país, y sobre todo en el seno del proletariado. Por eso, este año los obreros rusos pueden y deben tender las manos a sus camaradas extranjeros y celebrar conjuntamente con ellos, bajo una u otra forma, el Primero de Mayo.»

En un artículo escrito el 28 de junio de 1913 y titulado «La fiesta de mayo del proletariado revolucionario», escribía Lenin :

«La fiesta de Primero de Mayo de la clase obrera de Rusia —que comenzó con el ensayo de Riga y que luego condujo a una acción resuelta en Petersburgo el 1 de mayo ; esta fiesta, fué como un rayo en la atmósfera cargada, triste y melancólica, que vino a purificar el aire. Ante cientos de viejos revolucionarios, todavía no torturados hasta la muerte por las persecuciones de los verdugos ni abatidos por la traición de sus amigos renegados, ante millones de domócratas y socialistas de la nueva generación, volvía a alzarse en toda su grandeza la visión de la revolución que se avecina y se destacaban las fuerzas de la clase progresiva que la dirige.

Ya varias semanas antes del 1 de mayo, el gobierno perdió literalmente la cabeza y los señores patronos se comportaron como gentes completamente aturdidas. Las detenciones y los registros domiciliarios parecían estremecer todos los barrios obreros de la capital.

Pero, a pesar del celo de la gendarmería, a pesar de su «limpieza» de los barrios fabriles, a pesar de sus esfuerzos por detener a diestro y siniestro a los últimos hombres que figuraban en sus «listas de sospechosos», no consiguieron nada. Los obreros se burlaron de la furia impotente de la banda zarista y de la clase capitalista... Los obreros... sacaron, como si saliesen de la tierra, nuevos y nuevos paquetes de hojillas pequeñas, mal impresas, breves y sencillas, pero muy claras, con llamamientos a la huelga y a la manifestación, recordando las viejas y no amañadas consignas revolucionarias de la socialdemocracia, que en 1905 acompañaron al primer ataque de las masas contra la autocracia y la monarquía... El número de huelguistas aumentó, en efecto, hasta 250.000.

Más imponentes aún que la cifra de huelguistas del 1 de mayo, y más importantes, fueron las manifestaciones revolucionarias de los obreros que desfilaron por las calles. Durante varias horas, los obreros, tremolando banderas rojas, entonando canciones revolucionarias y llamando abiertamente a la revolución, lucharon en todos los arrabales y en todos los barrios extremos



de la capital contra las fuerzas de la policía y del servicio secreto, movilizadas por el gobierno con una energía decuplicada.»

Durante la guerra mundial, los reformistas, que apoyaban en sus países la política de guerra de la burguesía, intentaron disuadir a los obreros de celebrar la jornada de Primero de Mayo, con el pretexto de que no había ninguna razón para mantenerla. En 1915, la dirección del Partido socialdemócrata alemán, «ordenó» a las organizaciones obreras «renunciar este año, en atención a las circunstancias especiales, al paro del 1 de mayo». La dirección del Partido Socialista de Francia instó a los obreros franceses a que celebrasen este día trabajando por la defensa de la patria. Los reformistas italianos llegaron incluso a celebrar la jornada de Primero de Mayo manifestándose en pro de la intervención de Italia en la guerra mundial.

Lenin se manifestó enérgicamente en contra de estos hechos bochornosos de los reformistas, y en 1915, en un borrador para un informe titulado «El Primero de Mayo y la guerra», hizo el resumen de los primeros meses de la guerra. En él, refuta del modo más resuelto la falsa afirmación de los reformistas de que durante la guerra no había razones para mantener la jornada de Primero de Mayo y señala cómo la guerra provoca crisis de la sociedad capitalista y situaciones revolucionarias. En este borrador, se dice, entre otras cosas :

«La guerra es una crisis formidable. Toda crisis significa (con posibles estancamientos y retrocesos pasajeros) : a) una aceleración del desarrollo, b) manifestación de contradicciones, c) su agudización, d) hundimiento de lo podrido... En toda crisis, unos se derrumban y otros se *templan*. Se *templan* para la revolución socialista, para la bancarrota de lo pernicioso y lo podrido dentro del movimiento obrero. Eliminación de los obstáculos para las luchas revolucionarias.»

Las manifestaciones de Primero de Mayo realizadas por los obreros durante la guerra confirmaron plenamente este análisis y esta perspectiva de Lenin. En Rusia, se celebraron, ya el 1 de mayo de 1915, manifestaciones y huelgas en una serie de ciudades. Los obreros se manifestaban bajo estas consignas : «¡Viva la Internacional!», «¡Proletarios de todos los países, uníos!», «¡Abajo la guerra!». Las organizaciones bolcheviques repartían proclamas y manifiestos en los que se llamaba a las masas a derribar el zarismo y a acabar revolucionariamente con la guerra. Más potentes todavía fueron las manifestaciones de Primero de Mayo en 1916. En Petersburgo, en la cuenca del Donetz y en Moscú, se declararon grandes huelgas ; en las de Moscú, no tomaron parte solamente los obreros de las empresas privadas, sino también los de las industrias de guerra del Estado. Después de la revolución de febrero de 1917, que derribó el zarismo, el 1 de mayo se convirtió en una poderosa afirmación de los obreros rusos por la paz, el pan y la libertad de los pueblos. Bajo la dirección de Lenin y Stalin, los bolcheviques, a fuerza de un tenaz trabajo de masas, conquistaron la mayoría de la clase obrera y la condujeron a la Revolución Socialista de Octubre, que no sólo instauró el Poder Soviético, sino que preparó, además, el término de la matanza mundial de los pueblos. En la sexta parte del mundo,

la jornada del Primero de Mayo se convirtió en una jornada de triunfo de los obreros y campesinos sobre sus explotadores y opresores, en una jornada de solidaridad internacional del pueblo soviético con el proletariado de todo el mundo para la lucha contra el fascismo y la reacción.

Tampoco en otros países se dejaron los obreros persuadir por los reformistas de renunciar durante la guerra a las manifestaciones de Primero de Mayo. En Francia, Italia, y Austria-Hungría, se produjeron grandes huelgas de Primero de Mayo, que muchas veces daban lugar a choques entre los obreros y las tropas y la policía enviadas contra ellos. En Alemania, Carlos Liebknecht, en la manifestación de Primero de Mayo de 1916, levantó su voz contra la guerra imperialista y contra la política de paz civil de la socialdemocracia. Su detención y su condena a cuatro años y medio de presidio desencadenó grandes huelgas de protesta por parte de los obreros de las fábricas.

*Después de la Revolución Socialista de Octubre* y de la terminación de la guerra mundial, bajo la presión revolucionaria de las masas, se hundieron las monarquías militares de Alemania y Austria-Hungría, cediendo el puesto a la República democrático-burguesa. En estas Repúblicas y en algunos otros países, los líderes reformistas consiguieron una influencia decisiva en los gobiernos. Pero, en vez de utilizar esta influencia para conceder a los obreros plena libertad legal para la jornada de Primero de Mayo, siguieron poniendo obstáculos a ésta. En su odio contra el movimiento revolucionario, no vacilaron ni siquiera en prohibir a los obreros la celebración de la jornada de Primero de Mayo e incluso en salir al paso de ella por la fuerza de las armas. El 1 de mayo de 1928, las fuerzas armadas de choque de la socialdemocracia polaca hicieron fuego contra una manifestación comunista en Varsovia, causando cinco muertos y cientos de heridos. En 1929, el Presidente socialdemócrata de la policía de Berlín, Zorgiebel, prohibió a los obreros berlineses la manifestación del Primero de Mayo y ordenó que se hiciese fuego sobre ellos, en vista de que no desistían de manifestarse. 33 muertos y cientos de obreros heridos graves y leves fueron el balance de este crimen de Primero de Mayo de los líderes socialdemócratas.

Pero sus experiencias de lucha espoleaban a los obreros, moviéndoles a convertir cada vez más la jornada del Primero de Mayo en una potente manifestación contra el régimen capitalista. La idea revolucionaria de la manifestación de Primero de Mayo había arraigado tan profundamente en los cerebros y en los corazones de las masas obreras, que ni la burguesía ni la burocracia reformista del partido y de los sindicatos podía ya desarraigarla. En el periodo de la postguerra, se celebraron formidables manifestaciones de Primero de Mayo en todos los países, como en 1920 en Francia, donde tomaron parte en esta jornada también los ferroviarios, paralizando por espacio de un minuto todos los trenes, y en 1926 en Inglaterra, donde la jornada de Primero de Mayo inició la gran huelga general en apoyo de los mineros huelguistas. Pero los obreros veíanse obligados siempre a organizar su jornada de Primero de Mayo luchando del modo más enérgico contra los patronos y el Poder público y contra la resistencia de los reformistas.

El carácter revolucionario de la jornada de Primero de Mayo se vió corroborado del modo más formidable por el triunfo de la Revolución Socialista de Octubre en Rusia. Este triunfo venía a confirmar plenamente la doctrina marxista-leninista de que la victoria del proletariado sobre la burguesía y la instauración de la dictadura del proletariado son posibles y necesarios para realizar el socialismo, aunque éste solo comience implántandose en un sólo país. El triunfo de la Revolución Socialista de Octubre no sólo fortaleció la decisión de lucha de las masas trabajadoras del mundo entero, sino que además imprimió un poderoso impulso a la cohesión de la vanguardia del proletariado en los Partidos Comunistas de los diversos países, a los que la Internacional Comunista, fundada por Lenin, brindó su fuerza revolucionaria dirigente. En la Internacional Comunista de Lenin y Stalin encontró su continuación revolucionaria la Primera Internacional, fundada por Marx y Engels, después, de la bochornosa bancarrota sufrida en agosto de 1914, ante su traición al internacionalismo proletario, por la Segunda Internacional, corroída por el reformismo y el capitulacionismo oportunista. Con la Internacional Comunista, Lenin y Stalin crearon la fuerza que restauró y elevó a una etapa más alta el internacionalismo proletario, lo cual se refleja también en sus luchas por la organización revolucionaria de la jornada de Primero de Mayo.

La importancia revolucionaria de la jornada anual del Primero de Mayo, lejos de disminuir, ha aumentado al agudizarse cada vez más la lucha de clases entre las masas trabajadoras y el fascismo y la reacción, en todos los países capitalistas y en las colonias.

Lo que empuja constantemente a los obreros de los países capitalistas a celebrar sus jornadas de Primero de Mayo, sin que les aparten de ello ni los líderes reformistas de la socialdemocracia, ni las amenazas y las bestialidades de los opresores y del Poder público, ni el fascismo, es la idea sublime de la solidaridad nacional e internacional de los obreros, es su anhelo de solidaridad. Las consignas de la jornada de Primero de Mayo: jornada de ocho horas, protección del trabajo, paz mundial, no han perdido, sino que han ganado en importancia. Se sigue luchando al igual que antes, aunque en proporciones mayores, por la realización de estas consignas. La lucha por la jornada de ocho horas y por la protección del trabajo, exige una movilización intensiva de todas las fuerzas de la clase obrera, dados los intentos cada vez más enérgicos y las medidas rigurosas de los patronos, y sobre todo del fascismo, por redoblar la explotación de los obreros.

La lucha por la paz se ha convertido, ante la agresión bélica del fascismo, en una de las misiones supremas del proletariado internacional. En el flujo y reflujo de las manifestaciones de Primero de Mayo durante estos cincuenta años se reflejan las duras luchas libradas por la clase obrera por el pan, la paz y la libertad. De estas luchas, la clase obrera ha sacado la importante experiencia de que, si quiere vencer, debe mantenerse unida y apoyarse mutuamente. La unidad y la solidaridad en la lucha es el sentido profundo de la jornada de Primero de Mayo, la gran enseñanza que sacan los obreros de sus luchas.

En la unidad de la clase obrera y en su alianza con los campesinos, en la unidad de lucha revolucionaria de los obreros de los países capitalistas y en su alianza con los obreros y campesinos de la Unión Soviética reside la garantía absoluta de su triunfo sobre todos los poderes reaccionarios fascistas. Esto es precisamente lo que atestiguan, con su ejemplo supremo, los obreros y campesinos rusos, en su Revolución Socialista de Octubre y en el aseguramiento de su victoria. Las masas trabajadoras de los países capitalistas, respaldadas por el formidable Poder socialista y alentadas por los potentes avances del socialismo en la Unión Soviética, sienten crecer la fe en su fuerza y su voluntad de lucha contra el fascismo, contra sus agresiones guerreras, contra sus agentes trotskistas dentro del movimiento obrero, contra toda la reacción. Es exactamente como ha expuesto, al final de su informe ante el XVIII Congreso del P.C. (b.) de la U.R.S.S. acerca de los éxitos y las conquistas logrados en la Unión Soviética, el jefe y maestro del proletariado mundial, camarada Stalin :

«El resultado principal reside en que la clase obrera de nuestro país, después de acabar con la explotación del hombre por el hombre y de afianzar el régimen socialista, ha demostrado ante el mundo entero la justeza de su causa. En esto reside el resultado principal, pues esto robustece la fe en la fuerza de la clase obrera y en la certeza inevitable de su triunfo definitivo...

Si los éxitos de la clase obrera de nuestro país, su lucha y su triunfo, sirven para levantar el espíritu de la clase obrera de los países capitalistas y fortalecer en ella la fe en su fuerza, la fe en el triunfo, nuestro Partido puede afirmar que no trabaja en balde. Y no cabe duda de que así será.»

El desarrollo del movimiento obrero en los países capitalistas confirma plenamente estas palabras del camarada Stalin, quien, con sus grandes aportaciones teóricas, contribuyendo a impulsar y desarrollar el marxismo-leninismo, da a la Internacional Comunista y a sus Secciones y a todo el movimiento obrero la pauta para su actuación y les señala el camino de la victoria. Partiendo de los acuerdos del VII Congreso mundial de la Internacional Comunista, acuerdos basados en el análisis del camarada Stalin y adoptados respondiendo a la audaz iniciativa del camarada Dimitroff, los obreros de los países capitalistas, bajo la dirección de los Partidos Comunistas, empiezan a poner en práctica el frente único y su alianza con los campesinos, los artesanos y los intelectuales dentro del Frente Popular. Ante la agudización de la lucha de las masas trabajadoras por la paz, la libertad y el pan, de la lucha contra el fascismo y la reacción, las masas se dan cuenta cada vez con mayor fuerza de cuán necesario es realizar la unidad de acción, cumpliendo con ello aquella consigna del «Manifiesto Comunista», que ha hecho estremecerse al mundo y que infunde también su contenido revolucionario a la jornada del Primero de Mayo :

«¡Proletarios de todos los países, uníos!»

# La guerra imperialista y la clase obrera

*Consideraciones actuales en torno a la teoría de Lenin sobre  
la actitud de la clase obrera ante la guerra.*

por **K. Funk**

«La nueva guerra imperialista es ya un hecho» ha dicho *Stalin*, en su informe ante el XVIII Congreso del Partido Comunista (bolchevique) de la Unión Soviética.

El bloque guerrero de Alemania, Italia y el Japón mantiene esta guerra contra los intereses de Inglaterra, de Francia y de los Estados Unidos en Europa y en el Extremo Oriente. La repercusión de esta guerra sobre las posesiones coloniales de Inglaterra y Francia en Africa se acusan cada vez más sensiblemente.

Las etapas más salientes de la segunda guerra imperialista son : anexión de Abisinia por Italia, intervención fascista de Alemania e Italia en España, invasión de China por el Japón, anexión de Austria, de la región de los Sudetes y por último de toda Checoeslovaquia por Alemania, creación de zonas de influencia alemanas e italianas en la España invadida y en el Marruecos español, establecimiento del fascismo alemán e italiano en puntos estratégicamente importantes, tales como las islas Baleares y la costa del Norte de España, ocupación de la isla de Hainán por el Japón, ocupación de Memel por las tropas alemanas y ocupación de Albania por Italia.

El fascismo alemán ha levantado un imperio colonial en el corazón de Europa, intenta desplazar definitivamente a Inglaterra y Francia de la vida económica de los países del Sudeste de Europa y persigue, manifiestamente, el objetivo de asegurarse en la Europa central y en el Sudeste de Europa la retaguardia colonial que necesita para desplazar a Inglaterra y a Francia del Occidente de Europa, estableciendo con ello la hegemonía del imperialismo alemán sobre esta parte del continente europeo. Por el momento, el campo previo para la batalla decisiva por la hegemonía imperialista en la Europa central y occidental son los territorios de la cuenca del Mediterráneo y los Balcanes. Estos territorios constituyen, al mismo tiempo, el punto de partida para los avances del fascismo alemán e italiano hacia Africa.

Etapas de la nueva guerra imperialista  
Propósitos del fascismo alemán

«Un rasgo característico de la nueva guerra imperialista consiste —dice el camarada Stalin— en que, por el momento, no ha adquirido todavía carácter general, en que no se ha convertido aún en una guerra mundial. La guerra la hacen los Estados agresores, lesionando de todas las maneras posibles los intereses de los Estados no agresores, y sobre todo los de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, mientras que éstos retroceden y se baten en retirada, haciendo a los agresores concesión tras concesión.

Y así, se está efectuando ante nuestros ojos un descarado reparto del mundo y de las zonas de influencia a costa de los intereses de los Estados no agresores, sin que éstos intenten hacer resistencia y hasta con cierto beneplácito por su parte.»

Ante este giro que llevan las cosas, hay que preguntarse: ¿Es que las masas populares de los países amenazados tienen conciencia de los peligros que supone el que se siga extendiendo esta guerra imperialista y la posibilidad de que se transforme en una guerra imperialista mundial? Aquí, no se ventilan solamente los intereses específicos y estatales de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. No se ventila solamente el que la burguesía de estos países sea desplazada de las posiciones que ha venido ocupando y que ocupa todavía, por el momento. Se ventila, al mismo tiempo, la opresión de numerosos pequeños Estados, la esclavización de muchas naciones hasta ahora independientes, el entorpecimiento de la liberación de los pueblos coloniales, e incluso los intereses vitales más elementales de los pueblos de Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, que se verán en peligro si este proceso se sigue desarrollando.

La contestación afirmativa a la pregunta que hemos formulado parece desprenderse de las muchas y cada vez más enérgicas protestas que suscitan los actos de violencia del fascismo, de la solidaridad cada vez más extensa en favor de los pueblos que resisten a la agresión, como ha ocurrido con el pueblo español, y de la exigencia apremiante de garantías contra nuevos ataques del bloque guerrero, por parte de las grandes masas populares.

Pero, ¿acaso las masas trabajadoras, acaso los obreros, ven claro el camino que deben seguir para impedir los nuevos avances de los agresores fascistas? ¿Acaso la clase obrera comprende que tiene una misión especial que cumplir, en esta lucha que plantea la segunda guerra imperialista, para impedir que se siga extendiendo y se transforme en una guerra imperialista mundial?

A estas preguntas sólo se puede contestar de un modo muy relativo y muy limitado, pues una parte de la clase obrera se deja llevar todavía, en la actualidad, de las ilusiones «pacifistas», se halla aún bajo la influencia de los políticos socialdemócratas, cuya actitud entorpece e impide que todos los sectores de la clase obrera adopten una posición clara y que se movilicen las fuerzas de clase del proletariado para esta lucha.

En vez de no escatimar los esfuerzos para poner de manifiesto la solidaridad internacional de la clase obrera y movilizarla como una fuerza —con lo cual se verían sólidamente respaldados los intereses comunes de todos los pueblos y de todas las capas populares que se sienten amenazados por el fascismo—, los líderes socialdemócratas

mantiene una política de desorganización de la clase obrera e incluso de su propia Internacional, e intentan convertir a la clase obrera en un apéndice de la burguesía de cada país. Esto puede aplicarse a los líderes del Partido Laborista, enemigos de la unidad, y que, a la vista de los peligros internacionales, expulsan y difaman a quienes preconizan una política enérgica contra los incendiarios fascistas de la guerra y contra sus cómplices ingleses. Puede aplicarse a los líderes del Partido Socialista francés, que se aferran a la homicida política de «No Intervención» mantenida contra España, sin querer ver el peligro que esta política lleva aparejado para Francia, ni la debilitación de la clase obrera ante la reacción francesa que de ella se deriva. Puede aplicarse a los líderes de la socialdemocracia belga, dinamarquesa y holandesa, que en los últimas elecciones lograron, con su política, debilitar la clase obrera y, al mismo tiempo, echar a las capas medias vacilantes en brazos de la burguesía. Puede aplicarse a los elementos responsables de la socialdemocracia húngara y a los dirigentes socialistas de Polonia, que aclamaron a su propia burguesía, cuando ésta, bajo la égida del fascismo alemán, tomaba parte en el descuartizamiento de Checoslovaquia.

En vez de contribuir a que la clase obrera de cada país movilice sus fuerzas para impedir que los cómplices reaccionarios del bloque de guerra y los capituladores desarmen a los pueblos frente a las presiones del bloque guerrero, ciertos dirigentes socialdemócratas debilitan la vigilancia de las masas, persuadiéndolas de que las cuestiones que atañen a la política exterior y a la defensa nacional sólo incumben a la burguesía que se halla en el Poder. En este punto, se completan mutuamente los sembradores de pánico del campo de los «pacifistas integrales» y los «políticos realistas» del tipo de Paul Faure y de Grimm. Mientras que los unos, bajo el pretexto de ser «enemigos por principio» de todas las guerras «en general», dejan que campen por sus respetos, sin que nadie les controle, los círculos burgueses reaccionarios, los otros hacen el juego a estos mismos elementos, convirtiendo las cuestiones de la defensa nacional en materia de chalaneo para una política de coalición.

Esta actuación de la socialdemocracia supone un peligro inmediato para la clase obrera y para el movimiento popular contra los promotores fascistas de la guerra y sus cómplices imperialistas. En efecto, esta política revela ya hoy que los líderes socialdemócratas a que nos referimos se guían por el principio mantenido en 1914 por Kausky :

«La Internacional no es un instrumento eficaz para la guerra, sino que es, sustancialmente, un instrumento de paz.» (*Neue Zeit*, 27 noviembre 1914.)

Sin embargo, la clase obrera internacional pudo comprender por experiencia, durante la primera guerra mundial imperialista y en la postguerra, a qué sacrificios y a qué retrocesos conduce esta máxima traidora. Precisamente para luchar contra la guerra imperialista y precisamente durante la guerra, necesita la clase obrera de una fuerza internacionalmente organizada, si quiere impedir que se la convierta

Preparación de la II. Internacional para la II. guerra.

en pelota y carne de cañón al servicio de la reacción imperialista. La clase obrera es la fuerza de cuya cohesión y de cuya capacidad de movilización independiente depende todavía, en gran medida, el que pueda impedirse la guerra general, el que pueda salvarse la paz mundial. Pero la clase obrera no puede cerrar los ojos a la posibilidad de que la guerra se siga extendiendo. Y no puede renunciar a actuar, también en este caso y precisamente en él, como factor independiente. El sentimiento de repugnancia contra la guerra que alienta en todo hombre progresivo y que abre un abismo de distancia entre él y las hordas degeneradas de los incendiarios fascistas, no debe llevar a la clase obrera a dejarse ganar por las ilusiones pacifistas, permitiendo con ello que se la arrolle y se la pisotee más fácilmente. Ni puede tampoco, la clase obrera, decidir su actitud ante la guerra supeditándose a su propia burguesía. Es este un problema político que tiene hoy una importancia primordial. Un problema que sólo puede resolverse política y acertadamente siempre y cuando que la clase obrera, al adoptar una decisión, tenga muy presente su gran objetivo: la conquista del socialismo y la defensa de la democracia.

### **Es necesario partir de un enjuiciamiento concreto de la guerra.**

Lenin, el dirigente del Partido bolchevique, del único partido de la clase obrera que aplicó consecuentemente durante la primera guerra mundial imperialista los acuerdos de los Congresos socialistas internacionales de Stuttgart (1907) y Basilea (1912) y que puso fin a la guerra con la revolución proletaria, examina en muchos de sus trabajos la actitud de la clase obrera ante la guerra. De ellos y de las ricas experiencias del Partido bolchevique en la lucha contra la guerra imperialista (experiencias que aparecen expuestas con la mayor claridad posible y de un modo coherente y comprensible para todos en la «Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.», publicada recientemente) tienen mucho que aprender los obreros de todos los países, para la lucha contra la segunda guerra imperialista. Las enseñanzas que Lenin y Stalin han transmitido al movimiento obrero internacional y con las que han enriquecido las teorías del marxismo, ayudarán a los obreros a salir del laberinto de confusiones «teóricas» y de empantamiento práctico en que les hunden los ideólogos de la Segunda Internacional. Estas enseñanzas están sostenidas por la autoridad de un partido que es el único que ha conducido a su pueblo al triunfo sobre la burguesía de su propio país, que, con su lucha consecuente contra la guerra imperialista, ayudó a incorporarse de nuevo, durante la primera guerra imperialista mundial, a las mejores fuerzas y a los mejores espíritus del movimiento obrero de otros países y que era, ya durante la primera guerra imperialista mundial, la fuerza central dirigente de la lucha internacional contra el imperialismo.

En un artículo titulado «Una caricatura del marxismo y el imperialismo económico», Lenin escribía, en 1916:



«¿Como puede descubrirse y determinarse la «verdadera esencia» de una guerra? La guerra es la *continuación de la política*. Hay que estudiar la política de antes de la guerra, la política que ha conducido a la guerra y que la ha provocado. Si esta política era una política imperialista, es decir, una política de defensa de los intereses del capital financiero, de rapiña y opresión de colonias y de países extranjeros, la guerra que se derive de esta política será también una guerra imperialista. Si la política era una política de liberación nacional, es decir, la expresión de un movimiento de masas contra la opresión nacional, la guerra que se derive de esta política será una guerra de liberación nacional. » (LENIN, *Obras completas*, ed. rusa, t. XIX, pág. 237.)

Y Lenin definía la guerra desencadenada en 1914 como una guerra imperialista, pues

«esta guerra no se mantiene porque una de las partes quiera acabar con la opresión nacional y la otra la defiende. Esta guerra es una guerra entre dos grupos de opresores, entre dos bandoleros, en torno al reparto del botín». (Lugar cit., pág. 238.)

Ya durante la guerra mundial, Lenin se manifestaba con la mayor energía en contra de los socialistas que pretendían sacar del carácter imperialista de aquella guerra la conclusión de que, en la época del imperialismo, sólo puede haber guerras imperialistas. En un artículo titulado «Sobre el folleto de Junius», Lenin apreciaba en su valor el intento de Rosa Luxemburgo de destacar la influencia decisiva del «medio imperialista» en la guerra de aquel entonces, pero él veía más allá y calaba más hondo, al escribir :

«Sería, sencillamente, un error si, exagerando esta verdad y apartándose del imperativo marxista de ser concreto, se hiciese extensivo este modo de enjuiciar la guerra actual a todas las guerras posibles bajo el imperialismo, haciendo caso omiso de los movimientos nacionales *contra* el imperialismo. El único argumento en defensa de la tesis de que «ya no puede haber guerras nacionales», es que el mundo se halla repartido entre un puñado de «grandes potencias imperialistas», por cuya razón toda guerra, aunque empiece siendo nacional, *se convierte* en una guerra imperialista, puesto que afecta a los intereses de una de las potencias o coaliciones imperialistas (pág. 81 del folleto de Junius). La falsedad de este argumento salta la vista... Una guerra nacional puede trocarse en una guerra imperialista, o *viceversa*... Sólo un sofista podría pretender borrar la diferencia entre una guerra imperialista y una guerra nacional con el argumento de que la una *puede* trocarse en la otra...» (LENIN, *Obras completas*, ed. rusa, t. XIX, págs. 216-217.)

El Partido bolchevique, que durante la guerra mundial de 1914 luchó consecuentemente contra la avalancha del socialpatriotismo y del socialchovinismo, que predominaban por aquel entonces en la Internacional Socialista, no enfocaba, por tanto, de un modo abstracto la actitud de la clase obrera ante la guerra. En la «Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la U.R.S.S.» se define la actitud de los bolcheviques ante la guerra en los siguientes términos, perfectamente claros :

«Los bolcheviques no eran contrarios a *toda* guerra. Eran contrarios solamente a la guerra anexionista, a la guerra imperialista. Los bolcheviques entendían que hay dos clase de guerras :

a) guerras *justas*, no anexionistas, de liberación, que tienen como finalidad defender al pueblo contra una agresión exterior y contra cuantos

intenten esclavizarle, liberar al pueblo de la esclavitud del capitalismo, o, finalmente, emancipar a las colonias y a los países dependiente del yugo de los imperialistas, y

b) guerras *injustas*, anexionistas, que tienen como finalidad la anexión y esclavización de países y pueblos extranjeros.

Los bolcheviques apoyaban la primera clase de guerras. En cambio, propugnaban por mantener una lucha resuelta contra las guerras de la segunda clase, llegando hasta la revolución y el derrocamiento del gobierno imperialista del propio país.»

¿Que consecuencias se derivan de esta posición política del Partido de Lenin y Stalin, en cuanto a la actitud de la clase obrera en la segunda guerra imperialista?

### La guerra es la continuación de la política.

La política que continúa la guerra imperialista que se ventila actualmente en torno al nuevo reparto del mundo es, por parte de los Estados agresores :

la política de la bárbara opresión de los propios pueblos, del esclavizamiento y el sojuzgamiento terroristas de las masas trabajadoras, de la explotación ilimitada de la clase obrera, del saqueo de todas las capas laboriosas del pueblo a favor de los círculos más reaccionarios del capital financiero, de la expansión imperialista más extensa.

Esta política y su continuación, los actos de violencia imperialista, la rapiña, las anexiones y las guerras, constituyen en la actualidad el peligro principal para *todos* los pueblos. La invasión fascista amenaza a la cultura humana y a sus instituciones, pone en peligro las conquistas democráticas de los pueblos, amenaza con ahogar la propia vida nacional y las manifestaciones más elementales de la vida nacional de los pueblos sojuzgados. El proceso ulterior de avance del bloque guerrero fascista, la expansión de su dominación de nuevos países —siguiendo el modelo de Austria, Checoslovaquia, España, Albania, etc.— hace retroceder a la clase obrera de los países oprimidos a los tiempos en que su situación era la de los siervos, destruye la base de existencia de millones de campesinos, artesanos y demás elementos pertenecientes a las capas medias de la población, desorganiza la economía, el comercio y la técnica, supeditándolas a la economía de guerra de las potencias fascistas. Si el bloque guerrero fascista prosigue sus avances, la sombría y asfixiante atmósfera de cuartel y de cárcel que hoy se cierne sobre Alemania envenenaría la vida de los nuevos pueblos sometidos.

Frente a estos peligros, los pueblos tienen todos, en el fondo, *un* interés coincidente : impedir que el fascismo alemán y sus aliados precipiten a nuevos pueblos en el abismo de la esclavitud y de la servidumbre. Ante estos peligros y a la luz de las duras enseñanzas que se deducen de la suerte de los pueblos de Austria y Checoslovaquia, todos los pueblos se dan cuenta de que tienen *un* enemigo común : el fascismo alemán y sus aliados. Levantar un sólido dique contra la turbia inundación del fascismo, es misión común de todos

los pueblos amenazados. Poner freno al fascismo alemán y a sus aliados e infligirles una derrota aplastante si prosiguen sus actos de violencia imperialista y siguen desencadenando la guerra sobre Europa: éste y no otro es el objetivo común que deben proponerse todos los verdaderos amigos de una verdadera paz, todos los hombres progresivos.

El interés común por rechazar y derrotar a los agresores fascistas, los deberes comunes de todos los hombres progresivos y de todos los pueblos amenazados frente al enemigo común, fueron proclamados con claridad insuperable en el conocido telegrama de *Stalin* a José Díaz, en el que se dice:

«Liberar a España del yugo de los reaccionarios fascistas no es incumbencia privativa de los españoles, sino la causa común de toda la humanidad avanzada y progresiva.»

En este sentido se inspiraba también el acuerdo de la Presidencia del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista en 1938 acerca de la guerra de China, en el que se dice, refiriéndose a la actitud de la clase obrera internacional ante esta guerra:

«Toda la humanidad progresiva se da cuenta de que el gran pueblo chino no defiende solamente su hogar patrio contra la bárbara esclavización, no defiende solamente su libertad y su independencia, sino también la causa de la libertad y de la paz de todos los pueblos. Si la camarilla militarista fascista japonesa lograra sojuzgar al pueblo chino, con ello se reforzaría y se extendería en proporciones extraordinarias la agresión fascista en Asia, en el Océano Pacífico, al igual que en Europa y en otras partes del mundo; en cambio, la victoria de China representará un gran golpe asestado a los planes de conquista de todos los agresores fascistas. Por eso, la guerra de liberación del pueblo chino constituye una parte integrante de las más importantes de la lucha general del proletariado mundial y de toda la humanidad progresiva contra las violencias del bárbaro fascismo.» (*Internacional Comunista* 1938, ed. alemana, pág. 698.)

Esta actitud de la Internacional Comunista ante las guerras de los pueblos atacados por los invasores fascistas responde al postulado de Lenin de descubrir y determinar la verdadera esencia de toda guerra. En su análisis genial del imperialismo («El imperialismo, etapa culminante del capitalismo»), Lenin señala como, según avanza el imperialismo, va aumentando la opresión de un número cada vez mayor de naciones. Y prevé, al mismo tiempo, su consecuencia: la agudización de la resistencia de los pueblos nacionalmente oprimidos. En «El proletariado revolucionario y el derecho de autodeterminación de las naciones», Lenin exigía, por tanto:

«La clasificación de las naciones en naciones opresoras y naciones oprimidas debe constituir el punto central de los programas socialdemocráticos, ya que esta clasificación forma la esencia del imperialismo...» (LENIN, *Obras completas*, t. XVIII, pág. 417.)

En su artículo «Sobre el folleto de Junius», Lenin demostraba a qué consecuencias tan funestas tenía que conducir necesariamente, en cuanto a la actitud de la clase obrera ante la guerra, el punto de

vista de que bajo el imperialismo «ya no podía haber guerras nacionales» :

«De él se deriva la absurda propaganda en favor del «desarme» puesto que, según eso, ya no puede haber más guerras que las guerras reaccionarias ; de él se deriva la indiferencia todavía más absurda y más directamente reaccionaria ante los movimientos nacionales. Esta indiferencia se convierte en chovinismo, cuando las gentes que pertenecen a las «grandes» naciones europeas... declaran con gesto de suficiencia : «¡ya no puede haber guerras nacionales!». Las guerras nacionales *contra* potencias imperialistas no sólo son posibles y verosímiles, sino que son inevitables, son *progresivas y revolucionarias*; *aunque*, para que estas guerras tengan éxito, es indispensable o que se aúnen los esfuerzos de un número extraordinariamente grande de habitantes de los países oprimidos..., que se dé una constelación *especialmente* favorable de circunstancias internacionales..., o que el proletariado de una de las grandes potencias se levante *al mismo tiempo* contra la burguesía.» (LENIN, *Obras completas*, t. XIX, pág. 220.)

La absurda y criminal propaganda en favor del «desarme», que mantienen en la actualidad, con gran lujo de fuerzas, los agentes trotskistas del fascismo alemán en los países democráticos y los «pacifistas integrales» dentro del movimiento obrero, significa el desarme de la clase obrera y de los pueblos amenazados frente a su enemigo mortal, lanzado a la ofensiva ; significa, hoy, prestar un apoyo directo a las potencias reaccionarias y causar el más grave daño al progreso y a la revolución. La buena disposición, envuelta en un torrente de frases «radicales», de ciertos líderes ingleses y franceses de la socialdemocracia a «ceder» territorios coloniales al fascismo alemán e italiano, no es tampoco más que una burla descarada contra el derecho de autodeterminación de los pueblos coloniales que luchan por su emancipación, pueblos a los que estos «socialistas» tratan como objeto de chalaneos imperialistas y a los que pretenden «ceder» de una opresión imperialista a otra todavía peor.

La paz no puede comprarse «cediendo» a la servidumbre de las potencias fascistas a pueblos sometidos hasta hoy a la zona de influencia de las grandes potencias imperialistas, ni aceptando la anexión de pequeños países «en el fondo, progresivos» como inevitable o como una necesidad para «prevenir lo peor», que fué la actitud adoptada por algunos políticos socialdemócratas al producirse la agresión de Austria y luego ante la desmembración de Checoslovaquia, etc. El régimen de paz de la postguerra, destruido por los promotores fascistas de la guerra, no puede ser sustituido por un régimen cuyas etapas «pacíficas» son otros tantos preparativos de los agresores fascistas para nuevos ataques. Los pueblos sólo pueden responder eficazmente al peligro inmediato que se cierne sobre numerosos pueblos ante la agresión de las potencias fascistas, manteniendo la lucha más resuelta para la defensa y la restauración de la independencia nacional de los pueblos amenazados y oprimidos. Y la clase obrera internacional tiene la misión de respaldar sólidamente este frente y de darle una dirección audaz. Jorge Dimitroff escribía, a raíz del dictado imperialista de Munich, refiriéndose a las premisas para una lucha victoriosa contra los incendiarios fascistas de la guerra :

«Sería difícil encontrar en la historia política de la postguerra un momento como el actual, en que los intereses de la clase obrera, de los campesinos, de la pequeña burguesía, de los intelectuales, en que los intereses de los pequeños pueblos, de los países dependientes y coloniales; en que los intereses de la cultura y de la ciencia, de la paz y de la democracia, hayan coincidido como coinciden y convergen hoy, en una corriente única contra el peor enemigo de la humanidad: contra el fascismo. He aquí una base perfectamente real para crear y consolidar el frente único de la clase obrera y de los pueblos de todos los países contra la barbarie fascista y contra los incendiarios de la guerra imperialista. (J. DIMITROF, «Después del complot de Munich», ed. Europa-América, pág. 32.)

### Diferencia fundamental respecto a la situación de 1914.

Si el fascismo, la dictadura terrorista declarada de los elementos más reaccionarios, más chovinistas, más imperialistas del capital financiero, con su ofensiva encaminada a colocar a la humanidad bajo el despotismo de un triunvirato de grandes «potencias» fascistas, engendra involuntariamente la comunidad de intereses de la clase obrera, de todos los hombres progresivos y de todos los pueblos oprimidos y amenazados, llevándoles a oponerse en común al enemigo común y les impone el interés común de derrotar al agresor; hoy, la existencia de la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas hace que la situación sea fundamentalmente distinta de la que existía antes de la primera guerra mundial imperialista de 1914.

A diferencia de lo que ocurría en 1914, hoy el mundo no se halla bajo la dominación exclusiva de las grandes potencias imperialistas. Una sexta parte del mundo se desarrolla y prospera bajo el régimen floreciente del socialismo y ejerce una fuerza magnética de atracción sobre los oprimidos y explotados de todos los países. Esta sexta parte del mundo, sustraída a la explotación del imperialismo, se convierte cada vez más de lleno, gracias al desarrollo pleno de las fuerzas creadoras de los pueblos y naciones que viven unidos en su territorio, en un factor político decisivo para el mundo, cuya existencias y cuya actuación fomentan el progreso y oponen un obstáculo a la expansión de las potencias imperialistas. La existencia de esta fuerza gigantesca hace que la situación internacional de hoy se distinga fundamentalmente de la situación y de la correlación de fuerzas de 1914. Hoy, existen en todos los Estados imperialistas grandes sectores del pueblo cuyas simpatías y cuyas esperanzas están al lado del socialismo, que ya no es, simplemente un ideal del porvenir, sino que ha cobrado cuerpo de realidad en un poderoso Estado. Para la lucha de los países oprimidos y dependientes, significa un refuerzo enorme el hecho de que junto a ellos y junto a las potencias opresoras exista un Poder que se ha convertido, gracias a sus principios y a su fuerza, en un baluarte de la libertad, de la independencia nacional y del bienestar social de los pueblos.

Esto lo comprenden hoy también muchos socialdemócratas, Así por ejemplo, el socialista ginebrino Nicole ha declarado en *Travail* :

Diferencia de la de 1914

«La unidad del mundo trabajador y el apoyo que los países democráticos de la Europa occidental deben buscar en la Rusia soviética son hoy la única áncora de salvación para las libertades y las organizaciones democráticas de la sociedad humana. Sin esto, seremos testigos de nuevos atentados contra el derecho por parte del fascismo, de la destrucción de los pueblos y de la pérdida de su independencia y de su libertad.»

Los principios de la política exterior de la Unión Soviética Socialista, expuestos por *Stalin* en el XVIII Congreso del P.C. (b) de la U.R.S.S., expresan todo lo que sienten y quieren las masas trabajadoras y los pueblos que luchan por su independencia.

«La política exterior de la Unión Soviética —ha dicho Stalin— es clara y comprensible :

1) Somos partidarios de la paz y del fortalecimiento de las relaciones positivas con todos los países ; y persistimos y seguiremos persistiendo en este punto de vista, en la medida en que estos países mantengan las mismas relaciones con la Unión Soviética, en la medida en que no intenten lesionar los intereses de nuestro país.

2) Somos partidarios de mantener relaciones pacíficas, amistosas y de buena vecindad con todos los países que tienen fronteras comunes con la U.R.S.S. ; y persistimos y seguiremos persistiendo en este punto de vista en la medida en que estos países mantengan las mismas relaciones con la Unión Soviética, en la medida en que no intenten lesionar, ni directa ni indirectamente, los intereses de la integridad e inviolabilidad del Estado Soviético.

3) Somos partidarios de apoyar a los pueblos víctimas de la agresión y que luchan por la independencia de su Patria.

4) No tenemos miedo a las amenazas de los agresores y estamos dispuestos a devolver dos golpes por cada golpe de los promotores de la guerra que intenten atentar contra la inviolabilidad de las fronteras soviéticas.

Tal es la política exterior de la Unión Soviética.»

Todo partido de la clase obrera que quiera defender verdaderamente, y no sólo de palabra, los intereses de esta clase, tiene necesariamente que adoptar una actitud unánime y afirmativa ante estos principios, que son los de una política exterior socialista. Los políticos «socialistas» que en los gobiernos o en los parlamentos de los Estados democrático-burgueses mantienen una política exterior dirigida contra la ejecución de los pactos concertados con la Unión Soviética por los Estados burgueses, no hacen más que trabajar en interés de la burguesía, cuando no —directa o indirectamente— en interés de las potencias fascistas del bloque guerrero Berlín-Roma-Tokio. La Unión Soviética socialista ha mantenido siempre, inquebrantablemente, desde que existe, una política de paz. La Unión Soviética está fuera del círculo de los responsables de este precario régimen de paz de la postguerra, mientras que no pocos políticos socialdemócratas que durante la primera guerra mundial imperialista nadaron en las aguas de su propia burguesía, actuaron también en la postguerra como apologistas del «sistema de paz» imperialista o se convirtieron en instrumento de la preparación de la guerra de desquite del imperialismo alemán. Por encima de todas las discrepancias ideológicas o políticas que pueden existir entre ellos, en las filas de los que se hallan unidos por intereses comunes frente a los del bloque fascista de guerra, puede y debe existir una orientación única y firme hacia la Unión Soviética.

a la Unión de  
 la U.R.S.S.

La Unión Soviética encarna los únicos principios que pueden servir de base para una verdadera paz. El Gobierno Soviético ha señalado incansablemente que será imposible asegurar la paz si se entrega a los apetitos del fascismo a países mal defendidos : ha subrayado siempre que la paz sólo puede asegurarse si se obliga a los agresores fascistas a enfrentarse, en todos los puntos por lo que ataquen, con la superioridad resuelta de los Estados no agresores, si les sale al paso, en todos los puntos por que ataquen, la resistencia unánime de todos los Estados no agresores. Toda la política de la Unión Soviética se encamina a impedir que se siga extendiendo la guerra imperialista. A pesar de lo que ha empeorado la situación internacional después de la traición de Munich, aún sigue siendo posible salvar a la humanidad de la guerra mundial que la amenaza, siempre y cuando que los Estados no agresores, y sobre todo Inglaterra y Francia, pongan en pié un sistema de seguridad colectiva y renuncien definitivamente a estimular con nuevas concesiones los nuevos ataques del fascismo. Sólo la Unión Soviética ha mantenido consecuentemente y sin vacilaciones la única política efectiva de paz ; y su interés más elemental obliga a los pueblos, y sobre todo a la clase obrera internacional, a apoyar enérgicamente esta política de paz de la Unión Soviética, saliendo al paso en todos los países a las intrigas de la burguesía reaccionaria, tan funestas para la paz. Su interés más elemental les ordena no consentir ni la más pequeña concesión a los dictadores fascistas, sino ayudar por todos los medios, en su lucha contra la dictadura fascista, a los pueblos oprimidos por el fascismo, a los españoles, a los checos, a los austriacos y a los antifascistas alemanes e italianos.

Hoy, la misión fundamental, de la que depende la posibilidad de impedir que siga extendiéndose la guerra imperialista ya en curso, es la defensa del derecho de los pueblos a gobernarse por sí mismos, la defensa de los países y los pueblos amenazados por los agresores fascistas ; y del logro y el aseguramiento de la libertad y la independencia de *todos* los pueblos dependerá también, en el futuro, el que la paz sea una paz duradera y auténtica.

**¡Nada de «unión sagrada» con la burguesía reaccionaria!**

¿Que actitud adoptan, ante esta situación, los representantes de la burguesía que tienen en sus manos el Poder, en los países democráticos? La actitud que podía esperarse de ellos después de haberse esforzado, en los últimos tiempos, reiteradamente, en estimular a los agresores fascistas a fuerza de concesiones y en dirigir su expansión contra la Unión Soviética y contra los pequeños Estados indefensos.

Los cálculos de Chamberlain y Daladier en Munich no les han salido tan derechos como ellos pensaban. La «canalización» de la expansión fascista ha fracasado, y ha resultado fallido también el intento de convertir a España, con una puñalada contra la República, en una posición del imperialismo inglés. ¿Puede esperarse de estos

problema insoluble -  
elienta de la clase  
obrero

hombres, que son los principales responsables de que se haya extendido en las proporciones en que se ha extendido la segunda guerra imperialista y de que el bloque guerrero fascista haya logrado las conquistas que ha logrado, que emprendan ahora otro camino, que cambien de actitud, para levantar un dique contra la inundación fascista y, en caso necesario, rechazar por la fuerza a los incendiarios fascistas de la guerra?

La clase obrera y todos los partidarios honrados de la paz, que han podido apreciar tan reiteradas veces, en los últimos tiempos, la actitud reaccionaria de la burguesía inglesa y francesa, no deben tomar como artículo de fé las maniobras de los estadistas ingleses y franceses, que en gran parte no persiguen otro propósito que aplacar el descontento general de las masas ante su complacencia para con los agresores. Lejos de eso, la clase obrera tiene el deber de dar pruebas de la mayor vigilancia y la mayor desconfianza. Tan pronto como juzguen la ocasión propicia, los representantes reaccionarios de la burguesía intentarán, una y otra vez, sacar a otros las castañas del fuego. Intentarán de nuevo llegar a un «acuerdo» con los déspotas fascistas. Y por último, cuando no les quede, por su propia culpa, otro camino que batirse, intentarán impedir que el resultado de esta guerra sea la liberación de los pueblos y de las clases oprimidos.

La clase obrera y todos los hombres progresivos que estén dispuestos a oponerse a la invasión fascista, deberán velar por que estas fuerzas reaccionarias no abran las puertas a la guerra mundial con nuevas concesiones a las potencias fascistas. Estas fuerzas reaccionarias intentan contentar a los dictadores fascistas a costa de los pueblos y de las clases oprimidos, a costa de los pueblos débiles y mal defendidos. El desenlace de esta política será la guerra mundial, que estallará inevitablemente cuando el fascismo haya devorado a todos los débiles y se sienta lo bastante fuerte para pasar al ataque directo contra los grandes, contra Inglaterra y Francia. En este caso, las fuerzas reaccionarias intentarán continuar también su política en esta guerra y perseguir por la fuerza de las armas el objetivo de provocar nuevas complicaciones y nuevos antagonismos, con un nuevo sistema de opresión nacional y de sojuzgamiento de la clase obrera. La clase obrera y las fuerzas aliadas a ella pueden impedirlo. Pueden impedir que la burguesía reaccionaria anime al fascismo a desencadenar la guerra mundial, con nuevas concesiones y nuevos refuerzos a costa de otros. Pueden impedir que los pueblos se vean arrastrados a esta guerra como prisioneros de la reacción. Pero, para ello es necesario, evidentemente, que mantengan y afirmen su independencia, que no permitan que la política de los líderes socialdemócratas, que hasta aquí ha impedido la unión de la clase obrera, los convierta en apéndice de la burguesía, entregándolos con ello a las garras de las camarillas imperialistas reaccionarias.

La clase obrera y los hombres progresivos representan, frente a los promotores fascistas de la guerra, un poder que puede vencer y que vencerá si se sobreponen a las trabas de las ideologías que, llamándose «pacifistas», no hacen hoy más que ayudar al fascismo, si se

*El imperialismo no interdirá en esta guerra reformas en pro del obrero como la liberalización y el aplazamiento del movimiento de las metrópolis*



asimilan las enseñanzas del Partido de Lenin y Stalin y si impiden que en los países democrático-burgueses los capituladores y los reaccionarios puedan regentar los intereses de la reacción fascista. Hoy, ya no se puede hablar de la guerra y de paz «en general». Hoy, una gran parte de la humanidad se ve ya arrastrada a una guerra sangrienta, y los aliados fascistas se disponen a abalanzarse sobre nuevas víctimas. Hoy, se les plantea de un modo concreto e inexcusable a España y China, y mañana se les planteará tal vez a otros países, el problema que Lenin formula en los siguientes términos :

«Las guerras son la continuación de la política ; por eso, allí donde se lucha por la democracia, *cabe* también una guerra por la democracia ; la autodeterminación de las naciones es una reivindicación democrática, que no se distingue en nada, en principio, de las demás. La «dominación mundial» es, para decirlo brevemente, el contenido de la política imperialista, que tiene su continuación en la guerra imperialista. Rechazar, en una guerra democrática, la «defensa de la patria», *es decir* la participación en ella, es un absurdo, que no tiene nada que ver con el marxismo.» (LENIN, *Obras completas*, t. XIX, pág. 240.)

Si esta verdad, acuñada por Lenin sobre la base de las enseñanzas de Marx y Engels, se convierte en patrimonio común de las masas decisivas del proletariado internacional, se podrá impedir que los incendiarios fascistas de la guerra lleven a cabo sus planes de rapiña contra un frente formado por pueblos enteros, y dentro de ellos por la clase obrera y las grandes masas trabajadoras.



# A los quince años del asesinato de Matteotti

por F. Lang

Hace quince años, el 10 de julio de 1924, fué asesinado en Italia por los bandidos fascistas el diputado socialista Giacomo Matteotti. Este asesinato provocó un movimiento de espanto y de terror. El pueblo se agitó contra el fascismo. Las aterrorizadas masas de Italia, el proletariado internacional y las fuerzas progresivas del mundo comprendieron de pronto que, con la subida del fascismo al Poder, se habían trasladado a los edificios oficiales los bajos fondos, el puñal se convertía en instrumento de la política del gobierno y el asesinato en programa de estos gobernantes. Los gritos del pueblo, dispuesto a la acción, como se manifestaba sobre todo en las fábricas, la inseguridad de los círculos gubernamentales fascistas y el desánimo cada vez más extenso de los elementos que marchaban con el régimen, eran signos de la dura crisis por que atravesaba el fascismo italiano. Una movilización audaz de las masas y de la clase obrera, de los trabajadores, el despliegue de enérgicas acciones de masas, una lucha resuelta y mantenida en el plano de la unidad, habrían podido barrer al fascismo.

Pero la oposición acometió la tarea de un modo vacilante. La dirección del movimiento popular era débil, indecisa e inconsecuente. Fué retrocediendo paso a paso y preparando la capitulación. Esto permitió al fascismo reunir fuerzas y reagruparse, poner en pie su totalidad y preparar la nueva etapa del imperialismo italiano que se caracteriza por la conquista de Abisinia, por la intervención de grandes masas de tropas en España, por el enfeudamiento servil a la Alemania de Hitler, por la agresión contra Albania y por la preparación fébril de la guerra contra Francia.

Traer al recuerdo hoy el asesinato de Matteotti no es sólo un acto piadoso, sino que es sobre todo una advertencia para que saquemos de aquellos hechos las enseñanzas necesarias, y sobre todo la enseñanza de que es necesario acabar con todas las tendencias capituladoras, forjar y afianzar la unidad de las masas antifascistas y no fascistas y dar al traste con todas las ilusiones sobre un fascismo «pacífico».

**Desde los comienzos del fascismo hasta el asesinato de Matteotti.**

Al estallar la guerra mundial imperialista, en 1914, la burguesía italiana se dividió en dos campos: el de los partidarios de la neutra-

lidad y el de los partidarios de la intervención, es decir, de la participación de Italia en la guerra imperialista contra las potencias centrales.

Uno de los altavoces más ruidosos de los intervencionistas era Mussolini, redactor-jefe del *Avanti*, órgano central del Partido socialista.

Cuando se vió obligado a salir de la redacción del *Avanti*, Mussolini empezó a publicar, el 15 de noviembre de 1914, su diario *Popolo d'Italia*, creado con dinero francés (la noticia que ha circulado con insistencia, según la cual Mussolini recibió, al estallar la guerra, 15 millones de francos oro del gobierno francés de aquel entonces, no ha sido nunca desmentida). El nuevo diario se consagraba por entero a predicar la guerra. Para apoyar la propaganda intervencionista, se crearon, ya a fines de 1914, las «Ligas de acción intervencionista» («Fasci d'Azione Interventista»), dirigidas por Mussolini y Bissolati y que a poco de fundarse, a fines de febrero de 1915, contaban ya con 105 grupos, con un total de 9.000 afiliados. Se sembró por todo el país la agitación y la inquietud más violenta, la presión de los círculos imperialistas se acentuaba y los partidarios de la neutralidad perdían cada vez más terreno. Por fin, a fines de abril de 1915 el gobierno italiano concertó con la Entente el tratado secreto de Londres, que fué conocido después y por el que se prometía a Italia los territorios «irredentos» de Austria-Hungría, la dominación efectiva del Adriático y el puerto albanés de Valona, y —caso de que Francia e Inglaterra enriqueciesen su potencia colonial a costa de Alemania— territorios coloniales en Africa. En mayo de 1915, Italia declaró la guerra a los que hasta entonces habían sido sus aliados.

La guerra imperialista era extraordinariamente impopular entre las masas italianas. Al terminarse la guerra fué cuando Italia empezó a atravesar por las mayores dificultades. Los soldados desmovilizados que se reintegraban en masa a su hogares no encontraban trabajo, el pueblo tenía que hacer cola horas y horas para obtener un poco de pan, los precios subían y el dinero perdía su valor. Las masas obreras se agitaban, los campesinos privados de tierras ocupaban las fincas de los grandes terratenientes. La Gran Revolución socialista de Octubre iluminaba el camino de las masas. Las huelgas, manifestaciones, ocupaciones de fábricas y expropiaciones de tierras sacudían la dominación de la gran burguesía.

¿La victoria sobre las potencias centrales consiguió saciar al imperialismo italiano? Indudablemente, el desmoronamiento de la monarquía austro-húngara sirvió para incrementar considerablemente el poder y el territorio de Italia. Pero los *problemas fundamentales* del imperialismo italiano seguían sin resolver. Italia seguía siendo un país sin materias primas, la costa dalmática del Adriático fué adjudicada a Yugoslavia, y Grecia obtuvo una serie de islas de gran importancia estratégica en el Mar Mediterráneo. Las pretensiones coloniales derivadas del tratado de Londres no fueron satisfechas. Wilson, por aquel entonces Presidente de los Estados Unidos, declaró que Norteamérica

no había suscrito aquel tratado y no se consideraba obligada por él. Este desenlace de la guerra, poco satisfactorio para la clase dominante de Italia, aumentó el descontento y acentuó la fermentación. Los neutra- listas, entre los que se contaban también los católicos, volvieron a levantar cabeza.

La burguesía se encontraba ante una situación doblemente difícil : por una parte, temblaba por sus riquezas, por sus privilegios, por su poder, y carecía de una base suficientemente grande de masas en el pueblo ; por otra parte, veía que se le arrebataban los frutos de la victoria y consideraba necesario rearmarse de nuevo, reunir nuevas fuerzas y preparar una nueva guerra, para «corregir la fortuna».

En esta situación, fundó Mussolini, el 23 de marzo de 1919, hace 20 años, sus «Fascios de Combate» («Fasci di Combattimento»).

Los financiadores de este movimiento le asignaron la misión de romper el espinazo al movimiento obrera socialista de Italia, entregar la clase obrera a los explotadores, esclavizar a los campesinos, privar de derechos a todo el pueblo trabajador, poner las riquezas del país en manos de los magnates financieros y de los señores de los trusts para que pudieran saquearlas sin tasa y colocar todos los recursos de Italia al servicio de los armamentos de guerra. En los fascios se enrolaron los oficiales y suboficiales decepcionados, los elementos desmoli- vilizados ávidos de aventuras, los hijos de labradores ricos, los chulos y espadachines, los haraganes y ociosos, los golfos y mendigos profesio- nales, los enemigos jurados del trabajo y las gentes sin clase, los detritus de las grandes ciudades, la escoria de todas las clases. La gran bur- guesía, mortalmente aterrada ante la fuerza del proletariado, insaciable y que se creía «estafada» en su codicia imperialista, encontró en esta tropa el apoyo digno de ella. Los grandes trusts y los nobles y latifun- distas semif feudales cebaban al fascismo con su dinero. Las tropas fascistas de choque, las *squadri*, asolaban el país. Asaltaban los paci- ficos barrios obreros y las aldeas de los campesinos, apaleaban a sus habitantes, los arrastraban, los maltrataban, y asesinaban a muchos de ellos, destruyendo sus hogares y pegando fuego a su ajuar. Obligaban a los antifascistas a beber el aceite de ricino y se mofaban de sus dolores. Los concejales socialistas eran obligados por la fuerza a dimi- tir. Las redacciones de los periódicos socialistas, los locales de las asociaciones católicas y las viviendas obreras eran demolidas. Un histo- riador *oficial* del fascismo aduce, solamente respecto al primer semestre de 1921, las siguientes cifras :

Los fascistas destruyeron durante este periodo 17 diarios e imprentas, 59 Casas del Pueblo, 119 Bolsas del Trabajo, 83 Sociedades de cam- pesinos y jornaleros agrícolas, 151 Circulos socialistas y comunistas, 151 Ateneos culturales.

A los fascistas les facilitaba las armas el Ejército, quién ponía también instructores a su disposición. La llamada justicia se prostituía y hacia la vista gorda a los crímenes de los fascistas ; la policía y la gendarmeria adoptaban una actitud de «no intervención», cuando no intervenían abiertamente, como ocurría con mucha frecuencia, en favor

de los asesinos e incendiarios fascistas. La clase obrera se dispuso heroicamente a resistir. Pero estaba dividida, no contaba con un Partido bolchevique de masas templado en la lucha que la dirigiera y, lo que era aún peor, albergaba en sus propias filas a agentes de la burguesía, predicadores de la armonía de clases, derrotistas y capituladores. Los *popolari*, el partido católico, mantenían una política escisionista que, en última instancia, sólo podía servir al fascismo. Los diversos gobiernos que se sucedieron en el Poder no emprendieron ninguna acción segura y consciente, fuese la que fuese, contra la anarquía fascista entronizada, y algunos de los elementos que formaban parte de ellos apoyaban a los fascistas. La Corte y el Vaticano se comportaban ante el fascismo de un modo «leal», cuando no lo estimulaban directamente.

Por el hierro y por el fuego, con el puñal y el aceite de ricino, a fuerza de asesinatos y homicidios, por medio del engaño y la demagogia, el fascismo logró poner en jaque a sus adversarios. Mussolini pudo ordenar la llamada marcha sobre Roma. La organización patronal, los grandes terratenientes, los magnates y los trusts financiaron esta —pérdonese la expresión— «revolución» fascista. Hasta los masones aportaron dos millones y medios de liras, en pago de los cuales Mussolini les demostró más tarde su gratitud destruyendo sus logias, deportando a las islas a sus orientes y tratándolos en lo sucesivo como una canalla. Mussolini recibió de manos del rey la Presidencia del Consejo de Ministros. La gran burguesía podrida tenía el gobierno que merecía. Los bajos fondos se trasladaron al palacio del gobierno.

Para el gran capital, la actuación de este gobierno dirigido por los fascistas era una bella promesa. Una verdadera lluvia de oro en forma de empréstitos, encargos de suministros, «participaciones», subvenciones y concepciones, caía en el regazo de los grandes industriales. Se rebajaron considerablemente los impuestos sobre las grandes fortunas, y las grandes empresas que habían hecho bancarrota y los bancos dados en quiebra fueron saneados con dinero del Estado. Los parásitos fascistas se enriquecían, se atiborraban los bolsillos de comisiones y sobornos.

Los adversarios del fascismo hallábanse sujetos a una presión severísima, sus reuniones eran prohibidas y disueltas, sus periódicos escarnecidos y humillados. Las bandas fascistas proseguían sus actos de violencia, arrastraban a los antifascistas, mataban y demolían lo poco que quedaba de las redacciones e imprentas socialistas. A pesar de ésto, el fascismo no había conseguido aún la deseada totalidad.

La oposición era interiormente débil. En los partidos burgueses y reformistas, había elementos que se colocaban, abierta o tácitamente, en el «terreno de la realidad», limitándose a exigir la «normalización» del régimen. Tampoco en el seno del Partido Comunista existía unidad de ideas acerca del fascismo, y la única que veía claro el camino por el que había de marchar era el ala consecuentemente marxista-leninista agrupada en torno al camarada Gramsci (a quien los fascistas habían de torturar más tarde, en las cárceles, hasta ponerle al borde de la muerte). El movimiento proletario sangraba por todas las heridas. Las duras pérdidas sufridas por la clase obrera, la profunda escisión, la falta de

claridad que reinaba en sus filas, la política funesta del socialdemocratismo, hicieron que se fuese paralizando la actividad de la clase obrera. En el seno de las masas populares se advertía un proceso de fermentación y de ira, pero el descontento no se traducía en grandes acciones.

También en el seno del propio partido fascista había profundas diferencias y grandes rozamientos. Los partidarios pequeñoburgueses no ocultaban su decepción ante la política netamente plutocrática, puesta al servicio del gran capitalismo, del régimen fascista. De otra parte, los elementos más desenvueltos —que son hoy los «campeones» más activos del rumbo hitleriano en Italia—, aspiraban a seguir un ritmo más rápido para implantar la dominación exclusiva del fascismo.

Para acorralar también a la oposición en el terreno parlamentario, el régimen impuso una ley electoral, por virtud de la cual la lista que obtuviese el 25 por ciento de los votos tendría derecho a las dos terceras partes de las actas de diputado. Esta ley sirvió de base a las elecciones a diputados celebradas el 6 de abril de 1924. Estas elecciones se celebraron en un ambiente de violencia brutal. Los candidatos de la oposición eran sacados de la cama por la noche y secuestrados y, a fuerza de apaleamientos y amenazas, se les obligó a muchos de ellos a retirar su candidatura. Los mítines electorales de la oposición eran disueltos por la fuerza, la propaganda de la oposición era ahogada por todos los medios del terror y las masas electorales atemorizadas. Las suplantaciones electorales fueron uno de los métodos más suaves empleados para conseguir el resultado apetecido. De los 7 millones y medio de votos emitidos correspondieron a la lista del gobierno unos 4 millones y pico y el resto a la oposición, quedando un millón y pico para los tres partidos socialistas (reformistas, maximalistas y comunistas).

Matteotti fué reelegido diputado. En un gran discurso, interrumpido constantemente por los bramidos de los diputados fascistas, denunció en la sesión del parlamento del 30 de mayo los métodos electorales de los detentadores del Poder. Con este discurso, firmó su sentencia de muerte, como parece que dijo él mismo a otro diputado de la oposición.

### **Secuestro y asesinato de Matteotti.**

En la tarde del 10 de junio de 1914, cuando salía de su casa para trasladarse al parlamento, se vió asaltado en la calle, súbitamente, por cuatro o cinco individuos que, a pesar de haber hecho resistencia, le arrastraron a un automóvil preparado al efecto. En las afueras de la ciudad, fué asesinado. Su desaparición sin dejar rastro produjo la más grande indignación en toda la opinión pública. Este secuestro era la expresión más patente de la situación creada por el fascismo dentro del país. No era posible paliar el crimen. La opinión pública exigía claridad y justicia.

Gracias a que un espectador imparcial había podido anotar desde su casa el número del auto, logró comprobarse que el coche había sido

suministrado por un garage que solía prestar servicio al Ministerio del Interior. Se averiguó que el auto había sido alquilado por Amerigo Dumini, quién exhibió una orden del director a Cesare Rossi, jefe de la sección de prensa de la presidencia del Consejo de Ministros, a Finzi, subsecretario del Ministerio del Interior y al Director general de Seguridad, general de Bono (el mismo que había de ser destinado por el régimen, en la campaña de Abisinia, para llevar a este país la «civilización» fascista). La pista condujo a Marinelli, secretario del Partido fascista, condujo al secretario particular de Mussolini, condujo hasta la dirección suprema del gobierno.

Todos estos individuos eran fascistas de «la primera hora», lo que equivale a decir que eran criminales «de todas las horas». Dumini se jactó públicamente de haber cometido, en «interés nacional» y obedeciendo órdenes «superiores», once o doce asesinatos. Este asesino «nacional» de profesión entraba y salía libremente en el Ministerio del Interior y figuraba entre los íntimos de las alturas gobernantes.

El jefe supremo de esta cuadrilla de bandoleros empezó frotándose las manos de gusto. Al día siguiente del asesinato de Matteotti, dijo a Cesare Rossi :

«Matteotti ha buscado siempre la oposición; ahora, es la oposición la que le busca a él en una alcantarilla».

Y en la noche del 11 de junio declaró, con un cinismo que no se detenía ni ante el respeto a un cadáver :

«Los pusistas (socialistas) están preocupados porque no encuentran a Matteotti... Seguramente que está metido en un... (y aquí, empleó una expresión que no queremos reproducir)».

Pero pronto se había de borrar la risa de su cara. Todo el país preguntaba : «¿Dónde está Matteotti?» El jefe del Gobierno hubo de afrontar una interpelación en la Cámara. Un diputado de la oposición le lanzó al rostro la acusación de complicidad en el asesinato. Grandes masas desfilaban diariamente por el sitio en que Matteotti había sido raptado en el auto de los asesinos, y lo cubrían de flores. En las fábricas, se declaraban repetidas huelgas.

El régimen tuvo que resignarse a mandar detener a Dumini, Rossi y otros. Finzi, el general de Bono y otros «dignatarios» del régimen comprometidos en el asesinato viéronse obligados a dimitir sus cargos. Las masas poníanse en movimiento, la base del fascismo se reducía. A los llamamientos de la Milicia nacional, solo se presentó en Roma el cuarenta y ocho por ciento de los enrolados, en Milán el dieciocho por ciento solamente y en Turin menos todavía. Se daban todas las condiciones necesarias para la formación de un amplio frente de la libertad contra el fascismo.

Dumini, al ser detenido, declaró que no sabía nada y que, aunque lo supiera, no lo diría. El general de Bono le aconsejaba : ¡Niega, niega, niega! Pero, al mismo tiempo, Dumini hacía saber a sus superiores que «no estaba dispuesto a soportar una larga prisión» y que si no se le ponía pronto en libertad, cantaría. En efecto, las revelaciones no se

hicieron esperar. Dumini, Rossi y Filipelli hicieron declaraciones sensacionales y redactaron largos escritos señalando a los verdaderos responsables.

Los partidos de la oposición se retiraron de la Cámara. Los comunistas, que se retiraron también del parlamento, propusieron llamar a los obreros a la huelga general y a los campesinos al abandono del trabajo, y constituir un contraparlamento. Pero, los partidos de la oposición se hallaban bajo dos maldiciones: la indecisión y el quedarse a medio camino. Sus reivindicaciones principales se reducían a que se disolviese la Milicia nacional y se pusiese fin a los «actos ilegales» del régimen. No daban al pueblo ninguna perspectiva clara, no apelaban al país para poner fin al régimen asesino, no orientaban a las masas hacia el derrocamiento, sino, en el fondo, solamente hacia la «reforma», hacia la «normalización» del sistema fascista. Los reformistas se revolaban hasta contra las huelgas espontáneas de los obreros, exigiendo a éstos que acatasen la «disciplina». La oposición no difundió (legal ni clandestinamente), inmediatamente de ser conocida, la declaración escrita de los asesinos de Matteotti detenidos, en la que se ponían claramente al desnudo los métodos bandidescos de los detentadores fascistas del Poder, sino que se contentó con enviar memoriales al rey, volcándose en declamaciones y fanfarroneando acerca de la «legalidad» y de la justicia. El Partido Comunista por sí solo era demasiado débil para convertir en una actividad consciente de masas el viraje operado en cuanto al estado de ánimo de éstas. El Partido Comunista que, bajo la dirección de Gramsci y de sus más cercanos colaboradores, adoptaba en lo esencial una posición acertada, no había superado aún resueltamente y en todos los eslabones del Partido los vestigios sectarios del bordiguismo —corriente que luego había de convertirse en una agencia trotskista-fascista—, por cuya razón no estaba todavía en condiciones de ponerse a la cabeza del proletariado, a la cabeza del movimiento popular, marcando su meta y su dirección. El desarrollo de la crisis producida por el asesinato de Matteotti corrobora una vez más que el proletariado sólo puede dar la batalla con éxito al enemigo de clase estando unido y teniendo a su frente un partido de nuevo tipo, un partido *bolchevique*, un partido consecuentemente *marxista-leninista*.

La oposición perdió un tiempo precioso, que el fascismo supo aprovechar para reagrupar y consolidar sus filas. Después de algunas concesiones aparentes a la «democracia», se acentuó y se recrudeció el régimen de terror contra la oposición; la «libertad» de prensa ya bastante restringida, fué estrangulada todavía más; lo que quedaba de «libertad» de movimientos fué sujeto todavía a nuevas limitaciones; los registros domiciliarios y las detenciones se sucedían sin cesar. Mientras la oposición charlaba, el régimen *obraba*. A los mazazos de éste, la oposición respondía con plañidos «morales». Los elementos vacilantes, que habían comenzado a volver la espalda al régimen bajo la impresión de que hacia aguas, volvían a colocarse bajo su égida y a obedecerle sumisamente.

Los detentadores fascistas del Poder empezaron a descargar golpes



decisivos contra la oposición. Por no querer ser martillo, ésta tuvo que ser yunque. Y como no daba ningún paso serio para acabar con la peste fascista, el régimen podía decidirse a aplastarla.

En noviembre de 1926, los antifascistas fueron colocados de hecho fuera de la ley. Los partidos y organizaciones de la oposición fueron prohibidos, la prensa opositora destrozada y suspendida y los jefes de la oposición que no marcharon hacia el destierro fueron perseguidos, encarcelados y torturados brutalmente. Se creó un tribunal especial para juzgar los «delitos» políticos, que pronunciaba y sigue pronunciando sangrientas sentencias. El fascismo penetró en todos los poros de la sociedad, se acopló perfectamente al aparato del Estado y logró su totalidad.

La crisis producida por el asesinato de Matteotti puso al desnudo la precaridad interna del fascismo. Las grandes masas se dieron cuenta de la contradicción entre sus promesas de implantar el «orden», asegurar al país la «tranquilidad» y satisfacer las necesidades de las masas, y sus actos, sus crímenes diarios, sus asesinatos y su acción devastadora. El pueblo italiano penetró con su mirada en los manejos podridos del fascismo y vió que éste se hundía hasta el cuello en una charca. Los antagonismos entre las capas populares y el régimen se agudizaron, su base de masas se redujo y amenazó con derrumbarse completamente. Sólo la táctica vacilante, la pasividad de la oposición, le dió un respiro, del que se aprovechó para redoblar el terror, desarrollar el aparato del Estado y atemorizar a los elementos vacilantes. La llamada «totalidad» era, de hecho, un signo de la debilidad del régimen, que ya no podía seguir gobernando con los métodos «normales» de violencia, sino que tenía que agudizar estos métodos hasta el extremo.

### La nueva etapa del fascismo italiano.

Con la consecución de la totalidad fascista, que en Italia siguió, por razones históricas, políticas y económicas, un proceso más lento que en la Alemania de Hitler, comenzó una nueva etapa del régimen. La gran burguesía había conseguido su primera aspiración: esclavizar las masas, eliminar la oposición y la fiscalización legales, descartar todas las trabas puestas a la explotación. Ahora, la clase dominante estaba ya en condiciones de acometer la preparación de la nueva etapa guerrera del imperialismo italiano, a la que asistimos hoy.

El imperialismo italiano está plagado de contradicciones internas. El país es pobre en materias primas, no dispone de suficientes capitales para explotar su imperio colonial, emprender la exportación de capitales, cebar una aristocracia obrera y realizar por la vía «normal» esa formidable obra de armamento que es necesaria para mantener una «gran» guerra. El imperialismo italiano es un imperialismo hueco y anémico; la gran burguesía italiana es como esos glotones que apenas pueden respirar, un monstruo asmático. Al fascismo italiano, que surgió, como hemos visto, del intervencionismo, le ha correspondido la

«misión» de convertir en capital de explotación las tensiones internas del hambriento imperialismo italiano, de transformarlas en «dinamismo», de hacerlas «fructíferas».

Las sumas gigantescas invertidas en armamentos, en sostener grandes contingentes de tropas, en organizar una flota aérea, en sostener la policía, la gendarmería y la Ovla (policía secreta), en las tropas de las camisas negras y en las tropas coloniales, le son estrujadas literalmente al pueblo. En interés de los grandes trusts, en los que tiene una participación decisiva la familia Mussolini-Ciano, toda la economía y el crédito son «dirigidos» como lo exige la preparación de la guerra.

El régimen predica abiertamente la guerra, la guerra como «elemento de vida», como «fin en sí», como «madre» de la cultura. Mussolini declara que la paz sería una «catástrofe» para los pueblos. «A la guerra debemos lo que somos...». «El fascismo es, desde sus comienzos, una revolución guerrera». «El sentimiento humano, antirromántico, positivo, de la guerra, es un sentimiento propio de los pueblos proletarios y campesinos»; estos cantos y otros semejantes entonados a la guerra de rapiña se encuentran, en variantes incontables, en toda la prensa fascista y en los libros fascistas. Los mismos niños son educados ya en el espíritu de la guerra. Las ideas de la lucha de clases familiares a las masas obreras son falseadas por el régimen al servicio de su propaganda de la guerra. Toda la vida social se halla colocada bajo el signo de la matanza de masas.

Abisinia ha sido un desengaño, el imperio no ha hecho más que acrecentar las cargas de las masas del pueblo. Por eso el régimen se prepara, al lado de la Alemania de Hitler, para una nueva guerra contra los Estados «ricos». Confía con poder robar en esta guerra territorios que se hallan ya en explotación y cuyos tesoros son ya valores positivos. El régimen ha encadenado su suerte a la Alemania de Hitler. Imita en todo y por todo a su «hermano menor», el fascismo hitleriano. Saquea a los judíos, escarnece a los católicos, echa baba contra la democracia, atenta contra la sustancia del pueblo, envenena el alma de las masas, pone en peligro la independencia de Italia.

Toda ilusión de arrancar a la Italia fascista del Eje sería fatal. El fascismo es la guerra, es la rapiña, el saqueo, la opresión de pueblos extranjeros. No es posible «rescatarse» de él por medio de concesiones. No es posible apaciguarle ni saciarle; lo que hay que hacer es aplastarle.

\*  
\*\*

Han pasado quince años desde el asesinato de Matteotti. El mundo se halla abocado a una nueva y espantosa carnicería de masas, que las potencias del Eje desatarán sobre la humanidad, si los pueblos no se unen en un poderoso e imponente frente único de lucha contra el fascismo. La oposición fracasó en 1924 por no luchar valiente, resuelta y enérgicamente, confiando en las energías inagotables de la clase obrera y de las masas populares. Los pueblos caerán en la esclavitud si escuchan los cantos de sirena de los héroes de la capitulación y se

muestran débiles ante los bandoleros fascistas. Los pueblos *triunfarán* sobre los esclavistas si creen en sus fuerzas, si *luchan*.

El fascismo italiano no ha resuelto ninguno de los problemas que tienen planteados las masas populares. Su política de guerra impone a las masas obreras cargas indescriptibles, sus salarios han sido diezmados, el ritmo de trabajo en las fábricas se ha redoblado hasta el máximo, su libertad de movimientos ha desaparecido. El hambre de tierras de los campesinos no ha sido saciada, las tierras mejores y más fértiles siguen perteneciendo a los grandes terratenientes de la nobleza. Los campesinos sucumben bajo una monaña de impuestos, bajo deudas agobiadoras, bajo la presión de los precios y de las medidas coactivas. Mientras las ganancias de los grandes consorcios aumentan fantásticamente, el artesanado perece y las empresas pequeñas y modestas se arruinan.

Entre las masas crece el descontento, el deseo de que la situación cambie, la indignación al ver cómo se entrega el país al hitlerismo. Hasta hoy, el régimen no ha conseguido todavía ganarse a la clase obrera, sobre todo a los obreros calificados, que mantienen una actitud hostil contra él. Los campesinos murmuran, la clase media apunta con el dedo a los «jerarcas» de las camisas negras, que viven como príncipes y chupan la sangre de los trabajadores. El «descontento», la oposición latente, gana terreno hasta en el partido fascista, e incluso en el ejército hay elementos que llaman la atención acerca de la sumisión demasiado servil al «Eje». El fascismo italiano es una gran charca. El régimen está corroido por la putrefacción. La ostentación de su «fuerza» sólo puede engañar a quienes quieren dejarse engañar. Bajo la superficie se fortalece la voluntad del proletariado y de las masas populares de ajustar las cuentas al régimen. Las masas ven cada vez más claro que el régimen fascista no escapará a la suerte que se merece. Los pueblos combativos tendrán a su lado al pueblo italiano. Y lo que no hizo la oposición en 1924 lo hará el pueblo italiano unido, poniéndose en pié, seguro de sus fuerzas y con su clase obrera a la cabeza, para derribar al fascismo.

# El fascismo en España y los pueblos latinoamericanos

por Lacerda

El fascismo alemán intenta sistemáticamente penetrar en los países latinoamericanos y socavar su independencia. La conquista de España por los fascistas no es solamente un golpe contra Francia, sino también un golpe contra los pueblos de la América latina.

Ya en octubre de 1938, decía el camarada Earl Browder:

«Mediante la conquista de España, el fascismo pretende crearse una base importante de expansión hacia la América del Sur, pretende aislar la América del Sur de los Estados Unidos y, apoyándose en la ayuda o en la neutralidad de la flota inglesa, emprender desde España una acción contra la América latina, a la que considera madura para su conquista.» (1)

Inmediatamente después de la ocupación de Cataluña, la prensa de Hitler empezó a explicar a los pueblos latinoamericanos, en artículos «melifluos», las «grandes ventajas» que el triunfo de Franco supondría para la América latina.

El generalísimo de la traición expuso bastante claramente estas «ventajas» en una entrevista publicada en noviembre de 1936 en el periódico burgués argentino *La Prensa*. Franco prometía, en esta entrevista, «restaurar» el Imperio español, la «olvidada universalidad de España», el «orgullo de la raza» y el «poder de las castas». Reconocía que los pueblos latinoamericanos, «que se han desarrollado en la atmósfera del enciclopedismo y del liberalismo», opondrían resistencia a este retorno a la Edad Media, pero el dócil lacayo del Eje fascista añadía que vencería «todos los obstáculos por la fuerza del idioma y por el poder de la raza».

Los «falangistas españoles» —bandas fascistas organizadas en los países latinoamericanos por la gente rica vinculada a Franco— se afanan celosamente en ayudar a los agentes de Hitler y Mussolini en la América latina a realizar este «programa». En 1937, publicaron en la Argentina su plan de acción, en el que se proponían como objetivo conseguir la «sincronización de la cultura, de la economía y de la organización estatal» de los países latinoamericanos con la España fascista, que «está llamada a ser el eje espiritual de todo el mundo hispano». Y aún expusieron sus intenciones de un modo más descarado en Cuba, donde el 5 de febrero proclamaron, en el Teatro Nacional de la Habana: «El imperio español ha trazado su camino y recon-

(1) *La Correspondance Internationale*, n.º 9-10.

quitará sus colonias. El gobierno de Franco ayudará a sus minorías nacionales.»

Esto no deja nada que desear en punto a claridad. Franco pretende restaurar el imperio colonial y la dominación de castas de Carlos V y Felipe II, aquella dominación que los pueblos de la América latina sacudieron en los años heroicos de 1800, bajo el influjo de la revolución francesa. Además, los Franco de hoy no se proponen implantar siquiera un imperio español, pues la dominación que Franco querría imponer a los pueblos latinoamericanos «por la fuerza y el poder de la raza» tendría tan poco de español como la brutal dominación extranjera que ha instaurado en España el fascismo italiano y alemán.

El 13 de febrero, un llamado barón Werner von Rheinhausen, en una conferencia pronunciada en el Instituto Ibero-Americano de Berlín, precisó las órdenes cursadas por Hitler a Franco, declarando que la Alemania hitleriana esperaba que la España de Franco le ayudaría a luchar en la América latina «contra la campaña antinazi de los Estados Unidos». En boca de un fascista alemán, esto quiere decir que le ayudará a impedir que las fuerzas democráticas de los Estados Unidos respalden a los pueblos de la América del Sur, amenazados por las exigencias fascistas.

No tiene nada de extraño el que estas exigencias se fuesen haciendo cada vez más descaradas a medida que los invasores fascistas ganaban terreno en España. En efecto, los planes de conquista del Eje fascista en Sudamérica empezaron a expresarse abiertamente a mediados de 1938. Los agentes del triángulo guerrero fascista Berlín-Roma-Tokio en Sudamérica redoblan de día en día su trabajo de zapa. No debe olvidarse que en los tres Estados del Sur del Brasil hay 800.000, en el Norte de la Argentina y en Patagonia de 200.000 a 300.000 y en el Sur de Chile unos 15.000 hombres que descienden, ellos mismos o sus padres y abuelos, de Alemania; en la Argentina, el Brasil y el Uruguay más de 3 millones de hombres cuya lengua materna es el italiano, y en el Brasil, Paraguay, Bolivia y Perú 400.000 japoneses, y que todos estos hombres viven agrupados en «colonias» y trabajados y estrechamente controlados por espías y emisarios especiales, «técnicos», «profesores» y «turistas» de los países fascistas correspondientes. En las zonas en las que existe un número relativamente grande de hombres de habla alemana se desarrolla desde hace poco tiempo una activa propaganda por medio de periódicos, libros, manifiestos y mapas en los que se destacan especialmente estas zonas, como «regiones para las que Hitler reclamará el derecho de las minorías», como en los Sudetes. Y se difunden tarjetas postales como aquella que los diputados socialistas argentinos Taborda y Dickmann exhibieron en junio y julio de 1938 en el parlamento de su país, con estas inscripciones: «Alemania debe adueñarse de la mitad de la América del Sur», «A las naciones decadentes como el Brasil y la Argentina, al igual que los demás países de la América del Sur se las hará entrar en razón por la fuerza o por otros medios.»

Las mismas frases aparecen en un libro titulado *La Alemania*

*grande*, de un tal Otto Richard Tanneberg, acerca del cual se publicó un artículo dando el toque de atención en el periódico demócrata de izquierda *El Día*, del Uruguay. En este libro, nos encontramos con un mapa de la América del Sur dividida en tres regiones, en el que la situada más al Sur, formada por la Argentina, Uruguay, Paraguay, Chile, los tres Estados del Sur del Brasil y el Sur de Bolivia y del Perú se presenta como futuro «protectorado alemán».

En los centros nazis de la Argentina se ha descubierto todo un plan de conquista de la América del Sur, plan que debe prepararse paso a paso mediante grandes y furiosas campañas antidemocráticas, actos de terrorismo, movimientos «separatistas», sabotaje de la producción, matanzas de judíos, etc. Y la ejecución de este plan se ha iniciado ya.

La prensa de la Argentina y del Uruguay anunció en enero la llegada de numerosos «turistas» y «hombres de negocios» de Alemania. Entre estos, figuraban: el duque de Mecklenburg, miembro del gran Consejo de Economía del Tercer Reich, con toda una caravana, de la que formaban parte el organizador del asesinato de Roehm (esta gente visitó las «colonias alemanas» del Norte de la Argentina, trasladándose después a Patagonia); Walter Prang, del Ministerio de Transportes de Alemania; Franz von Papen, hijo del conocido excanciller y que es también un conocidísimo «especialista político» de los nazis; Wilhelm Forst, dirigente de la Deutsche Bank, que facilita los medios financieros para la organización de bandas nazis en la América latina; y finalmente Eduard August Petersohn, agente declarado de la Gestapo. Pocos días antes de la llegada de todos estos «turistas» prominentes, la prensa de toda la América latina publicaba la noticia de que se había descubierto un complot «separatista» en Patagonia, esta importante región, rica en petróleo, situada entre el Océano Atlántico y el Océano Pacífico, y señalaba que en este asunto se veía la mano de los países del Eje. El «Comité para la autonomía y el desarrollo de las regiones de Patagonia» descubrió en los meses de enero y febrero que «una nación extranjera» se aprovechaba de la indiferencia del gobierno argentino hacia estas regiones y su población para desplegar una propaganda activa en pro de la separación de Patagonia. Según los planes alemanes, Patagonia habrá de formar, con la región vecina de Chile (donde hay células nazis), los «Estados Unidos totalitarios de Sudamérica». El presidente y el secretario del comité, Dr. Alberto Grassi y Manuel Raúl López, han expuesto más detalles acerca de esto en varias entrevistas publicadas en la prensa de izquierdas. Los motores del asunto son «turistas» alemanes procedentes del Norte de Argentina y de Chile; uno de ellos, un tal Karl Fürst, llegó a visitar al Dr. Grassi, prometiéndole «el apoyo de Alemania, Italia y el Japón» para un movimiento separatista.

Al mismo tiempo, el experto norteamericano Charles Thomson informaba en la Asociación para el estudio de la política exterior, de Nueva York, a su vuelta del Brasil, que una persona destacada de este país, cuyo nombre no daba, le había comunicado que representantes

oficiales del fascismo alemán intentaban convencer al Estado brasileño de Rio Grande do Sur para que se separase del Brasil y se sometiese al protectorado alemán, ofreciendo también para ello «la ayuda militar de los tres países del Eje».

En el Perú asistimos hace algunos meses a la intentona del general Rodríguez y de los oficiales italianos enviados por la policía secreta fascista, la «Ovra», para instruir a la policía peruana; esta intentona se realizó de acuerdo con un tal Miro Casado Bentini, que había estado previamente en Roma, y se proponía, manifiestamente, la finalidad de impedir la aproximación más que prudente del dictador Benavides a la política antifascista de Roosevelt.

En Chile, los agentes del Eje fascista se esfuerzan en echar por tierra la victoria del Frente Popular, que estorba a sus planes. El antiguo embajador japonés en Chile, Tetzura Miyaka, declaró el 14 de enero en Los Angeles, a su regreso de aquel país: «Las fuerzas de las derechas en Chile se preparan políticamente para derribar al Presidente de los radicales. El comienzo de la revolución sólo es cuestión de tiempo. Y no se decidirá en las urnas, sino por la fuerza.»

En Colombia, donde existe un gobierno democrático, que se opone a la expansión fascista, el líder del partido de los grandes terratenientes reaccionarios, Amadeo Rodríguez, que dirige una banda fascista recientemente organizada, ha declarado que su partido emprenderá «acciones audaces» y «conquistará el Poder con ayuda de un Estado extranjero».

Para colocar bajo su dominación a Sudamérica, los Estados del Eje fascista se esfuerzan sobre todo en aislar a los países sudamericanos de los Estados Unidos. Por eso trabajan febrilmente por cercar el Canal de Panamá, que el lacayo de Mussolini Virginio Gayda ha llamado «la frontera del fascismo», y por eso también los países del Eje fascista se han apoderado de posiciones importantes en los Estados centroamericanos del Salvador y Guatemala y concertado una alianza con los dictadores de estos dos países. Al mismo tiempo, en Costa Rica y en el Norte de Colombia, a pocos cientos de kilómetros de distancia del Canal, los «plantadores japoneses» construyen en sus plantaciones de arroz y de algodón, secretamente, magníficas bases aéreas. En Venezuela, país situado también en las cercanías del Canal de Panamá, importante para los fascistas por su petróleo, los «turistas» alemanes difunden una nueva edición del libro de Erich Reimer titulado «Los Welser desembarcan en Venezuela», en el que se relata cómo las costas de Venezuela fueron explotadas en el siglo XVI por los grandes mercaderes alemanes Welser, asociados comercialmente al emperador Carlos V, que reinaba sobre Alemania, sobre España y Venezuela. En el prospecto de este libro, dedicado «Al primer imperio colonial alemán», se dice: «Creemos que esta obra presenta una actualidad especial hoy, en que Alemania lucha por el reconocimiento de sus derechos sobre sus colonias. Este libro evocará en el recuerdo las hazañas inmortales de los colonizadores alemanes.» Véase cuán bien

casa esto con las instrucciones de Hitler a Franco de restaurar el Imperio de Carlos V.

La política progresiva del Presidente de Méjico, Cárdenas, y la nueva orientación del jefe del Gobierno de Cuba, coronel Batista, constituyen un obstáculo serio para los planes del Eje fascista, tanto más cuánto que estos dos países son la llave del Mar Caribe en el que desemboca en Canal de Panamá. He aquí por qué los agentes del Eje concentran hoy sus esfuerzos principales en Méjico y en Cuba.

El Eje fascista refuerza su penetración económica en Méjico, aprovechándose de la circunstancia de que este país, que necesita vender su petróleo, es boicoteado por los trusts de la Standard Oil y de la Dutsch Shell, y moviliza a todos sus agentes —los Ramón Iturbe, los Nicolás Rodríguez, los Treviño y Sánchez, los Tapia, los Trotski y sus cómplices— para derribar a Cárdenas y buscar un sustituto al fracasado general sublevado fascista Cedillo. No hace mucho, estos bandidos organizaron varios crímenes antisemitas, con intervención directa de agentes nazis declarados como el barón Hans Heinrich von Holleufer, cuñado del presidente de la Policía de Berlín y agregado a la Embajada alemana en Méjico, que luego fué detenido y expulsado por haber organizado en Méjico un partido nazi. En Cuba, 3.000 falangistas españoles, nazis alemanes y fascistas italianos, se congregaron en un mitin, en el que se hallaban presentes los representantes diplomáticos del Eje, y en el que se pronunciaron discursos incendiarios contra Batista y Roosevelt. Estas bandas practican la instrucción militar en todas partes y se preparan para la guerra civil.

Los pueblos latinoamericanos saben lo que significa esa «restauración» de que habla Franco. Esta «restauración» sería la vuelta a un pasado espantoso, acentuado además por una crueldad inaudita. Saben que esta «restauración» significaría la destrucción de sus ciudades y sus pueblos, de sus museos, escuelas y hospitales, matanzas salvajes contra los millones de negros, indios y mestizos que no pertenecen a la «raza aria», contra la gran mayoría de la población. Y porque lo saben, se revuelven enérgicamente contra todos los intentos de los agresores fascistas y de su lacayo Franco para transplantar a Sudamérica sus crímenes de España.

La gran mayoría de la población latinoamericana, dirigida por la Confederación de Obreros de la América latina, que cuenta con unos 5 millones de afiliados y que fué creada en septiembre de 1938 en un Congreso celebrado en Méjico, se ha manifestado enérgicamente en innumerables mítines, en cientos de manifestaciones, en las cuales ha llegado a tomar parte hasta 100.000 a 300.000 obreros, campesinos, estudiantes, intelectuales, etc., y en cinco grandes Congresos de toda la América del Sur, en pro de la defensa de todo el Continente contra la agresión fascista.

Los pueblos latinoamericanos han apoyado la heroica lucha del pueblo español. Han dispensado la acogida que se merecían a los barcos de guerra fascistas italianos que se atrevieron a realizar una visita de provocación a Sudamérica. Más de 500 jóvenes latinoamericanos han



dado su vida por la causa de la libertad en las filas de las Brigadas internacionales, en España. De la América latina, y sobre todo de Argentina, Cuba, y Méjico, Uruguay y Chile fueron enviados al valiente pueblo español víveres, ropas y medicamentos por valor de más de 90 millones de francos, aparte de las armas enviadas por Méjico. Más de 5.000 niños españoles han sido acogidos por los pueblos latinoamericanos.

Los pueblos de la América latina prosiguieron su movimiento de resistencia contra los agresores fascistas y de ayuda a los combatientes españoles de la libertad aún después de la traición cometida por los Estados que se llaman democráticos contra España y de la traición de Miaja, Besteiro y Casado. Así por ejemplo, el Gobierno mejicano, ha acordado abrir las puertas de su país a decenas de miles de refugiados españoles. El Frente Popular de Chile ha trazado un plan para acoger en aquel país a gran número de héroes españoles, con sus familias. El pueblo de la Argentina y el del Uruguay han protestado contra el reconocimiento de Franco por sus gobiernos y han enviado a los refugiados más de 20.000 dólares.

Bajo la bandera de la unidad de todo el continente contra la amenaza fascista, bandera en torno a la cual se agrupan las fuerzas democráticas de cada país, comienza a perfilarse de un modo concreto la idea de un bloque antifascista de todo el continente americano.

Pese a sus lados débiles y a sus fallas indiscutibles, la Conferencia de Lima, celebrada en diciembre, dió un paso importante en este camino. Además, sus fallas van siendo superadas poco a poco gracias a la movilización de las masas populares. Los gobiernos de los Estados Unidos, Méjico y Cuba colaboran en interés de la defensa del continente americano contra la agresión fascista. También se ha aproximado en estos últimos tiempos a esta política defensiva el ala del gobierno del Brasil que se inclina a la democracia. En la Argentina, en el Uruguay e incluso en el Perú, las fuerzas democráticas se ponen en acción al servicio de esta idea y se crean comités en este sentido. El Gobierno de Frente Popular de Chile, intenta entablar estrecho contacto con los Estados Unidos, Méjico y Cuba. Y el reciente Congreso democrático de Montevideo, que condenó enérgicamente los actos de violencia hitleriana cometidos en la Europa Central, ha creado un Comité permanente y una Comisión internacional con el fin de unir a todo el continente contra la agresión fascista.

Los demócratas de la América latina, y con ellos los comunistas latinoamericanos, se esfuerzan en asegurar y acelerar la creación de este frente único de defensa de todo el continente contra los agresores fascistas.

Ayudan por todos los medios a los refugiados españoles, reclaman el derecho de asilo para ellos y se esfuerzan en abrirles de par en par y fraternalmente las puertas de los países latinoamericanos.

Las fuerzas democráticas latinoamericanas consideran como misión suya desenmascarar todos los complots, manejos y provocaciones fascistas y organizar la resistencia contra todos los disturbios, revueltas e

intenciones de los grandes terratenientes y capitalistas reaccionarios dentro de cada país contra los gobiernos progresivos (como en Chile y en Méjico), contra toda orientación antifascista de los gobiernos (como en Colombia y Cuba), e incluso contra toda vacilación a seguir dejándose manejar ciegamente por el Eje fascista (como en el Brasil, Perú, Argentina y Uruguay).

Las fuerzas democráticas de la América latina consideran como misión suya luchar contra toda concesión a los agresores fascistas y contra todo paso dado hacia la capitulación. Entre estos pasos se cuentan los «tratados comerciales» con el Eje fascista, que colocan a los países de la América latina bajo la dependencia semicolonial del Eje y abren las puertas a «técnicos», «emisarios», «turistas» y «representantes comerciales» que no son, en realidad, más que espías y provocadores nazis.

Los demócratas latinoamericanos consideran como misión suya también salir el paso de ese mentiroso «pacifismo», que se apresura a reconocer las rapiñas fascistas para «evitar —como declaran los hipócritas— luchas entre hermanos como la fratricida lucha española». El único medio que existe, lo mismo en la América latina que en Europa, para evitar tales «luchas fratricidas» es oponer desde el primer momento una resistencia inflexible a los agresores fascistas.

Los demócratas latinoamericanos ven un gran peligro para su lucha por la libertad en los manejos de los agentes de los trusts de Wall Street en los Estados Unidos y en la América latina. Estas gentes niegan la amenaza fascista, dirigen sus ataques contra el comunismo y laboran de este modo en favor del Eje fascista. Atacan a los gobiernos progresivos de la América latina, como el de Méjico y el de Chile. Intentan «restaurar» la falsa doctrina de Monroe, es decir, la política del puño de hierro imperialista y pretenden comprometer en este sentido la política de buena vecindad de Roosevelt. Sus lacayos dentro del movimiento sindical, como los líderes de la Federación Sindical norteamericana, se esfuerzan en difamar a los más conocidos dirigentes obreros antifascistas como Lombardo Toledano, destruir las organizaciones sindicales más fuertes, como la C.T.N. de Méjico, y hacer revivir la Confederación Obrera Panamericana, creada en 1933 por los Green y los Morones para poner el movimiento obrero de la América latina bajo el control de Wall Street.

Los demócratas y antifascistas de la América latina sólo pueden mantener su lucha haciendo frente del modo más enérgico a la demagogia y a las provocaciones de los agentes trotskistas del fascismo. Los trotskistas intentan sistemáticamente desviar la atención de las masas de la lucha contra su principal enemigo, contra el Eje fascista, y presentar la política de Roosevelt, como mucho más peligrosa. Haciendo coro a la prensa hitleriana, gritan a voz en cuello que Roosevelt representa la opresión imperialista yanqui y es el enemigo número 1. Con este griterío, los bandidos trotskistas pretenden ayudar a sus amos fascistas y desviar contra Roosevelt el odio legítimo que los sectores progresivos de los países latinoamericanos y las grandes masas que se hallan todavía

bajo su influencia sienten contra los vampiros de Wall Street. Además, los trotskistas ayudan a sus amos fascistas con sus celosos esfuerzos por sembrar la discordia y la división entre la clase obrera y las masas populares y calumniar a los comunistas, diciendo que éstos han abandonado la lucha de liberación nacional para trabajar por el imperialismo yanqui. E intentan, por medio de viles y pérfidas intrigas, encender la lucha fraccional dentro de los propios Partidos Comunistas.

Frente a la labor de zapa y de descomposición de los fascistas y de los trotskistas, la tarea más importante de los demócratas y antifascistas de la América latina consiste en afianzar la unidad de todo el continente por medio de la unidad del pueblo dentro de cada país; Méjico y Chile marchan a la cabeza por este camino. Los demócratas latinoamericanos exigen de los gobiernos autoritarios del Brasil, Perú, Venezuela, etc. que contribuyan a la unidad de sus pueblos restableciendo los derechos democráticos, limpiando el aparato del Estado de los agentes de los agresores fascistas y concediendo la amnistía a los dirigentes antifascistas, como Luis Carlos Prestes, Rodolfo Ghioldi y Gildo Barata en el Brasil.

Los demócratas y comunistas latinoamericanos tienen ante sí el gran objetivo de unir a todos los países de América en un gran bloque antifascista capaz de hacer frente a la penetración fascista y de asegurar la defensa de los pueblos de América contra todos los apetitos de los conquistadores fascistas. Este objetivo es aún remoto, pero perfectamente asequible, siempre y cuando que todos los hombres amantes de la libertad, en todos los países de América, se den cuenta de la gravedad del peligro fascista y ayuden a abrirse paso al convencimiento de que no son las olas del oceano, sino las olas de un potente movimiento popular democrático las que pueden salvaguardar a los pueblos de América contra los agresores fascistas.

## En el país del socialismo

# La generación del comunismo

por G. Friedrich

Cada vez que Stalin desarrolla un informe, pronuncia un discurso o contesta a una carta, la primera impresión y el primer sentimiento que despiertan en el lector sus palabras sencillas es que Stalin ha expresado en palabras claras lo que cada uno de nosotros pensaba ya de un modo confuso, que ha desarrollado con plena madurez nuestras propias ideas, aún no maduras. Tal es la primera impresión. Pero luego, cuando se relee una y otra vez a Stalin, se descubren nuevas profundidades, nuevas ideas, que hasta entonces habían quedado en la sombra. Muchas cosas sólo cobran su plena significación ante nuestro espíritu al cabo de largo tiempo. Por eso vuelve uno continuamente sobre estas palabras y estas ideas, para asimilárselas en todo su alcance.

Stalin es, como lo era también Lenin, un gran maestro del pensamiento hasta en sus últimas consecuencias, de esa rara forma del conocimiento que investiga hasta el fondo de las cosas y descubre su esencia más profunda. Su mirada infalible reconoce lo que sólo habrá de vivir una hora o un día y lo que tiende a convertirse en un nuevo fenómeno, en una nueva ley del desarrollo social. Cosas en las que nosotros no vemos más que hechos aislados, son para Stalin el germen de un nuevo porvenir. Por eso hay en su sencillez una sabiduría tan profunda.

Así ha ocurrido también esta vez. Todo lo que Stalin dijo en el XVIII Congreso del Partido bolchevique acerca de los hombres, acerca de los cuadros que tienen como misión dirigir la máquina del Estado de la sociedad socialista ha iluminado con un vivo resplandor el pasado y el presente y ha señalado las grandes perspectivas del porvenir.

Los bolcheviques han echado una y otra vez por tierra todos los cálculos y todas las esperanzas de los «profetas» de mal augurio del campo de los enemigos. Mientras estas viejas chismosas compadecían a las «víctimas de las depuraciones bolcheviques» y profetizaban que el Partido, después de lo que ellos llamaban la pérdida de los «viejos cuadros experimentados», daría al traste con la dirección de la economía y del Estado socialista, los bolcheviques, con mano segura y firme, seguían limpiando sus filas de basura, de los hombres corrompidos, degenerados y traidores, y elevaban a las alturas del trabajo soviético a cientos de miles de hombres nuevos, jóvenes y cultos, de constructores moral y políticamente fuertes del socialismo.

El Estado soviético es joven. 21 años es el plazo durante el cual se

forma una generación. Pero los bolcheviques han rebasado este tiempo en el doble. Durante estos años han renovado su país, lo han transformado radicalmente, han despertado y modelado la aldea, han reestructurado el mapa del país, no han dejado intacto ni el más remoto rincón. Esto, por una parte. Pero, al mismo tiempo, han consagrado sus mayores preocupaciones a esa fuerza llamada a ejecutar todo lo nuevo y para la cual se crea todo: el hombre viviente. El hombre ha ocupado y sigue ocupando el centro de su atención. Los bolcheviques han formado, en sus luchas y en sus victorias, una generación de cuyos hombres dice plásticamente Stalin que «se desarrollan tan impetuosamente, que no está ya lejos el día en que alcanzarán a los viejos, se pondrán a la par de estos y podrán relevarlos dignamente».

Hasta hoy, había sido una norma en la vida de la historia de todos los países y pueblos que para poder relevar a otros hubiera antes que empujar a sus predecesores a la tumba. Cuando, hace 150 años la joven burguesía francesa enterró el viejo orden social, contaba en sus filas cientos de generales, de dirigentes, de hombres con una actuación social cuya edad no excedía de veinte o treinta años. Esto era magnífico. Era algo nuevo y que llenaba de entusiasmo los corazones de los hombres de aquella época. ¡Pero cuán breve y fugaz fue esta juventud de la burguesía! Incluso en Francia, el país clásico de la revolución burguesa, duró muy poco. Había brotado sobre un terreno malsano, envenenado por la sangre y el sudor de millones de explotados, por las miasmas de la lucha en torno al dinero y al poder. La burguesía vio ajarse ya su verdadera juventud y engendró aquella corrompidísima «juventud dorada» en las guerras imperialistas de Napoleón, en la venalidad y depravación de las costumbres del segundo y del tercer Imperio. La juventud se marchitó, envejeció y se descompuso, sin que la clase agonizante pudiera oponer a esto ningún contraveneno...

La decadencia senil del mundo capitalista se contagió también al movimiento socialdemócrata. En los partidos y organizaciones de la socialdemocracia el «problema del cambio de generaciones» desempeña un papel no menos importante que entre la burguesía. El fenómeno de «envejecimiento» de casi todos estos partidos facilitó a los fascistas la tarea de atraerse a grandes sectores de la joven generación. Al mismo tiempo, este desdén por la joven generación convertía muchas veces la lucha ideológica y política dentro de la socialdemocracia, tergiversándola, en una «lucha de generaciones». Arrivistas ambiciosos, como Spaak, se hacían pasar por portavoces de la «juventud» y disfranzaban su reformismo sin escrúpulos con la máscara del «activismo», de la oposición contra los «viejos». Es la decadencia y la putrefacción del mundo capitalista la que se refleja en estos fenómenos y corrompe a una parte de la juventud. La «juventud hitleriana» no encarna, en realidad, más que la bochornosa y cruel vejez senil de la burguesía. Sólo la clase obrera puede devolver al mundo su juventud, inyectar al decrepito organismo sangre lozana y caliente.

Los bolcheviques, desde los primeros momentos de su lucha por el verdadero Partido de la clase obrera, por la conquista del Poder por la

clase obrera, han elevado siempre sobre el pavés a la juventud. En vísperas de la revolución de 1905, escribía Lenin: «Yo recomendaría que se fusilase en el acto a quien se atreva a afirmar que no hay gente. Hay, en Rusia, una cantidad inmensa de gente, lo que ocurre es que tenemos que reclutar con mucha más largueza y audacia, con mucha más audacia y largueza, mucho más largamente y mucho más audazmente, entre la juventud, *sin tenerle miedo*». Estas palabras las subrayó el propio Lenin. Y él fué quien declaró una guerra implacable a ese «miedo idiota, filisteo, propio de los Oblomov, a la juventud». En una carta al viejo bolchevique Gussev, escribía Lenin: «Se lo suplico: luche usted contra este miedo con todas sus fuerzas».

¿Quiénes temían entonces a la juventud? Los mismos que la temen hoy: la charca, los oportunistas, que no miran hacia adelante, sino hacia atrás, que se asustan ante la fuerza impetuosa de la clase obrera y están dispuestos a cualquier transacción y a cualquier arreglo con la burguesía, con tal de no perturbar la tranquilidad del viejo mundo, comodón y corrompido. Lenin, contestando a los mencheviques, que se quejaban de que entraban en el Partido muchos obreros jóvenes, dijo: «Somos el Partido del porvenir, y el porvenir pertenece a la juventud. Somos el Partido de los innovadores, y los innovadores se ganan fácilmente la simpatía de los jóvenes. Somos el Partido de la lucha abnegada contra la vieja podredumbre, y la juventud será siempre la primera que se muestre dispuesta a luchar abnegadamente... ¡Seremos siempre el Partido de la juventud de la clase avanzada!»

Cuando Lenin era un estudiante joven, se le conocía en los círculos revolucionarios con el nombre del «Viejo». Este apodo de camaradas era la expresión del respeto ilimitado por su talento, por su cultura, por la perfección con que se aunaban en él la práctica revolucionaria y la teoría revolucionaria. El «viejo» Lenin era la personificación de la juventud indestructible y de la madurez de la clase que está llamada a transformar el mundo.

Pero Lenin y los bolcheviques no han extendido jamás patentes ni a la vejez ni a la juventud. Ni Lenin ni Stalin han hecho nunca de la vieja guardia del bolchevismo ni de los jóvenes un ídolo, objeto de adoración. En el Partido bolchevique, ni la antigüedad dentro del Partido, ni los méritos adquiridos, ni el trabajo ilegal, pueden servir de manto para sustraerse a la crítica por las faltas realmente cometidas, a la crítica a que se exponen los hombres que han perdido lo que Stalin llama «el sentimiento de lo nuevo, cualidad preciosa de todo militante bolchevique».

¿En qué consiste este sentimiento de lo nuevo? Stalin ha definido bien en qué consiste: consiste en mirar siempre hacia adelante y nunca hacia atrás, en no estancarse en lo viejo, en comprender a su debido tiempo las nuevas condiciones, los nuevos brotes, en mirar cara a cara a las nuevas tareas.

Pero los bolcheviques no han opinado nunca ni opinan que este sentimiento de lo nuevo lo posean forzosamente todos los jóvenes, por el solo hecho de serlo. Ni se lo niegan tampoco incondicionalmente a

todos los que son físicamente viejos. El sentimiento de lo nuevo no se cae del cielo. No es ningún regalo de los dioses. Sólo surge allí donde la clara y amplia perspectiva de los avances hacia el comunismo inflama de entusiasmo a los hombres. Sólo vive y se mantiene lozano allí donde la teoría revolucionaria se combina del modo más íntimo con la práctica revolucionaria, infundiendo a la lucha la seguridad en alcanzar la meta y la fe en la victoria, la confianza en las fuerzas del pueblo, en la posibilidad de vencer todas y cada una de las dificultades en unión de las masas y a la cabeza de ellas, por el hombre viviente, por la causa del comunismo.

Por la tribuna del XVIII Congreso del Partido desfilaron hombres que irradiaban juventud y de quienes hace todavía pocos años nadie sabía nada, en todo el país. Junto a ellos, hablaron otros hombres, encañecidos en la lucha por el socialismo. Todos se sentían iguales y como iguales eran considerados. El Congreso los eligió a unos y a otros para ocupar los puestos de dirección del Partido. Unos y otros dirigen los sectores más difíciles y responsables de la edificación socialista, en los que no se dan recetas y para los que no hay «códigos». El número de los viejos bolcheviques es, por supuesto, incomparablemente menor. Se comprende que sea así. La cifra de los que ingresaron en el Partido bolchevique antes de 1917 representa hoy el 0,3 por 100. La de los afiliados entre los años de 1917 y 1919, el 5,3 por 100. Los que ingresaron en el Partido a partir de 1929 son el 70 por 100. Fijémonos solamente en el Ejército Rojo. En 1938 se concedió el ingreso en las organizaciones del Partido del Ejército Rojo a 101.200 afiliados; en enero de este año, a 10.581 y en febrero a 11.118. Son todos ellos hombres jóvenes, maduros, conscientes, que vienen de los koljoses, de las fábricas socialistas, de las universidades, orgullosos de las victorias de su patria y orgullosos de participar directamente en ellas. Antes de ingresar en el Partido, estos jóvenes combatientes del socialismo formaban en las filas de los *bolcheviques sin partido*. En la Unión Soviética, no cabe elogio mayor que estas palabras, que significan en labios del hombre soviético que aquel a quien se dirigen es digno de ser *afiliado al Partido bolchevique*.

¡Campo libre a esta juventud! ¿Cuándo ha pronunciado el Partido estas palabras? No las ha pronunciado por vez primera en el XVIII Congreso, sino antes, mucho antes. Este Congreso ha trazado el balance de una época grande e importante en la vida del Partido y del pueblo. Pero tal vez el resultado más importante y más característico registrado en él sea la cifra consignada por Stalin: 500.000 jóvenes bolcheviques y bolcheviques sin partido han sido elevados por éste a puestos de dirección. ¡Quinientos mil hombres, medio millón de hombres, vigilantes, valientes, jóvenes, trabajadores, pertrechados de cultura y llenos de ardiente abnegación por el socialismo! ¿Hay algo comparable a esta riqueza?

Los bandidos trotskistas no sólo saboteaban la economía socialista, asesinaban a dirigentes del pueblo y traicionaban al País soviético queriendo entregarlo a los enemigos fascistas, sino que además impedían

a cada paso la marcha ascendente de los cuadros jóvenes. Aspiraban, para decirlo con las palabras de Stalin, a dejar «oxidarse», «enmohecerse», las fuerzas jóvenes. Cuando el torrente del pueblo soviético barrió la basura del capitalismo putrefacto, barrió a los trotskistas y bujarinistas, las fuerzas jóvenes vieron también abrirseles su camino. Los enemigos del pueblo pretendían conservar por todos los medios uno de los más repugnantes vestigios de la opresión capitalista en la conciencia de los hombres: la falta de fe en su propia capacidad e inteligencia. Bajo la dominación del zarismo, los obreros sentían una desconfianza legítima hacia los intelectuales burgueses, pero al mismo tiempo tendían a exagerar la cultura y la capacidad de los intelectuales. En el mundo socialista, ha surgido de la masa del pueblo una nueva intelectualidad, una intelectualidad que no tiene nada que ver con aquellos intelectuales burgueses, con aquellos lacayos serviles de la clase dominante, una intelectualidad que es carne y sangre del pueblo. Los enemigos del pueblo intentaron traspasar a esta nueva intelectualidad, a la intelectualidad socialista, la antigua aversión de los obreros contra los intelectuales burgueses y fomentar un ignominioso menosprecio hacia los hijos más capaces y más celosos del pueblo. El Partido ha abierto también los ojos al pueblo contra esta maniobra del enemigo.

La intelectualidad soviética está formada por los mejores hijos del pueblo trabajador, es su esperanza, su presente y su porvenir. La intelectualidad soviética son los obreros y los campesinos, a quienes el socialismo triunfante ha abierto las puertas del saber y de la cultura. ¡Campo libre a la intelectualidad soviética! Esta consigna del Partido se ha convertido en la consigna de todo el pueblo.

El 2 de octubre de 1920, dijo Lenin: «La generación que tiene hoy unos 50 años no puede contar ya con vivir la sociedad comunista. Para entonces, esta generación habrá muerto. Pero la generación que tiene hoy 15 años vivirá la sociedad comunista y edificará por sí misma esta sociedad. Y debe saber que la misión de su vida consistirá toda ella en edificar esta sociedad».

El Partido ha formado la generación llamada a relevarle, una generación que sabe que la misión de su vida está toda ella en trabajar por la edificación del comunismo. Pero esta generación no ha echado a un lado a la antigua, sino que se ha unido con ella para formar un conjunto poderoso, una unidad incommovible de trabajo, de lucha y de victoria. Esta unidad incommovible de los viejos y los jóvenes es uno de los elementos más importantes que integran la unidad moral y política del pueblo soviético. Mano a mano con la generación de la Gran Revolución socialista de Octubre, la generación del comunismo realiza el viejo y eternamente nuevo sueño de un mundo en que los hombres no son esclavos, sino que organizan y dirigen libremente la producción y la sociedad.



## Materiales y documentos

# Manifiesto de Primero de Mayo del Partido Comunista de España y del P. S. U. de Cataluña

*A nuestros hermanos que sufren y luchan bajo la dominación fascista. A los heroicos combatientes que en el exilio esperan el momento de retornar a la Patria.*

Camaradas :

La jornada internacional del Primero de Mayo no la celebramos este año unidos todos en la lucha armada para liberar a nuestro país de los invasores y conseguir para los españoles aquello que fué y es bandera gloriosa de nuestra lucha : *Libertad, Paz, Trabajo, Bienestar.*

La traición infame de los Casado y los Besteiro, de los provocadores de la F.A.I. y de los caballeristas trotskistas, rompiendo la unidad y la resistencia de nuestro Ejército y de nuestro pueblo, abrió las puertas de Madrid—que era abrir las puertas de España—a los invasores y a los verdugos fascistas. Nuestro pueblo, nuestra juventud heroica, nuestros hombres y nuestras mujeres, sufren hoy la afrenta de un régimen de terror, de hambre, de explotación y de dominación extranjera, que se ceba con encarnizamiento en todos los que, sintiendo en lo hondo de su corazón el amor a la patria libre e independiente, lucharon y trabajaron por liberarla y por engrandecerla.

En este Primero de Mayo de 1939, nuestros recuerdos y nuestros pensamientos van hacia los millares de héroes caídos en la lucha por la libertad, que con su glorioso sacrificio han abierto el camino hacia el futuro de una España liberada ; hacia los héroes anónimos que cada día y cada hora muestran su hostilidad implacable frente a los invasores y se resisten con todas sus fuerzas a ser uncidos al carro de los triunfadores.

Hacia los mártires que, en las cárceles y en los campos de concentración, viven cada día bajo la angustia de ser asesinados por los verdugos fascistas.

## Frente a la conjuración del fascismo y de los Gobiernos reaccionarios de Francia e Inglaterra, heroica resistencia de nuestro pueblo.

En una lucha abnegada, heroica, desigual, de treinta y dos meses, nuestro pueblo, los obreros, los campesinos, los intelectuales, la pequeña burguesía democrática, los pueblos unidos en un mismo afán, hemos hecho frente a los ejércitos de invasión de Italia y Alemania y a las tropas franquistas. Pero la coalición sangrienta del fascismo y de la reacción internacional pudo más que nuestro heroísmo.

Si el fascismo ha conseguido, momentáneamente, una victoria en España, si la República democrática española ha sido vencida, es porque ha tenido que luchar, no sólo contra el fascismo español, sino contra el fascismo internacional, *ayudado* en su tarea criminal por los gobiernos de los países democráticos.

Desde el comienzo de la rebelión franquista, se perfilaron con claridad los objetivos de Italia y de Alemania en España.

Los italianos se establecieron en la zona mediterránea, creando rápidamente una base naval y aérea en las Baleares.

Los alemanes se apoderaron de las minas de hierro de Bilbao, de las de cobre de Riotinto y de toda la industria fabril y minera del Norte.

El fascismo italiano y alemán, en su juego de ajedrez sangriento, necesitaba España como pieza decisiva, para servirse de ella como punto de apoyo, como centro de operaciones, como fuente de recursos para organizar sus ataques contra las democracias. Y lo ha logrado, gracias al apoyo de los gobiernos de los países contra los cuales el fascismo prepara su agresión.

¡Cuántas veces nos hemos dirigido al mundo civilizado para denunciar la acción criminal del fascismo internacional en España, y no se nos ha escuchado!

Sólo la U.R.S.S., la gran Patria socialista, que hoy celebra jubilosamente la jornada del Primero de Mayo como día del trabajo emancipado, nos tendió cordialmente la mano y nos ayudó a defendernos de los agresores de una manera persistente y consecuente desde el comienzo hasta el fin de nuestra guerra.

El Gobierno, el pueblo de la U.R.S.S., guiado por el Partido bolchevique, fué el único que nos defendió en el terreno internacional, a pesar de los obstáculos y del sabotaje de los países capitalistas.

Fiel a su política de paz, partidaria consecuente de la seguridad colectiva, la Unión Soviética ha puesto en práctica la frase histórica —que el pueblo español no olvidará nunca— del gran Stalin de que «la causa de España es la causa común de toda la humanidad avanzada y progresiva».

## Guerra de independencia.

Como guerra de independencia calificó el Partido Comunista, desde los primeros días del movimiento, la guerra que se desarrollaba en territorio español.

Y los acontecimientos vinieron a darnos rápidamente la razón. En noviembre del 36, la aviación alemana lanzaba sobre Madrid torrentes de metralla y destruía barriadas enteras.

En la batalla del Jarama, el Ejército Popular español combatió contra la Legión Cóndor alemana. Málaga cayó ante la ofensiva brutal de los italianos.

Fueron asimismo soldados italianos los que, buscando el camino de Madrid, sufrieron la tremenda derrota de Guadalajara.

En la ofensiva contra Euzkadi fueron la aviación alemana y la infantería italiana quienes rompieron la resistencia abnegada de los combatientes vascos; Santander fué asaltada por las legiones de Mussolini.

En los frentes del Este y de Levante, en marzo de 1938, centenares de aviones alemanes e italianos bombardearon continuamente nuestras tropas y nuestras poblaciones y fueron los cuerpos de ejército italianos los que llegaron a la costa, buscando todos los puertos mediterráneos para crear las bases estratégicas necesarias a su política de agresiones y de conquista.

Y en los últimos días, cuando, después de invadida Cataluña, que tan abnegadamente luchó, por las legiones italianas, la infame traición de la Junta rompe la resistencia del pueblo y del Ejército, entregando España a los invasores, son también fuerzas italianas las que desembarcan en Alicante, reemplazando a las propias autoridades fascistas españolas y encargándose directamente de la salvaje represión, en ese y en otros puertos, a donde acudieron, para salvarse, los combatientes republicanos vendidos por la infamia de los traidores.

A los pocos días de iniciada la sublevación fascista del 18 de julio de 1936, era bien evidente su significado: Franco y sus secuaces traicionaban conscientemente a España, para servir los intereses del imperialismo fascista de Italia y Alemania.

Todos aquellos que afirmaban —queriendo eludir su obligación de ayudar a la República democrática española— que la lucha que se desarrollaba en territorio español era una de guerras civiles típicas, sabían que la rebelión franquista había sido organizada, *provocada* y sostenida por Alemania e Italia, con vistas a sus futuros planes de agresión imperialista.

Los franquistas fueron sus instrumentos miserables, que no vacilaron en sacrificar a España a cambio de una ayuda criminal que les llevara al Poder, sabiendo que desde él no iban a servir los intereses de España, sino los intereses del fascismo alemán e italiano.

Era de esperar que, en defensa de sus propios intereses, Francia e Inglaterra no ayudaran a los países fascistas en sus planes criminales de sojuzgamiento de España; mas no fué así.

Con su llamada política de «No Intervención», los gobiernos de los países democráticos cercaron a la República española, le negaron todo apoyo, le impidieron comprar las armas que necesitaba para defenderse, y en los momentos más críticos, de una manera descarada, movieron sus agentes y ayudaron al fascismo a derrotar a la España republicana. Por ello, Francia tiene hoy una nueva frontera que defender y pesa angustiosamente sobre *todo el mundo* el peligro de la guerra.

La clase obrera ve con indignación que la criminal conducta de los gobiernos de los países democráticos ha sido seguida fielmente por los dirigentes reaccionarios de la Segunda Internacional, que fueron los iniciadores de la política de «No Intervención».

El pueblo español podía haber triunfado sobre el fascismo, más para ello era necesario ayudarlo con obras y no con palabras.

Los dirigentes de la Segunda Internacional han hablado mucho de medidas a tomar para ayudar a la República española, pero no pasaron de las declaraciones platónicas, negándose de una manera sistemática a aceptar la unidad de acción a favor de España, propuesta en diferentes ocasiones por la Internacional Comunista.

**¡Unidos, hoy como ayer,  
para continuar la lucha!**

El final de toda esta política criminal contra la República española ha culminado en la entrega de España a los invasores por los miserables de la llamada Junta de Defensa. Pero *cerca de tres años de lucha no han pasado en balde*.

A pesar de las terribles dificultades que ha encontrado nuestro pueblo en el desarrollo de esta lucha de epopeya —que, unas veces, eran hechos tan criminales como la sublevación trotskista de mayo, y su trabajo disgregador en los frentes, otras la política de blanduras y debilidades para con toda clase de enemigos de los distintos gobiernos de Frente Popular, denunciadas constantemente por nuestros Partidos— la resistencia heroica y tenaz de nuestros soldados ha impedido que los planes de expansión fascistas se realizasen con la rapidez que pensaban y ha demostrado que se puede luchar y derrotar al fascismo, si las cobardías y las traiciones no le facilitan la victoria.

Nuestra lucha ha servido, además, para poner de relieve que el arma más eficaz para defenderse de las agresiones del fascismo y defender el pan y la libertad de los pueblos es la unidad de todas las fuerzas democráticas.

Con la unidad del pueblo bajo la bandera del Frente Popular, la España republicana, desarmada, abandonada a su suerte, recibiendo solamente la ayuda generosa del gran País del Socialismo, la contribución emocionante de las Brigadas Internacionales y la solidaridad activa de los trabajadores y de los antifascistas de todo el mundo, prestada en la mayoría de los casos contra la voluntad de sus gobiernos,

ha podido resistir los ataques combinados de las fuerzas mejor pertrechadas de los ejércitos alemán e italiano, al mismo tiempo que realizaba una gran obra creadora y transformadora. Liquidó los restos del feudalismo, entregando en posesión perpetua la tierra a los campesinos, librándolos del yugo del cacique y del terrateniente, mejorando la situación general de los trabajadores, desarrollando la cultura popular, abriendo institutos y universidades a los obreros y a los campesinos, elevando la condición social de la mujer, protegiéndola como mujer y como madre; y, al final de la guerra, con el triunfo de la República, el pueblo español entreveía un porvenir risueño de paz y de bienestar.

Nuestros Partidos lo han subordinado todo al mantenimiento de la unidad; han denunciado implacablemente a sus enemigos; pero, por las vacilaciones de unos y las cobardías y la complicidad de otros, no han podido evitar que los traidores infiltrados en las organizaciones populares la rompieran, en el momento más decisivo.

### **El terror no matará la rebeldía de nuestro pueblo. ¡Venceremos!**

La traición ha provocado la derrota de todo un pueblo, que durante treinta y dos meses asombró al mundo con su heroísmo. Pero Franco y sus amos se equivocan si creen que son ya dueños de España para siempre.

Su política de terror puede amordazar las rebeldías de los españoles, pero no extirparlas. Y esta siembra pavorosa de crímenes y de asesinatos, engendradora de odios inextinguibles, que las falanges tenebrosas del fascismo, que los agentes de la Gestapo y de la Ovrá realizan en nuestra Patria, ha de fructificar muy pronto, y el brazo justiciero del pueblo abatirá para siempre a sus verdugos.

¡Que no canten los vencedores de hoy sus victorias tan arteramente conseguidas! Dos ejemplos, no muy lejanos, pero bien significativos, aunque las circunstancias en que pudieron darse fueran distintas, hablan del coraje de los hombres de España, de la energía y de la resistencia, del espíritu de sacrificio, de la constancia de los defensores de la libertad: la lucha por el advenimiento de la República en diciembre del año 30 y el glorioso movimiento insurreccional de Asturias en el 34.

Entonces, también la reacción gritaba su victoria y creía haber extirpado para siempre el anhelo de libertad de las masas populares españolas. En aquellos momentos duros, difíciles, había gentes, en España y en el extranjero, que creían que el salvaje terror empleado contra el pueblo le curaría para siempre de su amor a la independencia y a la libertad. Unos y otros se equivocaron. En los días en que la reacción estaba más envalentonada y creía eterna su victoria, nuestro Partido, el Partido Comunista, afirmaba, levantando de nuevo la bandera de la lucha, que ésta no había terminado, sino que comenzaba en otras condiciones. ¡Se luchó y se venció!

Hoy, como entonces, repetimos que la lucha no ha terminado. ¡Que lucharemos y que venceremos!

El problema español no es más que una parte integrante de la lucha de los pueblos y de las democracias contra la política de guerra del fascismo, que quiere esclavizar a los pueblos libres.

Los acontecimientos internacionales se precipitan con gran rapidez, impulsados por las ambiciones imperialistas del fascismo, y muy pronto España volverá a estar en la palestra, al lado de los que luchan por la democracia y la libertad.

Y esta certidumbre de la continuidad de la lucha y de la confianza en la victoria de la clase obrera y de las demás fuerzas democráticas de nuestro país nos acerca, con el mismo desinterés y lealtad con que hemos colaborado y luchado desde la creación del Frente Popular, a todos aquellos con los que hemos trabajado unidos para conseguir una España más libre, más feliz que la que nuestros padres nos legaron. Nos acerca a ellos el deseo de reforzar la unidad para reconquistar España, en una lucha victoriosa sobre las fuerzas representativas de las más odiosas tradiciones, de las tradiciones feudales e inquisitoriales de la España negra, con su cohorte de caciques, de señoritos, de sangrienta Guardia Civil, hoy reforzadas y vivificadas con la ayuda del fascismo alemán e italiano y de toda la reacción internacional; que han devuelto las tierras a los grandes terratenientes; que han restablecido los privilegios económicos de la dinastía borbónica y del clero inquisitorial; que han suprimido las libertades nacionales de Cataluña y de Euzkadi y todas las conquistas económicas, sociales y políticas de los trabajadores.

### El pueblo es inmortal.

Pueblo magnífico, el nuestro, ha visto quebradas sus energías en todas las luchas contra los invasores, por la traición de los ambiciosos y los despechados; al lado de una floración de heroísmo legendario, se ha desarrollado, la planta maldita de la ponzoña.

¡Pero en su obra nefasta, los traidores han encontrado el pago merecido y han caído sin honor y sin gloria!

Los traidores pasan, pero el pueblo queda. ¡Y este pueblo nuestro, tan heroico, tan admirable, dice al mundo que no está vencido; y en las condiciones más terribles, continua la lucha para reconquistar España para la democracia. Cataluña y Euzkadi sienten hoy más que nunca el amor hacia sus libertades holladas, hacia sus tradiciones pisoteadas. El fascismo no se afianzará en España, porque todos sus pueblos aman profundamente la libertad.

¡Ayudadnos, amigos y camaradas de todos los pueblos!

¡Ayudadnos a conseguir que salgan de España las tropas de invasión de Italia y Alemania!

¡Ayudadnos a nuestra lucha para derrocar a los traidores que han vendido nuestro país a los extranjeros!

¡Ayudadnos, organizando vuestra resistencia ante las embestidas

del fascismo ; ayudadnos, camaradas, hombres libres de Inglaterra, de Francia, de todos los paises, con vuestra acción poderosa cerca de vuestros gobiernos para que se forme el bloque de defensa de todos los paises que aman la paz, que odian la guerra!

¡Haced que, por encima de todas las patrias, de todas las fronteras, la bandera de la unidad flamee como bandera de victoria!

¡Españoles!

¡Por la independendencia de España!

¡Por la reconquista de la República democrática!

¡Por la libertad de Cataluña, de Euzkadi y de Galicia!

¡Viva la unidad combativa del pueblo contra los verdugos y los invasores!

¡Viva el Frente Popular, limpio de traidores agentes de Franco!

¡Por la paz, la libertad y el progreso!

¡Viva el Primero de Mayo!

COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA  
DE ESPANA  
COMITE EJECUTIVO DEL P.S.U.C.



# Crónica de acontecimientos

## Los pueblos exigen una decisión firme.

La cruzada de rapiña del fascismo alemán contra Checoslovaquia ha ido seguida por la agresión del fascismo italiano contra Albania. La técnica ha sido la acostumbrada: concentraciones de tropas en los puertos italianos, acompañadas por promesas solemnes al gobierno inglés, cuyo jefe siguió dedicándose al deporte de la pesca; una campaña de la prensa italiana, que batió su propio record de falsedades, intentando por medio del vocero de Mussolini, del periodista fascista Gayda, hacer creer al mundo la fábula de que la acción italiana se desencadenaba para impedir que el rey Zoga... atacase a Yugoslavia. Bastante más cruel que estas fábulas era la realidad de las granadas de los barcos de guerra italianos y de las bombas de los aviones de bombardeo, reduciendo a escombros las ciudades del litoral albanés. A pesar de ello, los bandoleros fascistas no encontraron el camino despejado. Las llamadas tropas escogidas que ocuparon Durazzo, fueron rechazadas varias veces al mar por destacamentos de tropas y guerrilleros albaneses, mal armados y sin artillería. Un pequeño pueblo de pastores se dispuso a la lucha, mientras los gobiernos de las grandes potencias del Occidente de Europa contemplaban una vez más, con los brazos cruzados, cómo se asestaba un nuevo golpe al *statu quo*. El pueblo albanés ha perdido transitoriamente su independencia. Pero los potentados fascistas difícilmen-

te conseguirán consolidar su dominación extranjera sobre este valiente pueblo montanés. Es un hecho elocuente que el llamado «mensaje de lealtad» al rey italiano haya tenido que urdirse en un pliego de la Embajada de Italia en Tirana.

La cobarde agresión contra el pueblo albanés reforzó todavía más la vigorosa corriente de oposición desencadenada por el estrangulamiento hitleriano de Checoslovaquia: dondequiera que hay hombres que sienten todavía el orgullo de sus derechos y de sus libertades y pueblos dispuestos a defender su existencia nacional, crece la voluntad de resistencia. Los pueblos democráticos se ponen en movimiento. Abandonan sus últimas ilusiones y de su profundo amor por la paz, explotado durante demasiado tiempo por los agentes a sueldo de Hitler y Mussolini, brota su voluntad resuelta de oponerse con toda su fuerza moral y militar a los incendiarios fascistas de la guerra.

Los debates en la Cámara de los Comunes de Inglaterra, los acuerdos de las organizaciones de masas de Francia, las grandes manifestaciones populares en Polonia, las voces de la opinión pública en los pequeños países, las protestas de la población mahometana en el Cercano Oriente, son todos signos del viraje que se ha operado. Las masas populares están ya hartas de ver cómo su libertad y su existencia están expuestas a la amenaza constante de los incendiarios y los bandoleros de Berlín y de Roma. Abrigan el sentimiento cada vez más claro



de que no hay nada peor que la inseguridad y la indecisión de que se venía dando pruebas. Y exigen cada vez más enérgicamente una política firme y resuelta de resistencia contra los agresores fascistas.

### **La iniciativa de Roosevelt.**

A este estado de ánimo de los pueblos responde el que el Presidente de los Estados Unidos se haya dirigido a Hitler y Mussolini requiriéndoles para que declarasen lisa y llanamente si estaban o no dispuestos a respetar la independencia de otros pueblos. Los jaques fascistas han contestado a este requerimiento con soeces insultos y vácuos subterfugios. No era de esperar otra cosa. Nadie puede confiar en que un loco furioso se detenga en su carrera por un simple grito. Pero lo importante de la acción de Roosevelt consiste en haber llevado a las dos dictaduras fascistas ante el foro de la opinión pública. Con sus respuestas, los agresores fascistas se han desenmascarado. Los pueblos, y entre ellos y no en último término el pueblo norteamericano, saben ya a qué atenerse. Los políticos miopes de campanario y los agentes de Hitler y Mussolini pretendían hacer creer al pueblo norteamericano que podía seguir trabajando tranquilamente sus campos y gozando de sus libertades, mientras las dictaduras fascistas prendían fuego a Europa y los militaristas japoneses devastaban y saqueaban por la guerra, en el Oriente, un pueblo de 400 millones de hombres. La iniciativa de Roosevelt ha ampliado el campo visual del pueblo norteamericano y le ha hecho ver la repercusión de los acontecimientos internacionales sobre América. La unanimidad con que el pueblo norteamericano ha apoyado la

iniciativa de Roosevelt, los debates públicos en torno a las leyes de neutralidad y las opiniones manifestadas por los electores, revelan que el pueblo norteamericano, en su aplastante mayoría, sabe ya donde hay que buscar los culpables del incendio mundial que nos amenaza. De esta conciencia se va en línea recta hacia la intervención activa para prevenir el incendio.

Hitler ha contestado a la iniciativa de paz de Roosevelt con una nueva maniobra de chantaje. Poniéndoles la pistola en el pecho, ha preguntado a los Estados débiles vecinos de Alemania si se sentían amenazados. Los gobiernos de estos pequeños Estados, retrocediendo ante la amenaza, han contestado que no se sentían amenazados. Algunos han sido tan chistosos que han añadido, con fina ironía, que el propio Hitler garantizaba su independencia.

### **¡Nada de confiar en la política de Chamberlain y Bonnet!**

Si Hitler puede permitirse todavía estos subterfugios, es porque la política de los gobiernos de las grandes potencias occidentales, pese a las llamadas garantías ofrecidas a Polonia, Rumania y Grecia, no ofrece ninguna confianza a los pequeños pueblos y a las masas populares del Occidente de Europa. El nuevo rumbo es seguido por los mismos hombres que son los responsables de las consecuencias catastróficas de Munich. Pero los pueblos hacen saber cada vez más resueltamente que los pactos limitados entre Estados sueltos no bastan para salvar la paz. Lo que hace falta es un sistema eficaz de seguridad colectiva, como el que preconiza la Unión Soviética. Chamberlain formulaba su declaración de garantía a favor de Polonia a la vez

que el *Times* invitaba a Polonia a que hiciese concesiones territoriales a Alemania. Chamberlain promete, en términos generales, apoyar a Grecia y Rumania, a la vez que deja en vigor el pacto anglo-italiano del Mediterráneo, en el que se estipulaba de antemano el estrangulamiento de la República española y la entrega de España a los agresores fascistas. Chamberlain no deja de pactar con Mussolini, mientras el fascismo italiano y su muñeco Franco inventan nuevos y nuevos subterfugios para retener en España las tropas italianas. Algunas semanas después de la ocupación de Checoslovaquia, se reintegró a su puesto el embajador inglés en Berlín, que había sido llamado a Londres en señal de protesta, y su vuelta ha sido interpretada por los agresores como un nuevo gesto muniqués. Chamberlain habla de garantías a los pueblos amenazados, pero al mismo tiempo deja mil puertas traseras abiertas para chalanear a costa suya. Sin embargo, los debates mantenidos en el Parlamento inglés han reflejado el viraje operado en el estado de espíritu del pueblo inglés. Esta vez, el pueblo inglés quiere una política de resistencia seria contra los agresores y sólo considera posible salvar la paz colaborando del modo más estrecho con la Unión Soviética. Incluso en el campo de la burguesía inglesa hay sectores cada vez más extensos que reconocen que la política de Munich, cuya finalidad era animar al fascismo alemán a una guerra contra la Unión Soviética, descarga de rechazo sus golpes contra la misma Inglaterra. Hay que destacar las intervenciones de Lloyd George en la Cámara de los Comunes, calificando de estériles todas las llamadas garantías de Chamberlain, mientras los gobiernos inglés y francés no pacten una alianza firme con la Unión Soviética.

Lloyd George ha señalado la formidable potencia militar de la Unión Soviética, sin la cual no es posible salvar la paz. El antiguo ministro de marina de Inglaterra, Duff Cooper, ha criticado indirectamente la política de Chamberlain, al declarar en la *New York Herald Tribune* de 10 de abril:

«Después de apretar de este modo sus filas y de movilizar sus fuerzas auxiliares, Inglaterra debe tender la mano a sus amigos, que serán en el futuro sus aliados. Han pasado los tiempos en que se podía discutir de condiciones o asustarse de contraer obligaciones. Pequeñas y grandes naciones se hallan bajo la amenaza de ser destruidas. El peligro común debe conducir a un frente común, pero este frente sólo puede formarse si descansa, sin reservas, en el principio de «todos por uno y uno por todos». Toda nación que se adhiera a la alianza contra la tiranía y la barbarie, deberá estar segura de que tendrá detrás de ella hasta el último hombre y el último céntimo de toda la alianza... Habremos de pasar por grandes pruebas. Y haremos frente a ellas... convencidos de que vale más morir como hombres libres que vivir como esclavos.»

Mientras Chamberlain se aferra al mando en Inglaterra, en Francia el señor Bonnet continúa al frente del Ministerio de Negocios Extranjeros. Mientras el gobierno francés aparenta dar un viraje, en unión de Chamberlain, la misma prensa francesa que aclamaba a gritos el pacto de Munich como «la salvación de la paz», emprende una campaña furiosa contra la Unión Soviética. Pero estos bramidos rabiosos de los enemigos reaccionarios del pueblo son precisamente los que fortalecen en las masas del pueblo francés la convicción de que la Unión Soviética, con su consecuente política de paz, defiende los verdaderos intereses de todos los pueblos pacíficos.

### La política consecuente de la Unión Soviética.

La consecuente política de paz de la Unión Soviética, precisada una vez más por el camarada Stalin en su histórico discurso ante el XVIII Congreso del P.C. (b) de la U.R.S.S., ha hecho que masas cada vez mayores de los pueblos de todos los países vean en la política de la Unión Soviética la única dirección firme que puede salvar al mundo de una catástrofe espantosa. Es característico en este sentido un artículo del *Washington Post* de 12 de abril, en el que se dice lo siguiente, acerca de la política de garantías de Inglaterra y Francia:

«El equilibrio del mundo depende de Rusia y los Estados Unidos. La resistencia anglo-francesa no es lo bastante fuerte para contener la agresión.»

La Unión Soviética ha saludado cariñosamente la iniciativa de Roosevelt a través del Presidente de la Comisión de Gobierno del Soviet Supremo, Kalinin. Al mismo tiempo, en su actitud frente al Japón con motivo de la cuestión de las pesquerías, la Unión Soviética ha demostrado, una vez más, que sólo cabe mantener una política consecuente de paz haciendo frente a la agresión de un modo firme y resuelto. El éxito no se hizo esperar. El gobierno japonés hubo de aceptar las condiciones de la Unión Soviética. Algunos periódicos burgueses de Inglaterra han comparado el éxito conseguido por la Unión Soviética frente al agresor japonés con la política mantenida por Chamberlain en estos últimos tiempos. Y han tenido que reconocer melancólicamente que la Unión Soviética es, hasta hoy, el único país que ha dado pruebas de la suficiente energía para no dejarse intimidar por ninguna amenaza chantagista.

### El P.C. de Francia llama al pueblo francés a la unidad.

Con objeto de agrupar y unir al pueblo francés en torno a una política resuelta de paz, el Partido Comunista de Francia ha dirigido al pueblo francés un llamamiento para que ponga en cohesión sus fuerzas y vele por la formación de un gobierno que exprese realmente la voluntad de la nación francesa. El P.C. de Francia se ha dirigido de nuevo al Partido Socialista, invitándole a preparar, mediante la unidad de acción de socialistas y comunistas, el camino para reanimar de nuevo el Frente Popular. A pesar de la negativa de ciertos líderes del Partido Socialista de Francia, los camaradas del Partido Socialista han entrado, en numerosos lugares, en contacto con los comunistas para renovar la unidad de acción. La unidad de acción es una necesidad tanto más apremiante cuanto que el gobierno Daladier, bajo el manto de la defensa nacional, intenta reforzar las medidas sociales reaccionarias. El gobierno Daladier ha suprimido por decreto la semana de cuarenta horas y ha implantando un impuesto indirecto, que echa las cargas sobre las masas populares, al mismo tiempo que prepara despidos en masa del aparato del Estado. Blum ha planteado en *Le Populaire* la cuestión de si la política de Daladier, que abre de nuevo el abismo entre él y una parte considerable del pueblo francés, responde a un plan o es una política casual. No; esta política no tiene nada de casual. Los círculos del gran capital francés, responsables del complot de Munich, echan ahora las consecuencias de su propia política sobre las masas populares. Con ello, debilitan a Francia y prestan un servicio a los agresores fascistas.

### **El Partido Laborista, a remolque de Chamberlain.**

El Partido Laborista inglés ha vuelto a renunciar, en las últimas semanas, a toda política independiente, contentándose con saludar el llamado viraje de la política de Chamberlain y con invitar a éste a seguir por este camino. Volvía a darse una ocasión favorable para agrupar al pueblo inglés en torno a un nuevo gobierno que habría contado en la misma Inglaterra con la confianza de su propio pueblo y habría despertado en otros pueblos el sentimiento de que la política inglesa había abandonado definitivamente el juego reproachable de las complacencias con los agresores. El Partido Laborista no ha querido aprovechar esta ocasión, pero en cambio ha desatado una campaña contra el servicio militar obligatorio. En vez de hacer ver al pueblo que las cosas no habrían llegado tan lejos, si Chamberlain hubiese resistido desde el primer momento a la agresión fascista, en vez de exigir que el armamento del pueblo no se confiase más que a un gobierno que contase con la confianza de aquél, el Partido Laborista mantiene esta campaña bajo la bandera de un pacifismo hipócrita. Pero sobre los políticos reaccionarios del Partido Laborista, pesan, además, otras preocupaciones. Prosigue la campaña de las expulsiones y de las amenazas de expulsión contra los partidarios del Frente Popular que se agrupan en torno a Cripps. Las masas de los afiliados sindicales, comienzan, sin embargo, a intervenir en el debate, pronunciando su palabra decisiva. El Sindicato de Mineros, que cuenta 600.000 afiliados, ha exigido que Cripps sea escuchado en el próximo Congreso del Partido. Otros sindicatos importantes han condenado la polí-

tica de expulsiones y se han solidarizado con Cripps. Se espera que la mayoría de los distritos electorales y de las organizaciones locales del Partido Laborista apoyarán la agrupación de todas las fuerzas progresivas en el Congreso del Partido.

### **Las elecciones en Bélgica.**

Las elecciones al parlamento belga se han traducido en un fortalecimiento importante de los partidos burgueses, en una derrota de los fascistas de Rex y en una debilitación considerable del Partido Obrero belga. El hecho de que los votos obtenidos por los agentes belgas de los agresores fascistas hayan quedado reducidos a la mitad indica que el pueblo belga, pese a la política de pretendida «neutralidad» del anterior gobierno de Bélgica, quiere que se limpie su casa de agentes del enemigo. El Partido Comunista de Bélgica ha librado la batalla electoral, en primer término, contra los fascistas de Rex y los separatistas flamencos. El Partido Obrero belga ha registrado pérdidas de importancia. Estas pérdidas son la contestación a la política seguida por la dirección del Partido Obrero belga, bajo la influencia de Spaak y de Man, al rechazar la línea de inteligencia de los partidos obreros y la agrupación de las fuerzas antifascistas. En vez de librar la batalla electoral contra las derechas, contra la reacción y contra el peligro hitleriano, los líderes reaccionarios del Partido Obrero belga se han volcado en una campaña de calumnias contra la Unión Soviética y contra el Partido Comunista de Bélgica. Algunos dirigentes prestigiosos del Partido Obrero belga se han visto obligados a desentenderse públicamente de esta campaña furiosa.

### Las elecciones provinciales en Holanda.

También en Holanda ha experimentado una pérdida considerable de votos, en las elecciones provinciales, la agencia de Hitler, el llamado partido holandés de Mussert. En la socialdemocracia holandesa, labora un grupo trotskista, que —adueñado de puestos influyentes— mantiene una campaña sistemática y rabiosa contra el Partido Comunista. Con ello, estos elementos no hacen tampoco más que ayudar a Hitler, quien durante las últimas semanas ha estado dispuesto varias veces a dar a Holanda un trato parecido al de Checoslovaquia. En el último congreso del Partido socialdemócrata holandés, se ha comprobado que el número de afiliados al Partido ha bajado en un año, de unos 89.000 a unos 82.000 miembros. Es éste un toque de atención que deberá hacer pensar a las masas obreras holandesas.

### El movimiento contra la falsa neutralidad en los Países escandinavos.

El Congreso del Partido Comunista de Suecia se ha dirigido al pueblo sueco llamándole a abandonar las ilusiones de una «neutralidad perpétua» y a entablar la lucha por la unidad del pueblo y la independencia de Suecia, mediante la formación de un Frente Popular sueco. Los dirigentes de la socialdemocracia han intentado defender la política que ha venido manteniendo el gobierno socialdemócrata. Se han visto obligados, sin embargo, a reconocer que la resolución del Congreso del P.C. de Suecia refleja la voluntad del pueblo de mantener la independencia sueca. El *Lagehs Nyheter*, un periódico liberal burgués, es-

cribía, refiriéndose al llamamiento del P.C. :

«Hoy, no hay ninguna razón para que no tomemos en serio este llamamiento en favor de la defensa de nuestra independencia nacional. Los acontecimientos producidos en el mundo hacen que la agrupación de las fuerzas nacionales sea una necesidad absoluta.»

En Noruega, el Partido Comunista ha dirigido una propuesta de unidad al Partido obrero noruego, invitándole a concertar un armisticio y a formar una alianza firme para la acción. El P.C. aboga por que el gobierno noruego se ponga lo antes posible en contacto con los gobiernos de Dinamarca, Suecia, la Unión Soviética, Francia e Inglaterra, para participar en un sistema de seguridad colectiva que garantice la paz de Europa y la libertad de los pueblos. El Partido Comunista de Noruega aboga, además, por la formación de organizaciones voluntarias de defensa de los obreros y por una política interior que responda a las necesidades de las masas trabajadoras.

En Dinamarca, la socialdemocracia ha perdido votos en las elecciones, mientras que el Partido Comunista ha registrado un aumento de votos considerable. A pesar de que el señor Stauning ha dado siempre pruebas de servilismo ante los detentadores del Poder de Berlín, los periódicos nazis han presentado triunfalmente las pérdidas de la socialdemocracia como una «derrota del marxismo». La socialdemocracia dinamarquesa intenta explicar el aumento de votos conseguido por el Partido Comunista atribuyéndolo al número de parados. Pero, en realidad, es la lucha por la paz y por la independencia de Dinamarca lo que asegura al Partido Comunista dinamarqués, en proporciones cada vez mayores, la confianza de las masas populares.

### El pueblo polaco se rebela contra el rumbo de Beck.

De la prensa mundial se desprende que el ministro de Negocios Extranjeros de Polonia, Beck, estaba dispuesto, hace ya varios meses, a someterse a las exigencias de Hitler con respecto a Danzig y a la concesión de un pasillo alemán hacia la Prusia Oriental, y a conceder a los nazis de Polonia plena libertad de acción para su trabajo de descomposición. Si Beck se ha visto obligado a dar marcha atrás en la realización de sus planes, hay que achacarlo exclusivamente a la creciente indignación del pueblo polaco. Desde la ocupación de Checoslovaquia, toda la prensa polaca, exceptuando los periódicos que dependen directamente del gobierno, se declaró cada vez más claramente en contra de la política exterior que venía siguiendo el gobierno polaco y que exponía al país a los mayores peligros. Al mismo tiempo, las elecciones municipales celebradas en las más diversas provincias de Polonia revelan que el gobierno va perdiendo cada vez más influencia entre los electores. Los obreros de Polonia votan principalmente por el P.S. polaco, mientras que los campesinos, casi unánimemente, dan sus votos al Partido campesino. En las elecciones de delegados, los sindicatos del campo gubernamental sólo han podido registrar, en numerosos casos, un pequeño tanto por ciento de votos, mientras que los sindicatos de clase arrastraban consigo a la inmensa mayoría de los obreros. Líderes prominentes del Partido campesino; entre ellos Witos, han vuelto de la emigración a Polonia, donde habían sido decretadas contra ellos largas penas de prisión. Sin embargo, el gobierno, cediendo a la presión de la opinión pública, hubo de poner en libertad a estos líderes poco tiempo después. En el

primer discurso pronunciado por él a su llegada a Polonia, Witos declaró en una manifestación de masas :

«El ejemplo de Checoslovaquia me ha enseñado que la libertad es un bien inapreciable de los pueblos. En lo sucesivo, los pueblos defenderán su derecho a la vida con las uñas y los dientes. El pueblo polaco defenderá cada pulgada de su territorio. Ningún sacrificio será demasiado duro para nosotros, pues, si se nos ataca, resistiremos hasta la victoria.»

Frente a la amenaza mortal del fascismo hitleriano, el pueblo polaco expresa, en innumerables manifestaciones, conferencias sindicales, asambleas juveniles, etc., su decisión de defender la independencia del país. En la prensa y en las manifestaciones de los partidos de oposición que representan a la mayoría del pueblo, se señala cada vez más claramente que el actual gobierno polaco, dada la poca simpatía de que goza en el pueblo y a la vista de las consecuencias catastróficas de su política anterior, no es el gobierno adecuado para dirigir al pueblo polaco en la lucha por su existencia. Característico, en este sentido, es un artículo publicado en el *Selenni Standart*, órgano del Partido campesino polaco, en el que se dice :

«Debemos proseguir la lucha más enérgica e incruenta que se ventila para saber si hemos de seguir siendo parias trabajadores en manos de la «élite» actual o hemos de ser ciudadanos libres de una Polonia libre... Hoy más que nunca, debemos proclamar en voz alta, para que se nos oiga en toda Polonia : ¡No queremos ser esclavos! ¡Si creemos en la causa de nuestro pueblo, crearemos más fácilmente en nosotros mismos!»

El pueblo polaco se da cuenta de que la lucha por su independencia nacional se halla directamente unida a la lucha por sus derechos democráticos y sus libertades.

# Ediciones Europa-America

Paris-México-Nueva York

Sección española del BUREAU D'EDITIONS

Acaban de aparecer :

José DIAZ

## TRES AÑOS DE LUCHA

Una recopilación de todos los artículos y discursos de José Díaz, Secretario general del P.C. de España, desde 1935 hasta 1939. La mejor historia de la gloriosa lucha del pueblo español contra el fascismo

Un volumen de 700 págs. : 18 fr.

---

J. STALIN

## INFORME SOBRE LA ACTUACION DEL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO AL XVIII CONGRESO DEL P.C. (B.) DE LA U.R.S.S.

Un volumen de 56 págs. : 1,50 francos

---

D. MANUILSKI

## INFORME DE LA DELEGACION DEL P.C. (B.) DE LA U.R.S.S. EN EL COMITE EJECUTIVO DE LA INTERNACIONAL COMUNISTA ANTE EL XVIII CONGRESO DEL PARTIDO

Un volumen de 48 pág. : 1,50 francos.

---

A. ZHDANOV

## MODIFICACIONES DE LOS ESTATUDOS DEL PARTIDO COMUNISTA (bolchevique) DE LA U.R.S.S.

Informe ante el XVIII Congreso del P.C. (b) de la U.R.S.S.

Un volumen de 68 pág. : 1,50 francos.

---

Pedidos a :

**BUREAU D'EDITIONS**  
31, Boulevard Magenta, Paris

Acaba de publicarse, en español,  
la obra fundamental

# **Historia del Partido Comunista (Bolchevique) de la U.R.S.S.**

Un tomo de 432 páginas, encuadernado :  
**10 francs.**

---

## **La Internacional Comunista**

Revista mensual

Ediciones Europa-America

Paris-México-Nueva York

**Sección española del BUREAU D'EDITIONS**

Pedidos a : **Bureau d'Éditions**, 31, Boulevard Magenta, **Paris**

**Editorial Popular**, Apart. 2352, **Mexico**

**Workers Library Publishers** (39 East 12th. Street),  
**Nueva York**

Precio de cada ejemplar :

En Francia, **4 frcs** ; en México, **40 centavos** ;  
en los EE. UU. y demás países, **0,15 dólar**

Printed in France.